

202 PROLOGO.

Las meditaciones u oraciones que se encuentran a continuación, ya que fueron escritas para despertar la mente del lector hacia el amor o el temor de Dios, o para su propia reflexión, no deben leerse en medio del bullicio, sino en tranquilidad, ni rápidamente, sino poco a poco, con meditación atenta y pausada. El lector no debe pretender leerlas todas de una vez; sino tanto como sienta, con la ayuda de Dios, que le sirve para encender el deseo de orar, o tanto como le deleite. Tampoco es necesario comenzar siempre desde el principio, sino donde más le plazca. Para esto mismo están divididas en párrafos, para que comience o termine donde elija, evitando que la longitud o la frecuente repetición del mismo lugar genere tedio; sino que más bien el lector recoja de allí, para lo que fueron hechas, un sentimiento de piedad.

MEDITACIÓN PRIMERA. Sobre la dignidad y miseria de la condición humana.

I. Que fuimos hechos a imagen y semejanza de Dios.---Despierta, alma mía, despierta; ejercita tu espíritu, despierta el sentido, expulsa la pereza de tu letargo mortal, toma en serio la preocupación por tu salvación. Que se aleje la divagación de pensamientos inútiles, que se retire la pereza, que se mantenga la diligencia. Dedicarte a las meditaciones sagradas, adhiérete a los bienes divinos; enfócate en lo eterno, dejando de lado lo temporal. ¿Qué podría ser más útil, qué más saludable en tan divino ejercicio de la mente que recordar con dulce pensamiento los inmensos beneficios del Creador? Considera, pues, en el mismo inicio de la creación, qué sublimidad, qué dignidad te ha conferido; y reflexiona con qué amor, con qué veneración debe ser adorado. Ciertamente, cuando al crear y ordenar el universo de cosas visibles e invisibles, dispuso hacer la naturaleza humana, trató con el más alto consejo sobre la dignidad de tu condición, como quien decidió honrarte más que a las demás criaturas que están en el mundo. Observa, pues, la sublimidad de tu creación, y reflexiona sobre el amor que debes devolver. Hagamos (dice Dios) al hombre a nuestra imagen y semejanza (Gén. I, 26). Si no despiertas ante esta palabra de tu Creador, si no te enciendes en amor hacia Él por tan inefable benignidad hacia ti, si no te inflamas con todo tu ser en deseo de Él, ¿qué diré? ¿Te consideraré dormida, o más bien muerta? Presta atención, pues, cuidadosamente a lo que significa ser creada a imagen y semejanza de Dios. Tienes un dulce estímulo para la piadosa meditación, donde ejercitar tus pensamientos. Reconoce, entonces, que es una cosa la semejanza, otra la imagen: por ejemplo, un caballo, un buey y otras criaturas similares pueden tener cierta semejanza con el hombre; pero la imagen del hombre no la tiene sino otro hombre. El hombre come, y el caballo también: he aquí una cierta semejanza y comunidad entre naturalezas diversas. Pero la imagen del hombre no la imita sino otro hombre de la misma naturaleza, cuya imagen es. Por tanto, la imagen es más digna que la semejanza. Podremos tener semejanza con Dios de esta manera, si considerando que Él es bueno, nos esforzamos por ser buenos; si reconociendo que Él es justo, nos esforzamos por ser justos; si contemplando que Él es misericordioso, nos dedicamos a la misericordia. ¿Y cómo a su imagen? Presta atención. Dios siempre se recuerda a sí mismo, se entiende a sí mismo, se ama a sí mismo. Y tú, entonces, si en la medida de tus posibilidades recuerdas infatigablemente a Dios, entiendes a Dios, amas a Dios, serás a su imagen; porque te esfuerzas por hacer lo que Dios siempre hace. Para recordar, entender y amar el sumo bien, el hombre debe referir todo lo que vive: a esto debe dirigirse todo pensamiento, toda reflexión del corazón, agudizarse, conformarse, para que con afecto infatigable recuerdes a Dios, entiendas a Dios, ames a Dios, y expreses saludablemente la dignidad de tu creación, por la cual fuiste creada a imagen de Dios. ¿Qué digo que fuiste creada a imagen de Dios, cuando,

según el testimonio del Apóstol, eres la misma imagen de Dios? El hombre, dice el Apóstol, no debe cubrir su cabeza, porque es imagen y gloria de Dios (I Cor. XI, 7).

II. Que fuimos hechos para alabar a Dios sin fin.---¿Te bastan estos inmensos beneficios del Creador para rendir continuas acciones de gracias, y el debido amor continuo, cuando consideras que de la nada, o más bien del barro, por su bondad fuiste elevada a tal altura en el mismo inicio de tu condición? Vuelve, pues, la sentencia de los santos a tu vida, y atiende a lo que se dice del santo. ¿Cuál es, entonces, la alabanza del santo? Con todo su corazón alabó al Señor. He aquí para qué fuiste creada; he aquí la obra de tu servicio. ¿Por qué, entonces, te elevaría Dios con tan preclaro privilegio de condición, si no quisiera que te dedicases incesantemente a sus alabanzas? Fuiste creada, pues, para alabar a tu Creador, para que dedicándote a sus alabanzas, aquí por el mérito de la justicia siempre progreses hacia Él, y en el futuro vivas bien. Pues su alabanza aquí otorga justicia, y allí beatitud. Pero si alabas, alaba con todo tu corazón, alabando con amor. Esta es la regla propuesta para los santos al alabar: Con todo su corazón alabó al Señor; y amó a Dios que lo hizo (Ecli. XLVII, 10). Alaba, pues, y alaba con todo tu corazón, y ama a quien alabas; porque para esto fuiste hecha, para alabar y amar. Alaba, pero no alaba con todo su corazón, quien es halagado por las cosas prósperas para bendecir a Dios; pero es restringido por las adversidades del deber de bendecir. También alaba, pero no ama, quien en las alabanzas de Dios busca algo más que a Él mismo alabando. Alaba, pues, y alaba dignamente, para que ninguna preocupación, ninguna intención, ningún pensamiento, ninguna inquietud de la mente, en cuanto te sea posible, esté vacía de la alabanza de Dios. Que ninguna prosperidad de esta vida te aparte de su alabanza, ninguna adversidad te detenga. Así alabarás al Señor con todo tu corazón. Pero, cuando lo hayas alabado con todo tu corazón, y lo hayas alabado amando, no esperes de Él otra cosa que a Él mismo, para que Él sea el fin de tu deseo, Él la recompensa de tu trabajo, Él el consuelo de esta vida sombría, Él la posesión de aquella vida bienaventurada. Para esto, pues, fuiste hecha, para alabarle sin fin: lo cual entenderás más plenamente cuando, elevada por su visión bienaventurada, veas que por su sola y gratuita bondad, cuando no existías, de la nada fuiste creada tan bienaventurada, llamada, justificada, glorificada a tan inefable beatitud. Tal contemplación te dará un amor infatigable de alabarle sin fin, de quien, y por quien, y en quien te alegrarás de estar beatificada con bienes tan grandes e inmutables.

III. Que dondequiera que estemos, en Él vivimos, nos movemos y existimos, mientras lo tengamos dentro de nosotros.---Pero desde aquella felicidad futura, considera también con la mirada de la contemplación la magnitud de la gracia con la que te ha enriquecido incluso en esta vida fugaz. Él, que habita en los cielos, que reina en los ángeles, ante quien el cielo y la tierra con todo lo que hay en ellos se inclinan, se ha ofrecido a ti como morada, ha hecho su presencia disponible para ti: pues, según enseña el apóstol Pablo, en Él vivimos, nos movemos y existimos (Hech. XVII, 28). Dulce vida, movimiento amable, ser deseable. ¿Qué puede ser más dulce que tener vida en Él, que es la misma vida bienaventurada? ¿Qué más amable que dirigir todo movimiento de nuestra voluntad o acción hacia Él y en Él, quien nos confirma con estabilidad perpetua? ¿Qué más deseable que estar continuamente en Él con deseo y conversación, en quien solo, o más bien quien solo es el verdadero ser, sin el cual nadie puede estar bien? Yo soy, dice, el que soy (Éxod. III, 14). Y con razón. Pues Él verdaderamente es el único que es, cuyo ser es inmutable. Aquel, pues, cuyo ser es tan excelso, tan singularmente es, que solo verdaderamente es; en comparación con quien todo ser es nada, ¿dónde te ha constituido, cuando te ha creado para la altura de tu gloria, que ni siquiera puedes entender? ¿Qué lugar de morada te ha preparado? Atiende a Él mismo diciendo en su Evangelio: Permaneced en mí, y yo en vosotros (Juan XV, 4). ¡Oh inestimable dignación, oh bienaventurada morada, oh gloriosa reciprocidad! ¡Cuánta dignación del

Creador, que quiere que su criatura habite en Él! ¡Qué incomprensible beatitud de la criatura, permanecer en su Creador! ¡Cuánta gloria de la criatura racional, ser unida al Creador con tan feliz reciprocidad, que Él habite en ella, y ella en Él! Así, pues, nos ha querido misericordiosamente creados en Él; sobre todo, como gobernador de todo, existiendo sin preocupación; sosteniendo todo, como fundamento de todo, sin esfuerzo; excediendo todo, como superior a todas las cosas, sin soberbia; abarcando todo, como quien contiene el universo, sin difusión; llenando todo, como plenitud de todas las cosas, sin estrechez. Aquí, pues, aunque no falte en ningún lugar, ha elegido para sí un reino deleitable dentro de nosotros, como lo demuestra el Evangelio, donde se dice: El reino de Dios está dentro de vosotros (Luc. XVII, 21). Pero si el reino de Dios está dentro de nosotros y Dios habita en su reino, ¿no permanece Él en nosotros, cuyo reino está dentro de nosotros? Así es, ciertamente: pues si Dios es sabiduría, y el alma del justo es sede de la sabiduría; quien verdaderamente es justo, tiene a Dios permaneciendo en él. El templo de Dios es santo, que sois vosotros (I Cor. III, 67), dice el Apóstol. Y tú, pues, insiste infatigablemente en el estudio de la santidad, para que no dejes de ser templo de Dios. Él dice de los suyos: Habitaré en ellos, y andaré en ellos (II Cor. VI, 16). No dudes, pues, que dondequiera que estén las almas santas, Él está en ellas. Si tú también estás en todos los miembros que vivificas, en todas partes estás toda; ¿cuánto más Dios está en todas partes todo, quien te creó a ti misma y al cuerpo? Con suma diligencia, pues, debe considerarse con cuánta razón y reverencia debemos mover nuestros sentidos y miembros de nuestro cuerpo, sobre los cuales la Divinidad misma preside. Demos, pues, como es digno, todo el imperio de nuestro corazón a tan gran habitante, para que nada en nosotros le resista; sino que todos los pensamientos, y movimientos de la voluntad, todas las palabras, y todas nuestras obras atiendan a su voluntad, sirvan a su voluntad, se dirijan a la regla de su rectitud. Así, pues, verdaderamente seremos su reino, y Él permanecerá en nosotros, y nosotros permaneciendo en Él, viviremos bien.

IV. Que todos los que hemos sido bautizados en Cristo, hemos revestido a Cristo.---  
Despierta, te lo ruego, alma mía, y que el fuego del amor supremo arda en tus entrañas, y entienda prudentemente la belleza que te ha sido conferida por el Señor tu Dios, entendiendo ama, amando venera con los servicios de una santa conversación. ¿No es Él quien te ha dado en sí mismo una morada, y ha dignado habitar en ti, quien te viste, te protege y te adorna con Él mismo? Todos los que habéis sido bautizados en Cristo, habéis revestido a Cristo (Gál. III, 27), dice el Apóstol. ¿Qué alabanza, qué acción de gracias le tributarás dignamente, quien te ha vestido con tal belleza, te ha elevado a tal honor, que con el júbilo más gozoso del corazón puedes decir: El Señor me ha vestido con vestiduras de salvación, me ha cubierto con manto de alegría? (Isa. LXI, 10). Para los ángeles de Dios es el mayor gozo contemplar a Cristo: y he aquí que con su inmensa dignación se inclina tanto hacia ti, que quiere que seas revestida con Él mismo. ¿Con qué vestidura, sino con aquella de la que se gloria el Apóstol diciendo: Cristo se ha hecho para nosotros de parte de Dios sabiduría, y justicia y santificación? (I Cor. I, 30). ¿Con qué insignias de vestiduras te adornaría más, que haciéndote resplandecer con el manto de la sabiduría, el ornamento de la justicia, el decoro de la satisfacción?

V. Que somos el cuerpo de Cristo.---¿Y qué diré de que Cristo se ha hecho para ti vestidura, cuando se ha dignado tanto, que en la unidad de la Iglesia ha querido que seas de su carne? Escucha al Apóstol exponiendo el testimonio de la Escritura: Y serán dos en una sola carne. Pero yo, dice, hablo de Cristo y de la Iglesia (Efes. V, 32). Sobre esto también, contempla cuánta unión te ha unido. El Apóstol confirma que eres el cuerpo de Cristo; Vosotros sois, dice, el cuerpo de Cristo, y miembros de sus miembros (I Cor. XII, 27). Guarda, pues, el cuerpo y los miembros, con la dignidad que corresponde, para que si por algún motivo de ligereza los tratas injuriosamente, cuanto mayor premio recibirías si los trataras dignamente;

tanto mayor castigo sufrirás si los usas indignamente. Tus ojos son los ojos de Cristo. No te es lícito, pues, dirigir los ojos de Cristo a contemplar vanidades, porque Cristo es la verdad, a la que toda vanidad es contraria. Tu boca es la boca de Cristo. No debes, no digo para detraer, no digo para mentiras, sino ni siquiera para palabras ociosas abrir la boca, que debes tener abierta solo para las alabanzas de Dios y la edificación del prójimo. Así entiende de los demás miembros de Cristo confiados a tu custodia.

VI. Que somos uno en Cristo, y con Él somos un solo Cristo.---Pero aún más alto reconoce cuánta sociedad te une a Él. Escucha al mismo Señor orando al Padre por los suyos: Quiero, dice, que como tú y yo somos uno, así también ellos sean uno en nosotros (Juan XVII, 21). Yo soy tu Hijo por naturaleza; que ellos sean también tus hijos y mis hermanos por gracia. ¡Qué altura es que el hombre cristiano progresa tanto en Cristo, que de algún modo también se le llame Cristo! Lo que aquel fiel dispensador de la familia eclesiástica sintió, quien dijo: Todos los cristianos en Cristo somos un solo Cristo. Y no es de extrañar, pues Él es la cabeza, y nosotros su cuerpo; Él el esposo, Él la esposa; esposo en sí mismo, esposa en las almas santas, que ha unido a sí con el vínculo del amor eterno. Como esposo, dice, me ha puesto una mitra, y como esposa me ha adornado con ornamento. Aquí, pues, alma mía, aquí repasa sus beneficios hacia ti, enciéndete en su amor, arde en deseos de su bienaventurada contemplación. Exclama, pues, con fuerte afecto de amor ardentísimo y toda derretida en su deseo, irrumpe en la voz de la esposa fiel: ¡Bésemme con el beso de su boca! (Cant. I, 1). Que se aleje de mi alma todo deleite que esté fuera de Él; que ningún afecto de esta vida presente, ningún consuelo me halague, mientras me sea negada su bienaventurada presencia. Que Él me abrace con los brazos de la caridad, que Él me bese con el beso de aquella suavidad suprema, que Él me hable con aquella inflexible elocuencia con la que manifiesta sus secretos a los ángeles. Que este sea el intercambio de palabras entre el esposo y la esposa, que yo le expanda todo mi corazón, y Él me revele los secretos de su dulzura. Así, pues, alma, y con meditaciones de este tipo, animada, con pleno afecto de santo deseo, esfuéstrate por seguir a tu esposo, y dile: Atráeme tras de ti, correremos en el olor de tus ungüentos (Cant. I, 3). Pero di, y di fielmente, no con sonido transitorio, sino con deseo infatigable. Di así, para que seas escuchada; desea ser atraída, para que puedas seguir. Di, pues, a tu Redentor y Salvador: Atráeme tras de ti. Que no me atraiga la dulzura del mundo, sino que me atraiga la suavidad de tu amor beatísimo. Me atrajo alguna vez mi vanidad; pero ahora que me atraiga tu verdad tras de sí. Atráeme, porque me has atraído; reténme, porque me has tomado. Me has atraído redimiendo, atráeme salvando. Me has atraído con misericordia, atráeme beatificando. Me has tomado apareciendo entre los hombres hecho hombre por nosotros, reténme presidiendo en el cielo exaltado sobre los ángeles. Tu palabra, tu promesa es. Prometiste diciendo: Y yo, si fuere levantado de la tierra, atraeré a todos a mí mismo (Juan XII, 32). Atráeme, pues, ya poderosamente exaltado, a quien atrajiste misericordiosamente humillado. Has ascendido, lo sentiré; reinarás sobre todo, lo reconoceré. ¿Acaso no reconozco que reinarás? ciertamente lo reconozco, y doy gracias. Pero reconoceré perfectamente amando lo que reconozco piadosamente sintiendo de ti. Reconoceré viendo lo que reconozco creyendo. Liga contigo con indisolubles lazos de amor los deseos de mi corazón, donde contigo están las primicias de mi espíritu. Que nos una la unidad de la caridad, a quienes ha unido la caridad de la redención. Porque me amaste, te entregaste por mí. Que, pues, mi intención esté siempre contigo en el cielo, que tu protección esté continuamente conmigo en la tierra. Ayuda a quien arde en deseo de tu amor, quien amaste despreciando. Da a quien busca, quien te diste a quien no sabía. Recibe a quien regresa, quien llamaste a quien huía. Amaré para ser amado; más bien, porque soy amado, amaré más y más, para ser más amado. Que mi pensamiento se una inseparablemente contigo, que mi intención sea una y singular contigo, donde contigo ya reina misericordiosamente recibida nuestra bienaventurada sustancia. Que me adhiera a ti

inseparablemente, que te adore infatigablemente, que te sirva perseverantemente, que te busque fielmente, que te encuentre felizmente, que te posea eternamente. Con estas palabras, oh alma mía, interpelando a Dios, enciéndete, inflámate, arde, y esfuérgate por convertirte toda en fuego en su deseo.

VII. Retracción de nuestros pecados, por los cuales nuestra conciencia nos remuerde más, y por los cuales hemos perdido todas estas cosas.---Cuando consideras a qué y cuántos bienes has progresado por su gracia, reflexiona también sobre qué y cuántos bienes has perdido por tu culpa, y en qué males, cargado de culpas, has caído. Revuelve suspirando los males que has hecho con maldad; y recuerda gimiendo los bienes que por esos mismos males has perdido miserablemente. ¿Qué bien no te ha otorgado tu Creador, el más excelente, con su bondad? ¿Y qué mal no le has devuelto tú, con la iniquidad execrable que has alimentado? Perdiendo los bienes, mereciste los males; más bien, arrojando los bienes, elegiste los males; y habiendo perdido o más bien rechazado la gracia del Creador, incurriste miserablemente en su ira. No hay de dónde probarte inocente, cuando la multitud de tus males te rodea como un ejército inmenso, de un lado arrojándote las afrentas de tus obras perversas; del otro, presentando una inmensa acumulación de palabras inútiles y, lo que es más condenable, perniciosas; y de otro lado, mostrando una masa infinita de malas intenciones. Estas son las razones por las que perdiste bienes inestimables; por estas razones careciste de la gracia del Creador. Reflexiona sobre estas cosas gimiendo, gime renunciando a ellas, renuncia condenándolas; condena, cambiando tu vida para mejor. Lucha contigo mismo en tu alma, para que de ahora en adelante no prestes tu consentimiento a ninguna vanidad, ya sea de corazón, de lengua, o, lo que es de suma condenación, de obra. Que sea una lucha diaria, más bien continua en tu alma, para que no mantengas ningún pacto con los vicios. Examínate siempre estrictamente, discute tus secretos, y cualquier cosa reprobable que encuentres en ti, golpéala con rígida observación, derríbala, destrúyela, extírpala, arrójala, y redúcela a la nada. No te perdones, no te adules, sino que en la mañana, es decir, en la contemplación del juicio final, que sucede a la noche de la vida presente como la luz de la mañana, mata a todos los pecadores de la tierra, es decir, los delitos y pecados de la vida terrenal, para que destruyas de la ciudad del Señor, que debes edificar en ti mismo, a todos los que obran iniquidad, es decir, las sugerencias diabólicas, las deleitaciones odiosas a Dios, los consentimientos mortales y las obras perversas. Debes purificarte de todas estas cosas como ciudad de Dios, para que el Creador encuentre en ti una morada agradable, la obtenga, la posea. No seas de aquellos cuya obstinación parece lamentar Dios mismo, diciendo: No hay quien reflexione en su corazón, y diga: ¿Qué he hecho? (Isa. LVII, 1). Si son reprobados aquellos, porque no quisieron avergonzarse y reprenderse por los males pasados, ¿tú, para correr en el número de los elegidos, descuidarás convenirte, juzgarte, y corregirte con severa disciplina? Revuelve, pues, con diligente pensamiento los inmensos beneficios del Creador, con los cuales te ha elevado sin méritos intermedios, y trae a la memoria los innumerables males, con los cuales tu iniquidad ha respondido indignamente a esos mismos beneficios, y engendrando un gran dolor, clama: ¿Qué he hecho? He exasperado a Dios, he provocado a ira a mi Creador, he devuelto innumerables males a sus inmensos beneficios. ¿Qué he hecho? Pero diciendo esto, rompe amargamente tu corazón, emite gemidos, derrama lágrimas. Porque si no lloras aquí, ¿cuándo llorarás? Si no te excita a compunción la aversión del rostro de Dios de ti, que tus pecados han causado, que al menos la enormidad de los castigos infernales, que esos mismos pecados han provocado sobre ti, rompa tu dureza. Vuelve, pues, vuelve, transgresora, al corazón, y saca el pie del infierno, para que puedas evadir los males debidos y recuperar los bienes perdidos, de los cuales justamente has sido privado. Porque si miras tus males, has perdido todos los bienes que te han sido otorgados por él. Por tanto,

debes siempre volver los ojos a ellos, y especialmente a aquellos por los que tu conciencia te acusa más gravemente, para que él aparte sus ojos. Porque si apartas tus pecados con la intención digna de satisfacción, él aparta de ellos la mirada de venganza. Si tú los olvidas, él los recuerda.

VIII. Retracción de la encarnación del Señor, por la cual recuperamos todas estas cosas.--- Para que así te liberes, atiende a las misericordias de tu Redentor hacia ti. Ciertamente, por el mérito del pecado original estabas cegada, no podías ver la sublimidad de tu Creador. Rodeada por las nubes de los pecados, te dirigías a la oscuridad, y agitada por las rápidas olas de los vicios, te apresurabas hacia las tinieblas eternas. Y he aquí que tu Redentor aplicó el colirio de su encarnación a tus ojos cegados, para que, no pudiendo ver a Dios resplandeciente en el secreto de su majestad, pudieras ver a Dios apareciendo en el hombre, reconociéndolo al verlo, amándolo al reconocerlo, y amándolo, te esforzaras con el mayor empeño por llegar a su gloria. Se encarnó para llamarte a las cosas espirituales. Se hizo partícipe de tu mutabilidad, para hacerte partícipe de su inmutabilidad. Se inclinó hacia tus humildades, para elevarte a sus alturas. Nació de la integridad de la virginidad, para sanar la naturaleza corrupta de la transgresora. Fue circuncidado, para enseñar que el hombre debe cortar de sí todo lo superfluo de los pecados y vicios. Fue ofrecido en el templo y recibido por la santa viuda, para advertir a sus fieles que frecuenten la casa de Dios, y que, para merecer recibirlo, se esfuercen en la santidad. Fue recibido y alabado por el anciano Simeón, para mostrar que ama la gravedad de vida y la madurez de costumbres. Fue bautizado, para santificar los sacramentos de nuestro bautismo. En el Jordán, inclinándose bajo la mano de Juan para el bautismo, escuchó la voz del Padre y recibió la venida del Espíritu Santo en forma de paloma, para enseñarnos que debemos permanecer en la humildad de mente (que se denota por el Jordán: Jordán significa descenso de ellos), y allí ser honrados con la conversación del Padre celestial, de quien se dice que su conversación es con los simples (Prov. III, 32); y ser elevados por la presencia del Espíritu Santo, que reposa sobre los humildes. Y esto bajo la mano de Juan, que se llama gracia de Dios; para que atribuyamos a esa misma gracia todo lo que recibimos de Dios, no a nuestros méritos. Completando un ayuno de cuarenta días, venciendo al diablo con sus tentaciones, fue glorificado por el ministerio angélico, enseñándonos a someter el mundo con su príncipe bajo nuestros pies, declinando las delectaciones de las cosas temporales durante todo el tiempo de la vida presente, y así ser fortalecidos por las ayudas angélicas. Predicando el reino de Dios, permanece con el pueblo durante el día, y edifica a las multitudes que confluyen con milagros y palabras; por la noche frecuenta el monte dedicándose a la oración, advirtiéndonos que, según la conveniencia del tiempo, ahora mostremos la vida a nuestros prójimos, entre quienes vivimos, con palabras y ejemplos según nuestra medida; ahora, accediendo a la soledad de la mente y ascendiendo al monte de las virtudes, anhelemos la dulzura de la contemplación suprema, y dirijamos nuestra intención con afecto infatigable hacia lo supremo. En el monte, ante Pedro, Santiago y Juan, se transfigura, insinuándonos que si, como Pedro (que significa reconociendo) reconocemos humildemente nuestra debilidad, si nos hacemos suplantadores de vicios (que significa Santiago), si nos sometemos fielmente a la gracia de Dios (que se insinúa por el nombre de Juan), ascenderemos felizmente al monte celestial para contemplar la gloria de Jesús, con nuestro rey como guía. En Betania (que se interpreta como casa de obediencia) resucitó a Lázaro, mostrando que todos los que, muriendo al mundo con el empeño de la buena voluntad, descansan en el seno de la obediencia, serán resucitados por él a la vida eterna. Entregando su cuerpo y sangre a sus discípulos en la cena mística, lavó humildemente sus pies, enseñando que los ministerios sacrosantos deben celebrarse con obras puras y humilde piedad de mente. Elevado por la gloria de la sagrada resurrección, soportó las burlas de los pérfidos, la aspereza de las palabras, el oprobio de la cruz, la amargura de la

hiel, y finalmente la muerte, advirtiéndoles a los suyos que quienes después de la muerte se esfuerzan por llegar a la gloria, no solo soporten con ánimo ecuánime las angustias y trabajos de la vida presente, y las opresiones de los perversos, sino que amen, deseen y reciban con gratitud todas las asperezas de este mundo por las recompensas eternas. Si te esfuerzas por pensar dignamente en estos beneficios tan claros y tan inmensos de tu Creador hacia ti, si te esfuerzas por abrazarlos devotamente, si te esfuerzas por imitarlos con ferviente caridad; no solo recuperarás los bienes perdidos por el primer padre, sino que poseerás eternamente bienes mucho mayores por la inefable gracia de tu Salvador. Porque él mismo, tu Dios, por el misterio de la Encarnación, hecho tu hermano, ¿qué causa de gozo inenarrable te ha proporcionado, al ver la naturaleza exaltada en él sobre toda criatura?

IX. Que se debe orar para ser liberado del pozo de la miseria y del lodo del fango.---¿Qué queda, entonces, sino que, habiendo considerado dignamente todas estas cosas, enciendas tu mente de todas las maneras posibles hacia la herencia de tantos bienes, y supliques continuamente a aquel que te creó para poseer otras cosas, que te libere del pozo de la miseria y del lodo del fango, y te haga poseedor de tanta bienaventuranza? ¿Qué es, sin embargo, el pozo de la miseria, sino la profundidad de la codicia mundana? ¿Y qué es el lodo del fango, sino el hedor de la voluptuosidad carnal? Porque estos son los dos lazos con los que el género humano, para que no tienda a la libertad de la bienaventurada contemplación suprema, es impedido con llanto y contrición, a saber, la codicia y la voluptuosidad. En verdad, el pozo de la miseria es la codicia mundana, que arrastra la mente que somete a su dominio, a través de innumerables deseos, como con ciertas cadenas, al abismo de los vicios, y no le permite tener ningún descanso. La mente del hombre, oprimida por el yugo de la codicia, se dispersa fuera de sí misma por el amor de las cosas visibles, y es arrastrada por diversas pasiones del alma. La devastan el trabajo en adquirir, la ansiedad en multiplicar, el gozo en poseer, el temor de perder, el dolor cuando ha perdido, y no le permiten ver en cuántos peligros se encuentra. Este es el pozo de la miseria, que la codicia mundana no cesa de llenar con tantos males. De este pozo se congratulaba el bienaventurado David de haber sido liberado, cuando, dando gracias, hablaba y decía: Me sacó del pozo de la miseria y del lodo del fango (Sal. XXXIX, 3). ¿Qué es el lodo del fango? La delectación de la voluptuosidad inmunda. Exclama, pues, fuertemente con el bienaventurado David, y di a tu Creador: Líbrame del lodo, para que no me hunda (Sal. LXVIII, 15). Limpia tu corazón de toda contaminación de la delectación carnal, excluye de tu alma los pensamientos impuros, si deseas evadir las inmundicias de este lodo. Pero cuando, arrepintiéndote, confesando, llorando, e introduciendo diligentemente pensamientos santos en tu corazón, hayas escapado de allí, no recaigas; sino que suspira con todo tu corazón ante Dios, suplicando su clemencia para que establezca tus pies sobre la roca, es decir, que solidifique las afecciones de tu corazón con las virtudes de Cristo, para que tu mente se coloque sobre el firmamento de la justicia, adhiriéndose constantemente a Cristo, de quien se dice que se ha hecho para nosotros sabiduría de Dios, y justicia, y santificación (I Cor. I, 30). Ora también para que dirija tus pasos, para que no se desvíen hacia los vicios; sino que progresen en los preceptos celestiales con un estado inflexible, y se apresuren con toda intención hacia la bienaventurada patria de los ángeles. Pero elevado por tal dirección, no seas perezoso en la alabanza del Creador; sino que suplica su clemencia para que ponga en tu boca un cántico nuevo, para que cantes con devoción digna un cántico a nuestro Dios. Porque es digno que, por la novedad de vida, asociado a Dios, resuene un cántico nuevo en sus alabanzas, despreciando las cosas temporales, deseando solo las eternas; y ya no obedeciendo a la ley divina por temor al castigo, sino por amor a la justicia. Esto es, en efecto, cantar un cántico nuevo a Dios, destruir los estudios del hombre viejo, y con todo el esfuerzo del corazón, solo con el deseo de la vida permanente, caminar por los caminos del hombre nuevo que el Hijo de Dios mostró al mundo. También canta un cántico quien retiene

en la memoria pura de su mente las alegrías de la patria celestial, y se esfuerza por llegar a ellas, sostenido por la conciencia de una vida santa y apoyado por el don de la gracia suprema.

X. Consideración de las miserias de esta vida.---Entre estas cosas, considera las miserias de la vida presente, y con cuánta cautela debes vivir en ella, revuélvelo con un corazón vigilante. Considera que eres parte de aquella compañía, de la cual la Escritura dice: Al hombre cuya vía está oculta, y el Señor lo rodeó de tinieblas (Job III, 23). En verdad, estás rodeado por la profunda ceguera de la ignorancia, que no sabes cómo Dios pesa tus obras, y desconoces qué fin tendrás. El hombre no sabe, dice Salomón, si es digno de odio o de amor, pero todo se guarda incierto hasta el fin (Ecl. IX, 1). Pon en tu mente que ves un valle profundo, oscuro, que tiene en su fondo todo tipo de tormentos. Imagina un puente encima, extendido a lo largo de un gran espacio, que solo tiene la medida de un pie de ancho. Si alguien fuera obligado a cruzar este puente tan estrecho, tan alto, tan peligroso, cuyos ojos estuvieran vendados para que no pudiera ver sus pasos; cuyas manos estuvieran atadas atrás, para que no pudiera guiar su camino palpando con un bastón; ¿qué temor, qué angustia crees que llevaría en su alma? ¿Habría algún lugar para la alegría, el júbilo o la lascivia? No lo creo. Toda soberbia sería eliminada, la vana gloria huiría, solo la oscuridad de la muerte giraría en su mente tenebrosa. Aún imagina monstruos de aves crueles volando alrededor del puente, deseando arrastrar al que cruza hacia el abismo, ¿no aumentaría el temor? ¿Qué si, mientras cruza, siempre se le quitan las tablas desde el talón? ¿No se le infundiría mayor preocupación al que cruza?

Pero reconoce lo que significa tal ejemplo, y ata tu mente con el temor divino. Entiende por valle profundo y oscuro el infierno, sin medida profundo, y horriblemente oscuro con una niebla tenebrosa. Allí confluyen todo tipo de tormentos. Allí todo lo que consuela está ausente; y todo lo que aterra y tortura, y lo que puede causar angustias, está presente. El puente peligroso, del cual quien cruza mal cae hacia abajo, es la vida presente; en la cual quien vive mal, cayendo de ella, desciende al infierno. Las tablas que se quitan después de los que cruzan son los días individuales de nuestra vida; que pasan de tal manera que nunca regresan, sino que con su disminución siempre nos urgen hacia el fin, y nos obligan a apresurarnos hacia el término. Las aves que vuelan alrededor del puente, y acechan a los que cruzan, son los espíritus malignos, cuyo único empeño es derribar a los hombres del estado del camino recto, y precipitarlos al abismo del infierno. Nosotros mismos somos los que cruzamos, ciegos por la niebla de la ignorancia, y como encadenados por la dificultad de obrar bien, para que no podamos dirigir nuestros pasos libres hacia Dios con una vida santa. Atiende, pues, si no debes clamar con el mayor empeño a tu Creador en tan gran peligro, para que, protegido por su ayuda, cantes con confianza entre las turbas de los adversarios: El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? (Sal. XIX, 1). Luz, en verdad, contra la ceguera; salvación contra la dificultad. Porque estos son los dos males en los que el primer padre nos derribó, la ignorancia y la dificultad, para que ni veamos hacia dónde nos dirigimos, ni qué debemos hacer; y cuando en alguna parte lo vemos, impedidos por la dificultad, no podemos cumplir lo que rectamente conocemos. Medita estas cosas, alma mía, piensa en ellas; que tu mente se ejercite en ellas diariamente. Atenta a estas cosas, aléjate de las preocupaciones y pensamientos de cosas inútiles, y enciéndete con el fuego del santo temor y del bienaventurado amor para huir de estos males y alcanzar los bienes eternos.

XI. Del cuerpo, después de la partida del alma.---A ti ya regreso, dulcísimo Creador, y benignísimo Redentor, formador y reformador mío, suplicando con votos más humildes tu piedad, para que enseñes a mi corazón con temor vital y temblor saludable a considerar cuán fétida y cuán lamentable será la condición de mi carne después de la muerte, despojada del espíritu que ahora la anima, entregada a la putrefacción y a los gusanos para ser consumida.

¿Dónde estará entonces, si es que ahora existe, la belleza de la que se enorgullece; las exquisiteces de las que ahora disfruta; los delicados miembros? ¿No se cumplirá entonces verdaderamente en ella aquello profético: Toda carne es hierba, y toda su gloria como la flor de la hierba? (Isa. XL, 6). Se cerrarán los ojos, vueltos hacia el interior de la cabeza, que a menudo se deleitaban con vanas y perniciosas vagaciones. Yacerán cubiertos de horribles tinieblas, que ahora se alegran de absorber vanidades por la luz. Se abrirán los oídos, pronto llenos de gusanos, que ahora reciben con condenable júbilo las voces de la detracción y los rumores mundanos. Se cerrarán los dientes miserablemente, que la glotonería ha aflojado. Se pudrirán las narices, que ahora se deleitan con diversos olores. Los labios se horrorizarán con un hedor fétido, que a menudo se alegraban de disolverse en una risa tonta. La lengua se atará con una baba pútrida, que a menudo profería fábulas vanas. La garganta se estrechará, y el vientre se llenará de gusanos, que a menudo se distendían con diversas comidas. ¿Por qué mencionar cada cosa? Toda esa composición del cuerpo, a cuya salud, comodidad y voluptuosidad casi toda la atención vela, se disolverá en putrefacción, en gusano, y finalmente en el polvo más abyecto. ¿Dónde está el cuello erguido? ¿Dónde la jactancia de las palabras, el ornato de las vestiduras, la variedad de las delicias? Como un sueño se desvanecieron, todo pasó sin volver, y dejaron a su amante en la más miserable condición.

XII. Del alma separada del cuerpo.---Dios bueno, ¿qué es lo que contemplo? He aquí que el temor se enfrenta al temor, el dolor al dolor. Después de su separación del cuerpo, ¿no estará el alma rodeada por una multitud de demonios que exageran sus acusaciones y la interrogan hasta por la más mínima negligencia? Vendrá el príncipe de este mundo con sus secuaces, furioso de rabia, astuto para engañar, inclinado a mentir, malicioso para acusar, presentando todo lo que pueda ser verdadero de los males cometidos, inventando muchas falsedades. ¡Oh, hora tremenda, oh, juicio espantoso! De un lado, el juez severo para juzgar; del otro, los adversarios insolentes para acusar. El alma estará sola sin consolador, tomando consuelo solo si la conciencia de sus buenas obras la defiende. Pero en tal severidad, donde todo aparecerá desnudo, ¿quién se gloriará de tener un corazón puro? Si el justo apenas se salvará, ¿dónde aparecerán el pecador y el impío? (I Pedro IV, 18.) Entonces cesarán los labios de los que alaban, la lengua de los aduladores no servirá, la vana gloria se demostrará haber sido engañosa. La alegría insensata huirá, la pompa de las dignidades será dispersada, la ambición del honor se verá llena de engaño. Bienaventurada el alma que en tal crisis es protegida por la conciencia de su inocencia, defendida por la memoria de su santidad; que aún en la carne fue lavada frecuentemente por la ola de la piadosa compunción, adornada por la diligencia de la confesión, iluminada por la meditación de la sagrada ley; que la humildad hizo mansa, la paciencia tranquila, la obediencia vacía de su propia voluntad, y la caridad ferviente para el ejercicio de toda virtud. Tal alma no temerá esa hora tremenda, ni se confundirá cuando hable con sus enemigos en la puerta (Salmo CXXVI, 6). Se unirá a aquellos de quienes la Escritura dice: Cuando da sueño a sus amados, he aquí la herencia del Señor (Ibid., 4).

XIII. Reflexión sobre el día del juicio, donde los cabritos serán colocados a la izquierda.--- Ahora bien, ¿quién puede decir algo sobre el terror de ese juicio final, donde las ovejas serán colocadas a la derecha y los cabritos a la izquierda? ¿Qué temblor habrá, donde las potestades de los cielos serán conmovidas? ¿Qué confusión de cosas, qué gemidos, qué clamores de los que lloran, cuando esa voz terrible se dirija a los negligentes: ¡Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno! (Mateo XXV, 41.) Verdaderamente, ese día será un día de ira, un día de tribulación y angustia, un día de nube y torbellino, un día de trompeta y clamor. Verdaderamente, entonces la voz del día será amarga, allí será atribulado el fuerte. Porque aquellos que con mente soberbia desprecian ahora la voluntad divina, gloriándose en la prosecución de su propia voluntad, entonces el fuego perpetuo los envolverá, que nunca se

extinguirá, y el gusano los devorará que no morirá, y el humo de su tormento ascenderá por los siglos de los siglos.

XIV. Reflexión sobre la alegría, donde las ovejas serán colocadas a la derecha.---Pero mientras estos lloran y emiten rugidos terribles del corazón por la angustia del espíritu, ¿qué piensas que será la alegría y la exultación de aquellos bienaventurados que, colocados a la derecha de Dios, escucharán esa voz felicísima que les dirá: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo? (Mateo XXV, 34.) Entonces verdaderamente la voz de exultación y salvación morará en el tabernáculo de los justos. Entonces el Señor levantará la cabeza de los humildes, que ahora no se avergüenzan de ser viles y despreciados por Él. Sanará a los contritos de corazón y los consolará con gozos perpetuos por su deseo en esta peregrinación. Aparecerá la recompensa inefable de aquellos que por amor a su Creador se alegraron de haber renunciado a sus propias voluntades. En ese día, las cabezas de los obedientes serán rodeadas por una corona celestial, y la gloria de los pacientes resplandecerá con un brillo inenarrable. Allí, la caridad enriquecerá a sus soldados con la compañía de los ángeles, y la pureza del corazón beatificará a sus amantes con la visión felicísima del Creador. Entonces Dios se mostrará a todos sus amantes y los elevará en eterna seguridad para siempre. Entonces verdaderamente todos los elegidos cantarán: Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor, te alabarán por los siglos de los siglos (Salmo LXXXIII, 3). Que nos haga partícipes de esa alabanza, quien con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

MEDITACIÓN II. Del terror del juicio, para despertar en sí el temor.

Me aterra mi vida, porque al examinarla diligentemente, me parece toda ella o pecado, o esterilidad casi toda mi vida, y si algo de fruto se ve en ella, es de tal modo o simulado, o imperfecto, o de algún modo corrupto, que puede o no agradar, o desagradar a Dios. Por tanto, oh pecador, tu vida ya no es casi toda, sino ciertamente toda o en pecado, y condenable; o infructuosa, y despreciable. Pero, ¿por qué separo lo infructuoso de lo condenable? Ciertamente, si es infructuosa, también es condenable. Es claro y verdadero lo que dijo la Verdad: Todo árbol que no da buen fruto será cortado y echado al fuego (Mateo III, 10). En definitiva, si hago algo útil, de ninguna manera lo compenso con los alimentos del cuerpo, de los cuales abuso. Pero, ¿quién alimenta a un animal que no produce tanto como consume? y sin embargo, tú, Dios benigno, tú nutres, y esperas a tu inútil gusano, y al pecador hediondo. ¡Cuánto más tolerable es el hedor de un perro podrido para los hombres, que el alma pecadora para Dios; cuán más infeliz es esta para Dios, que aquel para los hombres! ¡Ay, no soy un hombre, sino el oprobio de los hombres, más vil que una bestia, peor que un cadáver! Mi alma aborrece mi vida; me avergüenza vivir, temo morir. ¿Qué te queda, pues, oh pecador, sino llorar toda tu vida por toda tu vida, para que toda ella se llore a sí misma toda?

Pero en esto también mi alma es miserablemente admirable y admirablemente miserable, porque no duele tanto como se conoce; pero así, segura, se adormece, como si ignorara lo que padece. Oh alma estéril, ¿qué haces? ¿por qué te adormeces, alma pecadora? El día del juicio viene, está cerca el gran día del Señor, está cerca y muy veloz, día de ira es aquel día, día de tribulación y angustia, día de calamidad y miseria, día de tinieblas y oscuridad, día de nube y torbellino, día de trompeta y clamor. ¡Oh, voz amarga del día del Señor! ¿Por qué duermes, alma tibia y digna de ser vomitada? ¿por qué duermes? quien no se despierta, quien no tiembla ante tal trueno, no duerme, sino que está muerto. Árbol infructuoso, ¿dónde están tus frutos? árbol digno de hacha y fuego, digno de ser cortado y quemado, ¿cuáles son tus frutos?

Ciertamente espinas punzantes y amargos pecados; ojalá te pincharan tanto con el arrepentimiento que se rompieran: ojalá fueran tan amargos que desaparecieran.

Quizás piensas que algún pecado es pequeño: ojalá el juez severo considerara pequeño algún pecado. Pero ¡ay de mí! ¿no deshonra a Dios todo pecado por la transgresión? ¿Qué, pues? ¿se atreverá el pecador a decir que el pecado es pequeño? ¿Cuándo es pequeño deshonrar a Dios? Oh leño seco e inútil, digno de los fuegos eternos, ¿qué responderás en aquel día, cuando se te exija hasta el parpadeo de un ojo, todo el tiempo de vida que se te ha dado, cómo lo has gastado? Entonces, sin duda, será condenado todo lo que se encuentre en ti de obra o de ocio, de palabra y de silencio, hasta el más mínimo pensamiento, incluso el haber vivido, si no ha sido dirigido a la voluntad de Dios. ¡Ay! ¿cuántos pecados surgirán allí de improviso, como desde emboscadas, que ahora no ves? Ciertamente más, y quizás más terribles que los que ahora ves. ¿Cuántos, que no crees que sean malos? ¿cuántos, que ahora crees que son buenos, con el rostro descubierto aparecerán allí como pecados negrísimos? Allí, sin duda, recibirás según lo que hayas hecho en el cuerpo; entonces, cuando ya no habrá tiempo de misericordia; entonces, cuando no se recibirá penitencia, cuando no se prometerá enmienda.

Aquí piensa qué has hecho, qué te corresponde recibir. Si muchos bienes, pocos males; alégrate mucho: si muchos males, pocos bienes; llora mucho. ¡Oh pecador inútil! ¿no te bastan estas cosas para un inmenso clamor? ¿no te bastan para extraer sangre y médulas en lágrimas? ¡Ay, dureza admirable, para la cual son leves tan graves martillos! ¡Oh insensible letargo, para el cual son obtusos tan agudos agujijones! ¡Oh letal sopor, para el cual es ronco tan terrible trueno! Pecador inútil, estas cosas deben bastarte para continuar el luto: pueden bastarte para absorber lágrimas continuas. Pero, ¿por qué debo disimular algo sobre la gravedad, sobre la magnitud de la miseria inminente, y robar a los ojos de mi alma: acaso para que de improviso irrumpen dolores repentinos, para que de repente sobrevenga una tempestad intolerable? Ciertamente no conviene así al pecador. Pero si digo todo lo que pueda imaginar, aún no podrá compararse con lo que es la realidad. Por tanto, que mis ojos derramen lágrimas día y noche, y no callen. Aumenta, pues, pecador, aumenta el peso de las penas anteriores; añade terror sobre terror, clamor sobre clamor: pues él mismo te juzgará, a cuya afrenta se refiere todo lo que desobediente a Dios, o transgresor peca, quien me devolvió bien por mal, a quien yo mal por bien, quien ahora es pacientísimo, entonces será severísimo; clementísimo ahora, justísimo entonces.

¡Ay de mí, ay de mí! ¿a quién he pecado? He deshonrado a Dios, he provocado al Omnipotente. Pecador, ¿qué he hecho? ¿a quién he hecho? ¿cuán mal he hecho? ¡Ay, ay! ira del Omnipotente, no caigas sobre mí. Ira del Omnipotente, ¿dónde podrás caber en mí? No hay nada que pueda tolerarte en todo mí. ¡Oh angustias! de un lado estarán los pecados acusadores, del otro la justicia aterradora; debajo el abismo horrendo del infierno, arriba el juez airado; dentro la conciencia ardiente, fuera el mundo ardiendo. El justo apenas se salvará; el pecador así atrapado, ¿hacia dónde se inclinará? Atrapado, ¿dónde me esconderé? ¿cómo apareceré? Esconderse será imposible, aparecer será intolerable. Desearé aquello, y no estará en ninguna parte: execraré esto, y estará en todas partes. ¿Qué entonces? ¿qué será entonces? ¿quién me librá de las manos de Dios? ¿de dónde me vendrá consejo? ¿de dónde la salvación? ¿Quién es, que se dice ángel del gran consejo, que se dice Salvador, para que clame su nombre? Ya él es, ya él es Jesús, él mismo es el juez, en cuyas manos tiemblo.

Respira ya, oh pecador, respira; no desesperes, espera en aquel a quien temes. Huye hacia él, de quien huiste. Invoca insistentemente, a quien provocaste con soberbia. Jesús, Jesús, por este tu nombre, hazme según este tu nombre. Jesús, Jesús, olvida al soberbio provocador, mira al miserable invocador, nombre dulce, nombre deleitable, nombre que conforta al

pecador, y de bienaventurada esperanza. ¿Qué es Jesús, sino Salvador? Por tanto, Jesús, por ti mismo sé para mí Jesús, que me formaste, no dejes que perezca; que me redimiste, no me condenes; que me creaste con tu bondad, no dejes que perezca tu obra por mi iniquidad. Te ruego, piadosísimo, que mi iniquidad no destruya lo que hizo tu omnipotente bondad. Reconoce, benignísimo, lo que es tuyo; y borra lo que es ajeno. Jesús, Jesús, ten misericordia, mientras es tiempo de tener misericordia, no condenes en el tiempo de juzgar. ¿Qué utilidad tienes en mi sangre, si descendiendo a la corrupción eterna? Porque los muertos no te alabarán, Señor, ni todos los que descienden al infierno (Salmo CXIII, 17). Si me admites dentro del amplísimo seno de tu misericordia, no será más estrecho por mí, Señor. Admite, pues, oh deseado Jesús, admíteme dentro del número de tus elegidos, para que con ellos te alabe, te disfrute, y me gloríe en ti entre todos los que aman tu nombre. Que con el Padre y el Espíritu Santo te glorías por los siglos interminables. Amén.

### MEDITACIÓN III. Lamentación por la pérdida de la virginidad.

Alma mía, alma afligida, alma, digo, miserable de un pobre hombre, sacude tu letargo, y examina tu pecado, y agita tu mente; trae al corazón el enorme delito, y saca del corazón un inmenso clamor. Atiende, infeliz, atiende al horror de tu crimen, y extiende el terror horrible, y el dolor aterrador. Tú, digo, que una vez fuiste candidata al baño celestial, dotada del Espíritu Santo, jurada en la profesión cristiana, fuiste virgen desposada con Cristo. ¡Oh, de dónde recuerdo! ¡Oh, a quién he nombrado! ciertamente ya no al benigno esposo de mi virginidad, sino al terrible juez de mi impureza. ¡Ay, memoria de la alegría perdida! ¿Por qué agravas tanto la presión de la infelicidad poseída? ¡Qué miserable suerte la del hombre pecador, para quien tanto el bien como el mal son igualmente tormento! Me atormenta la mala conciencia, y sus tormentos en los que temo arder; me atormenta la memoria de la buena conciencia, y de sus premios, que sé que he perdido, y que no recuperaré más. ¡Ay, perder miserablemente! ¡doloroso, perder irrecuperablemente lo que debe ser guardado interminablemente! ¡Ay, perder inconsolablemente, lo que no solo es dañino en bienes, sino que además es lucrativo en tormentos!

Oh virginidad, ya no mi amada, sino mi pérdida; ya no mi alegría, sino mi desesperación, ¿a dónde has llegado? ¿en qué fétido, en qué amargo lodo me has dejado? Oh fornicación que ensucias mi mente, que destruyes mi alma; ¿de dónde, miserable, te has deslizado, de qué estado tan nítido, de qué estado tan alegre me has precipitado? De aquí me quemas, oh amargo dolor, porque aquello está perdido: de aquí me angustias, oh grave dolor, y temor de algo peor, porque esto está admitido. De aquí la pérdida inconsolable, de aquí el tormento intolerable. ¡Ay de aquí, y ay de allá! Así, así igualmente el bien y el mal, así ciertamente ya justamente castigas al miserable malvado aún viviente. Dignamente, ciertamente dignamente. Tú, alma mía, pérfida a Dios, perjura de Dios, adúltera de Cristo, voluntariamente de la sublimidad de la virginidad miserablemente te has sumergido en el abismo de la fornicación. Tú, que una vez fuiste desposada con el Rey de los cielos, ardientemente te has hecho prostituta del torturador de los infiernos. ¡Ay, rechazada por Dios, entregada al diablo, más bien rechazando a Dios, abrazando al diablo! Tú, alma mía, meretriz obstinada, fornicadora impúdica, tú primero ofreciste repudio a tu amante y creador Dios, y voluntariamente te entregaste a tu insidiador y destructor demonio. ¡Oh miserable intercambio!

¡Ay! ¿de qué altura caíste, en qué profundidad te precipitaste? ¡Ay! ¿cuán benigno despreciaste, cuán maligno te uniste? ¿Qué has hecho, oh locura de la mente, insensatez de la suciedad, suciedad de la iniquidad, qué has hecho? En el cielo dejaste tu amor casto, y en el infierno seguiste a tu odioso corruptor, y en el abismo preparaste no tu tálamo, sino tu prostíbulo. ¡Horror admirable, cuán perversa voluntad! ¡Milagro horrible, cuán voluntaria

perversidad! ¿De dónde me vendrá, Dios, la corrección de tanta maldad? ¿de dónde te vendrá, Dios, la satisfacción de tanto crimen? Precipitarse, pobre hombre, en la oscura profundidad de la tristeza desmedida, que voluntariamente te precipitaste en el abismo de la horrible iniquidad. Hundirse, infeliz, en el mar del dolor terrible, que caíste libremente en el lodo del hedor infernal. Envolver, criminal, en las horribles tinieblas del luto inconsolable, que voluntariamente te revolcaste en el abismo de tan sucio lujo. Revolcarse en el torbellino de la amargura, que te deleitaste en el lodazal de la torpeza.

Terror horrible, dolor terrible, luto inconsolable, agrúpaos sobre mí, irrumpid, hundidme, perturbadme, envolvedme, poseedme. Es justo, es justo. Con impudente audacia os desprecié, y con hediondo deleite os provoqué; más bien a Dios, no a vosotros, y ahora con miserable penitencia os deseo. Torturad al reo, vengad a Dios. Que el fornicador sienta los tormentos del infierno que mereció, que pruebe lo que preparó, que se acostumbre a lo que va a sufrir. Extiende y prolonga, pecador desmedido, la penitencia dolorosa, que tan lejos prolongaste la inmundicia de tu crimen. Revuelve, y revuelve en el mismo torbellino de amarguras, que tantas veces te revolcaste en el mismo abismo de lujurias. Consuelo, seguridad, alegría, no os quiero, os rechazo, a menos que el perdón del pecado os traiga de vuelta. Alejaos, alejaos antes de la muerte, si acaso la indulgencia os devuelve a mí incluso después de la muerte. Que la penitencia continua sea la amarga compañera de mi edad, que el dolor continuo sea el torturador insaciable de mi vida, que el luto y el amargo dolor sean los tribuladores infatigables de mi juventud y vejez. Ojalá, ojalá así sea, lo deseo, lo ruego, lo anhelo que así sea. Porque si no soy digno de levantar los ojos al cielo orando, ciertamente no soy indigno de cegarlos llorando. Si mi mente se avergüenza de orar por la vergüenza de la conciencia, es justo que se confunda en el torbellino del dolor y la tristeza luctuosa. Si teme presentarse ante la vista de su Dios, es justo que tenga ante su vista los tormentos de su crimen.

Piense, pues, y repiense mi corazón lo que ha hecho, y lo que ha merecido. Descienda, digo, descienda a la tierra tenebrosa y cubierta de la oscuridad de la muerte mi mente, y considere lo que allí espera a mi alma pecadora, atiende y contemple, vea y se turbe. ¿Qué es, Dios, qué es lo que observo en la tierra de miseria y tinieblas? Horror, horror. ¿Qué es lo que contemplo, donde no hay orden, sino que habita el horror eterno? (Job X, 22.) ¡Ay, confusión de clamores, tumulto de llantos, crujir de dientes, multitud desordenada de gemidos! ¡Ay, ay; cuántos, cuántos y cuántos ay, ay! Fuego sulfuroso, llama tartárea, y volúmenes oscuros, con qué rugido terrible os veo girar. Gusanos viviendo en el fuego, ¿qué asombrosa avidéz de roer os enciende así, a quienes ese fuego de fuegos no enciende? Demonios ardiendo, rugiendo de ardor, rechinando de furia, ¿por qué sois tan crueles con los que se revuelcan entre vosotros? ¡Oh tormentos de toda clase, justicia moderada, para soportar desmedida, así que ningún modo, ningún remedio, ningún fin os moderará? ¿Son estas, gran Dios, las que están preparadas para los fornicadores y los que te desprecian, de los cuales yo soy uno? Yo, yo ciertamente soy uno de ellos.

Anima mía, tiembla; mente mía, desfallece; corazón mío, desgárrate. ¿A dónde me lleváis, ejecutores de mi crimen? ¿A dónde me empujas, pecado mío? ¿A dónde me entregas, Dios mío? Si hice para ser tu reo, ¿acaso pude hacer para no ser tu criatura? Si me quité mi castidad, ¿acaso te quité tu misericordia? Señor, Señor, si yo cometí lo que me puede condenar, ¿acaso perdiste lo que sueles salvar? No mires, Señor, no mires tanto mi maldad, que olvides tu bondad. ¿Dónde está, oh Dios veraz, dónde está, Vivo yo, no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva? (Ezequiel XXXIII, 11.) Señor, que no mientes, Señor, ¿qué significa, no quiero la muerte del pecador, si tú entierras en el infierno al pecador que clama a ti? ¿Acaso arrojar al pecador al infierno es no querer la muerte del pecador? ¿Es

esto querer que el pecador se convierta y viva? Soy pecador, Señor, soy pecador. Si no quieres la muerte del pecador, ¿qué te obliga, que no quieres, a entregarme a la muerte? Si quieres que el pecador se convierta y viva, ¿qué te impide hacer lo que quieres, para que me conviertas y viva? ¿Acaso la enormidad de mi pecado te obliga a lo que no quieres, y te impide lo que quieres, siendo tú Dios omnipotente? ¡Lejos de ti, Dios omnipotente, lejos de ti! Señor Dios: no prevalezca la maldad del pecador que confiesa y se duele sobre la sentencia del Omnipotente.

Recuerda, justo, santo y benigno Dios, recuerda que eres misericordioso, y mi creador y recreador. No recuerdes, buen Señor, tu justicia contra tu pecador, sino recuerda tu benignidad hacia tu criatura; no recuerdes la ira contra el culpable, sino recuerda la misericordia hacia el miserable. Es verdad que mi conciencia merece condenación, y mi penitencia no es suficiente para la satisfacción, pero es cierto que tu misericordia supera toda ofensa. Perdona, pues, tú buen Señor, cuya es la salvación, y que no quieres la muerte del pecador, perdona a mi alma pecadora. Pues huye aterrada de tu justicia aterradora hacia tu misericordia confortante, para que, ya que el premio de la virginidad está perdido, oh dolor, irrecuperable; al menos el castigo de la fornicación para el penitente no sea inevitable, porque no es imposible para tu omnipotencia, ni indecente para tu justicia, ni insólito para tu misericordia, porque eres bueno, y porque tu misericordia es eterna, tú que eres bendito por los siglos. Amén.

MEDITACIÓN IV. Cómo el pecador debe animar su alma para corregir sus pecados.

210 Alma mía, alma miserable y sucia, recoge diligentemente hacia ti todos los sentidos de tu cuerpo, y con más diligencia mira y ve cuán gravemente herida y postrada estás por dentro. Pues mientras la inmensa bondad de tu Creador te concede la vida, mientras su inefable misericordia espera pacientemente tu corrección y adecuada satisfacción, no seas perezosa y lenta para curar tus heridas, para corregir tus pecados, para reconciliarte con tu Creador a quien ofendiste, para pacificar a todos sus santos, a quienes al ofender a su Creador y tuyo, a su Señor y tuyo, hiciste tus adversarios. Si permanecieras recta y pura, tal como te creó tu Creador recta y pura, y te hubieras adherido indefectiblemente a su voluntad, como bien podrías si quisieras, ahora vivirías una vida presente alegre y feliz; y al haberla trascendido y terminado, con la ayuda de aquel que te creó, poseerías la vida y felicidad que no tiene fin. Pero ahora, porque pospusiste la voluntad de tu Creador, infeliz y miserable; y te adheriste infeliz y miserablemente a tus placeres carnales, si no te examinas con esmero y gran diligencia, sin acariciarte ni perdonarte, cuántos males e iniquidades te envuelven, y al examinarte y arrepentirte decides volver a la satisfacción y enmienda, primero arroja de tu interior, a saber, la voluntad de pecar, y abraza y haz lo que entiendes que agrada a tu Creador en todo.

Pero tal vez te dices a ti misma, al contemplar la enormidad de tus crímenes y desesperar del perdón y remisión, debido a las continuas fealdades de tus iniquidades: ¿Cómo puedo ya enmendarme más, si casi toda mi vida he actuado contra la voluntad de Dios, siempre dedicada a toda malicia, a todos los malos deseos y malas obras, y yaciendo endurecida en los pecados como una piedra que ni el hierro puede cortar ni el fuego ablandar? Así, al contemplar más diligentemente la justicia de mi Creador, y no con menos diligencia mis malas obras que siempre he realizado, ya que Él ha de retribuir a cada uno según sus obras, sé que recibiré los tormentos y penas que mis malas obras merecen. Es verdad lo que afirmas, que Dios es un juez justo, amante de la equidad, que impone tormentos a las malas obras y pecados; pero también según esa misma justicia, con la que castiga a los que perseveran en la maldad, recompensa con eterna recompensa a los que se arrepienten de sus males y hacen

buenas obras. Por eso te advertí antes, que examines más diligentemente todo tu interior, y lo que haces ante los demás, y con no menos diligencia veas a qué fin llegarán todas las cosas. Y creo que si haces esto continuamente, y con los recuerdos de estas cosas, como con martillos de hierro, golpeas continuamente la dureza de tu pecho, a menos que estés loca, harás lo que te lleve a recibir felicidad y alegrías; y dejarás lo que te merecía tormentos y tristeza.

Por eso, te advierto una y otra vez que sin cesar recuerdes cuán dulce y cuán bueno es tu Creador contigo, cuánta fue su bondad al crearte cuando no existías; y que no te hizo un animal o una criatura insensible, sino una criatura que pudiera entenderlo y amarlo, y poseer con Él su eternidad eternamente y felizmente, y que te amó tanto que, aunque sabía que harías muchas cosas contra su voluntad, no quiso no hacerte, sino que quiso hacerte y que existieras; y que con tanta mansedumbre, como un piadoso y misericordioso, aún te espera, esperando tu enmienda. Tu Creador te espera, te espera, como dije, tu corrección, porque a quien le agradó hacerte cuando no existías, de ninguna manera desea perderte; sino que vuelvas a su piadosa misericordia, y a ti, purificada y enmendada por la verdadera penitencia, te devuelva la felicidad de la vida eterna que perdiste por el pecado.

Piensa, pues, y vuelve a pensar en tanta benignidad de tu Creador hacia ti, y levántate, como es justo, y todos tus sentidos hacia su inefable amor. Pues su amor no tolera ninguna fealdad de vicios, no consiente ninguna voluptuosidad de deseos carnales. Donde su amor habita, allí hay suma paz, suma tranquilidad, y gran facilidad para hacer y pensar todo aquello con lo que se adquiere la eterna felicidad. En todas tus acciones y en todos tus pensamientos, debes saber con certeza que hay dos presentes, uno amigo y otro enemigo tuyo. Tu amigo es tu Creador, que se alegra de tus buenas obras; pero tu enemigo es el diablo, que se lamenta de esas mismas buenas obras tuyas. Por el contrario, el diablo, siempre acechándote, se alegra si te ve hacer malas obras, y dedicarte a vanos pensamientos y necesidades, de donde pueda acusarte ante el Juez supremo, y arrastrarte condenada a la perdición con él. El diablo, siempre ávido de la perdición de los fieles, no solo acusa de las malas obras que hacen, sino que también intenta manchar injustamente sus buenas obras y buenos pensamientos. Pero tú, contra sus sutiles engaños, y contra sus astucias llenas de muchas decepciones, sé cauta, sé diligente, e invoca a tu Creador y dulcísimo Señor, para que no permita que te seduzcan sus engaños y decepciones. Huye bajo la sombra de sus alas de la cara de los impíos que te afligen (Salmo XVI, 8), que te afligen y tratan de arrastrarte a la muerte y a la destrucción. Tu Creador y tu Señor es más piadoso y misericordioso de lo que se puede decir o incluso concebir: por lo que nadie se pierde sino por su gran culpa y su gran iniquidad.

El padre y la madre carnales suelen tener gran piedad por aquellos a quienes han engendrado; y si los ven afligidos por algún dolor o tristeza corporal, se ofrecen a sí mismos y sus bienes, si así lo requiere la razón, para recuperar su salud. Muchos animales también no temen enfrentar la muerte por sus crías, y para que sus crías eviten la muerte, ellos mismos la enfrentan. ¿De dónde, pues, les viene esa piedad natural, sino de aquel que es fuente de piedad, que no quiere que nadie perezca, ni se alegra en la perdición de los que mueren? Nuestro Creador, pues, fuente de piedad, fuente de misericordia, sobre todo dulce y amable, cuando nos ve, su criatura, manchados por algún contagio de pecado, o incluso heridos casi hasta la muerte por grandes y muchas heridas de crímenes, aplica mucho más y mayor diligencia en curar nuestros pecados, sanar nuestra debilidad, limpiar la lepra y suciedad de nuestros crímenes, las vanidades y polvo de nuestros pensamientos, que un padre carnal o un animal aplica en el cuidado de sus hijos o crías. Y no le basta solo con sanar nuestra debilidad y dejarnos así; sino que, haciéndonos sus más íntimos amigos, nos abraza dulcemente como a sus hijos más queridos; abrazándonos y besándonos, mitiga y consuela toda la languidez y

lepra del pecado que incurrimos por nuestra necedad; y de todas las injurias que le hicimos, despreciándolo en sus preceptos, se olvida por completo. 211 Nos honra en la vida presente, nos corona en la futura, nos hace reyes, hace a nuestra alma reina; por lo que nos advierte ya hechos reyes en el salmo: Y ahora, reyes, entended, aprended los que juzgáis la tierra (Salmo II, 10). Entonces somos verdaderamente reyes, si gobernamos nuestros movimientos desordenados, y los llevamos a la razón y a la voluntad de nuestro Creador. Y somos instruidos cuando juzgamos la tierra, es decir, cuando vemos que nuestro corazón desea cosas terrenales, lo obligamos a despreciar lo terrenal y amar lo celestial. Nuestra alma se convierte en reina, porque vestida con vestiduras variadas, es decir, adornada con varios dones de virtudes, está unida a Cristo, su esposo que está en los cielos, con mente, acto y hábito perpetuo, mientras vive en la tierra. No fue suficiente para nuestro Creador crearnos, gobernarnos una vez creados, y enviar a sus ángeles, siempre que lo necesitábamos, para nuestra defensa; sino que Él mismo, tomando nuestra forma, tomando nuestra naturaleza, teniendo piedad de su criatura, descendió a nosotros, inspeccionó diligentemente nuestras heridas y muerte, inspeccionando las palpó, las tocó; movido por la piedad sobre la miseria que vio que teníamos, gimiendo se condolió. Y después de esto, haciendo de su propia carne que había asumido por nosotros, como un emplasto, aplicándola a nuestros dolores, sanó por completo nuestra debilidad. Y para mostrar en esto cuánto nos amaba, nos dio esa misma carne que había asumido por nosotros para que la comiéramos; y aún no cesa de ministrar en el sacrificio de su altar.

Tú, alma mía, animada y consolada por el dulce recuerdo de todas estas cosas, ora a tu Señor, ora a tu Creador, invoca a todos sus santos, para que te sean de ayuda, para que, asistida y consolada por su intercesión, te conceda vivir en la presente conversación de tal manera que, purificando tus iniquidades por la verdadera penitencia y confesión, al terminar el curso temporal, merezcas ascender a las alegrías eternas, por la gracia de aquel que vive y reina Dios por los siglos eternos. Amén.

MEDITACIÓN V. De qué vive el alma, y de qué vive la carne: y de la gloria del alma buena, y de la infelicidad del alma mala, cuando salen del cuerpo.

Mientras el alma permanece en el cuerpo, el hombre vive según la carne: cuando la carne la abandona, muere según esa misma carne. Pero, así como el alma da vida a la carne mientras permanece en la carne, así la carne da vida al alma mientras la carne hace obras de justicia. Por lo tanto, de este modo parecen darse mutuamente, tanto el alma a la carne como la carne al alma; y así el alma con la carne obrando, adquieren mutuamente la vida de la vida eterna. Pero esa vida la percibe inmediatamente el alma despojada de la carne, que la carne con el alma percibirá en la resurrección en el último día. Por lo tanto, alma mía, y carne, exultad en el Dios vivo (Salmo LXXXIII, 3), acercaos a Dios vuestro Creador, acercaos y sed iluminados (Salmo XXXIII, 6), y ya no hagáis más lo que os avergüence; sino que siempre procurad hacer lo que os haga alegraros para siempre. Os exhorto, os aconsejo, que no recibáis en vano la gracia de Dios ahora (II Cor. VI, 1), que aunque ahora sufre muchas cosas de vosotros que le desagradan mucho; no penséis que siempre lo sufrirá así. Porque sin duda es un paciente retribuidor, y un diligente escudriñador del corazón y los riñones. Ahora sufre muchas cosas, esperando nuestra corrección, como el más manso: pero si ahora no nos corregimos, nos condenará, como el más justo: y quien ahora es tan dulce con nosotros, que nos llama sus hermanos y amigos, entonces en el juicio final, desconocidos y no conocidos por Él por buenas obras, nos considerará como sus enemigos.

Alma mía y carne mía, ya despertad, siempre y en todo lugar pensando en vuestros últimos días. Quizás si hacéis esto, no pecaréis fácilmente. Si ahora, como os aconsejo, lo hacéis,

estad seguras; porque cuando muchos lloren, que ahora ríen y se alegran miserablemente, vosotros exultaréis y os alegraréis con una alegría indescriptible. En vuestras propias obras prestad atención diligente. Si son rectas y agradables a Dios, alegraos; si son malas y no aceptas a Dios, corregidlas pronto. No duerman vuestros ojos, no duerman vuestras pestañas. La fosa de la perdición está abierta: fácilmente cae allí quien ahora no se cuida cautelosamente. El pecado y la iniquidad, el necio y vano, fácilmente ahora empujan allí; en lo que una vez inmersos ya no resurgen para siempre. Así como para los que hacen siempre cosas malas y perversas, está abierta la eterna destrucción; así para los buenos, y los que perseveran en buenas obras, está abierta la entrada al paraíso, en el que una vez admitido permanecerá siempre y para siempre gozoso y feliz. De este modo, las buenas obras elevan al bueno hacia arriba en lo alto: y las malas obras hunden al malo en lo profundo hacia abajo.

Pero ahora veamos diligentemente, si podemos, de qué manera las buenas obras conducen al alma de aquel que vivió bien al cielo, y las malas obras arrastran al alma del pecador al infierno. El alma pura, tan pronto como sale del cuerpo, ve todas sus obras; y porque ve todas buenas, se alegra con una alegría indescriptible. Inmediatamente la recibe un ángel, y quien mantuvo sus ojos para que no vieran la vanidad; la abraza, quien tapó sus oídos para que no escucharan la iniquidad; la protege, quien guardó su boca para que no hablara mentira; se alegra con ella, quien la protegió para que no pecara en el sentido del olfato o del tacto; y así la rodea alegre y feliz por todas partes, y la coloca ante el trono de la claridad divina, donde se regocije sin fin. Le salen al encuentro otros ángeles, y otros santos, que allí asisten ante la presencia de la majestad divina; y como la reconocen como su compañera por las buenas obras y amiga, la reciben con alegría en los brazos de la más sincera caridad; y hablándole de tal manera, le muestran casi todas las alegrías de todos los que allí habitan. He aquí, nuestra amiga, he aquí, nuestra compañera, porque serviste fielmente a Dios, y trabajando valientemente al cumplir sus preceptos, ya finalmente descansa del trabajo, y disfruta con nosotros de las alegrías eternas desde ahora y para siempre.

Pero, por el contrario, el alma del pecador cuando se ve obligada a salir del cuerpo, inmediatamente la reciben los ángeles de Satanás, que la atan fuertemente con cadenas de fuego, y empujándola más fuertemente por todas partes, la arrastran a los tormentos del infierno, donde el mismo Satanás yace sumergido en el abismo. Allí hay llanto y crujir de dientes (Mateo VIII, 12); allí fuego, lazo, espíritu de tormentas, parte del cáliz (Salmo X, 7) de los pecadores. Entonces el mismo Satanás, arrebatándola hacia él, y escupiendo sobre ella fuego lleno de hedor, ordena a sus ministros que la aprieten por todas partes, y así apretada la arrojen en esos tormentos, donde sin fin sea atormentada con ellos, y sin fin en esos dolores muera sin cesar. Entonces el alma infeliz, atormentada en esos sufrimientos, angustiada por todas partes por esas furias infernales, finalmente recobrada, viendo todos los males que hizo, proclama infeliz: ¡Ay de mí, miserable, miserable! ¿Por qué vine alguna vez a la vida, miserable, que me veo atormentada por tantos géneros de tormentos por todas partes, miserable? Gusanos, gusanos, que tan cruelmente me corroéis, perdonadme, os lo ruego; perdonadme, miserable, que sufro tantos y tan inmensos otros tormentos. ¡Ay de mí, miserable, miserable! y deseo morir, y sin embargo muriendo no puedo morir. Ahora, miserable, recibo todo lo que pequé por la vista, por el gusto, por el oído, por el olfato, por el tacto. Sin embargo, no le vale al alma infeliz que sufre tan miserablemente, que se arrepiente tan tarde, que proclama tan infeliz, que entonces se aflige con tanta tristeza. Sino que lo que mereció mientras vivía, ahora en los mismos dolores del infierno, lo recibe miserable y pecadora.

He aquí mi alma y mi carne, presten atención diligente; y al prestar atención, juzguen con verdadero juicio; y disciernan qué es mejor, qué es más útil seguir. ¿Hacer el bien y recibir lo bueno? ¿O hacer el mal y recibir lo malo? A menos que estén locos, no responderán otra cosa que hacer el bien y tener lo bueno. Por lo tanto, hagan el bien, para que puedan tener ese bien, del cual proviene todo bien, es decir, el bien de todo bien, que no puede ser sino bueno. Nuestro Creador nos ha dado muchos bienes, muchos nos ha confiado; pero ningún bien es tan precioso, tan deseado por todo sabio, como aquel bien al que no puede acercarse ningún mal. Este bien es nuestro mismo Creador, que nunca es sino bueno. Si, por su gracia generosa, pueden tener este bien, tendrán en él todos los demás bienes. Pero si teniendo otros bienes, no tienen solo a él; trabajan en vano, y siguiendo neciamente el viento, al final no encontrarán la verdad, sino la vanidad.

Es, como ven, si consideran correctamente, la gloria presente, como una vejiga llena de viento; que mientras se sostiene así llena en las manos, se ve hermosa y clara; a la cual si se le imprime un pequeño pinchazo fortuito, no queda claridad, sino vacuidad, y viento en las manos. Presten atención, pues; y, como les advertí al principio de esta meditación, piensen siempre en sus últimos días; porque pensando así, y temiendo siempre por su final, no pecarán fácilmente, y viviendo así hasta el final, terminada la alegría temporal, que mientras así temían, volaba alrededor de sus ojos como el viento, no encontrarán vanidad, sino la verdad, que es Cristo, a quien los lleve quien los creó. Amén.

MEDITACIÓN VI. Para fortalecer el espíritu y no desesperar; porque si hacemos verdadera penitencia, sin duda encontraremos verdadera misericordia por todos nuestros pecados.

Cuando miro los pecados que he cometido y entiendo las penas y tormentos que debo sufrir por ellos, tengo no poco temor. Así que, muy ansioso y muy temeroso por mi perdición, busco si acaso encuentro alguna consolación. Pero ¡ay de mí, miserable! no encuentro ninguna; porque estoy seguro de que no solo he ofendido a mi Creador, sino también a él y a toda su creación. Mi Creador, pues, con toda su creación, gravemente ofendido por mis pecados, me condena; mi conciencia, segura de sus malas obras, me acusa por todas partes. Y así no encuentro ninguna consolación, ni creo que fácilmente la tenga de nadie. ¿Qué haré entonces? ¿A dónde me volveré tan desolado, tan envuelto en las maldades de mis pecados? Si quiero volver a aquel que me hizo recto, y suplico su inefable piedad para que tenga misericordia de mí; temo no poco que por tanta temeridad lo mueva más a la ira contra mí, y por esto se venga más gravemente de mis crímenes, con los cuales no temí exasperar su mansedumbre. ¿Qué haré entonces? ¿Permaneceré como desesperado, sin consejo, sin ayuda? Aún mi Creador me permite vivir: aún no deja de proveerme lo necesario para el sustento de esta vida. Y, como experimento en las cosas mismas, mis pecados no pueden vencer su bondad, para que aún quiera, como ya lo he merecido, confundirme y destruirme por completo. Es certísimo, pues, que él es piadoso conmigo, quien me concede tantos bienes, y aún no busca vengarse de mis iniquidades.

He oído, y como atestiguan quienes lo han experimentado, es verdad lo que he oído, que esa fuente de misericordia, que comenzó a fluir desde el principio del mundo, aún fluye. Fue, como dicen, muy misericordioso y piadoso con nuestro primer padre Adán, cuando cometió aquel pecado del fruto prohibido, que no lo condenó inmediatamente a la perdición eterna, como lo había merecido; sino que pacientemente esperó su enmienda, y para que pudiera volver a la gracia de aquel a quien había ofendido, lo ayudó misericordiosamente. Envío para esta obra a él, y a todos aquellos que de él nacieron, muchas veces a sus ángeles, advirtiéndoles que volvieran y hicieran penitencia por sus iniquidades; porque él aún los recibiría gustosamente, si se arrepentían de sus pecados de todo corazón. Pero ellos, aún

perseverando en sus pecados y despreciando sus advertencias, añadieron pecado a pecado, y como locos y abominables en sus iniquidades, cuando fueron hechos en honor por la semejanza de Dios, comenzaron a imitar contra natura las costumbres de las bestias.

Además, envió patriarcas, envió profetas; pero ni así quisieron dejar sus caminos torcidos y perversos: sino que a algunos de ellos, que les daban advertencias de salvación, los mataban; a otros los torturaban con tormentos varios e inauditos. Sin embargo, a veces los castigaba, como un padre misericordioso, no para vengarse de las injurias que le hacían con sus malas obras; sino para que corregidos volvieran a su misericordia, quien de ninguna manera desea la perdición de aquellos que creó con su bondad. Pero cuando ni con advertencias, ni con correcciones, visitados muchas veces por él, se volvían, la fuente de piedad no pudo contenerse más; sino que descendiendo del seno del Padre, asumiendo verdadera humanidad, asumiendo la semejanza de los pecadores, comenzó a advertirles dulcemente que hicieran entonces penitencia saludable de sus pecados, y reconocieran que él era el Hijo de Dios. Porque había venido por su salvación, y por esto, no desesperaran: sino que creyeran con certeza que aún podían obtener perdón de todos sus pecados, si solo los dejaban y hacían penitencia. No hay pecado tan grave que no pueda ser abolido por la penitencia; de tal manera que ni siquiera el mismo diablo pueda recordarlo. Viendo, pues, los pecadores tanta dulzura de su Creador, comenzaron también ellos a correr al manantial de misericordia, al manantial de piedad, y a lavar sus pecados en él. Comenzó también la fuente de piedad a comer con los pecadores, comenzó a abrirles los sacramentos de la santa confesión, por la cual se alivia toda carga de pecado; porque en la verdadera confesión se limpia toda mancha de delito.

Después de esto, acercándose el tiempo en que debía sufrir por la redención de los pecados, los judíos, de cuya stirpe según la carne había nacido, llevados por la envidia, lo crucificaron, porque era piadoso y misericordioso. Sin embargo, incluso en la misma muerte, no olvidando su piedad, rogaba a su Padre por sus asesinos, para que les perdonara este pecado: No saben, decía, lo que hacen (Lucas 23, 34). La dulcísima piedad del Señor los excusa, quien no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (Ezequiel 33, 11). ¿Qué corazón, pues, tan duro y tan pétreo no puede ablandarse con tanta mansedumbre de nuestro Creador? A quien, aunque su criatura, que creó de la nada a su imagen y semejanza, lo deshonrara en muchas cosas, no se vengó, sino que deshonrado, y provocado por sus muchas malas obras, lo soportó pacientemente, y dulcemente los advirtió para que volvieran a él sin vacilación. Nuestro piadoso y dulce Señor Jesucristo, como se dice por el profeta, no quiere la muerte del pecador, sino que deje sus malos caminos (Ezequiel 18, 23), y así haciendo penitencia de sus iniquidades, vuelva a la gracia de su Creador. Cuán misericordioso es también con el alma pecadora, lo dice por otro profeta, exhortándola a que incluso después del pecado vuelva a él, y encontrará misericordia. Tú, dice, te prostituiste con muchos amantes (Jeremías 31, 1), es decir, tú que en el bautismo me prometiste fidelidad, violaste tu castidad mancillándola con muchos amantes, sin embargo, haz penitencia, y vuelve a mí, y te recibiré. Ningún pecador, pues, debe desesperar, cuando la que se prostituyó con muchos amantes es recibida, porque la fuente de piedad y misericordia Jesucristo no se agota por las iniquidades de nadie, no se contamina por los crímenes de nadie, sino que siempre puro, y abundante en gracia de dulzura, recibe a todos los enfermos y pecadores que vuelven a él, y lava a todos, por más manchados que estén por cualquier pecado. Y para que todos los pecadores e inicuos estén seguros de recibir el perdón de sus pecados, si se preocupan por dejar esos mismos pecados, y hacen penitencia, esa misma fuente de piedad, por el amor que les tenía, soportó que la misma carne que asumió por ellos, como expuse anteriormente, fuera crucificada, para que aquellos que estaban muertos por los pecados, y no

podían de otra manera volver a la vida, sino redimidos por el precio de su sangre, de ninguna manera desesperen, viendo el precio que fue dado por sus pecados.

Así que, viendo tanta piedad de mi Señor Jesucristo, y tantos pecadores e inicuos correr a la fuente de piedad, ninguno es excluido y todos son recibidos, ¿debo yo solo desesperar que esa fuente de piedad, que lava a otros, no pueda lavar mis pecados? Sé, ciertamente sé, y verdaderamente creo que quien lava a otros, también puede lavarme a mí, y si quiere, porque es poderosísimo, perdonarme todos mis pecados. Pero entre pecador y pecador hay una gran diferencia, es decir, entre aquel que peca más, y aquel que peca menos. Por lo tanto, considerando cuánto he pecado, y cuántas iniquidades ha sido contaminada mi infeliz alma, entiendo que no solo soy igual a otros pecadores, sino más que cualquier pecador, y más allá de todos los pecadores, soy pecador. Muchos han pecado, y luego cesaron; algunos, aunque pecaron muchas veces, sin embargo, en algún momento pusieron fin a sus maldades. También otros, aunque hicieron muchas cosas malas, no dejaron de hacer muchas cosas buenas, por las cuales merecieron que sus males fueran perdonados por completo, o adquirieron para sí una pena del infierno más tolerable. Pero yo, miserable, y sobre todos los miserables y pecadores pecador y miserable, entiendo y sabiendo a qué perdición me arrastraba el pecado, y el deleite del pecado, nunca me preocupé por cesar de pecar y hacer el mal, sino que siempre aumenté pecado a pecado, y así, todo voluntaria y gustosamente, me sumergí infeliz en la perdición del pecado, y si la inmensa bondad del Señor no me soportara aún, hace mucho tiempo que debería haber sido devorado por el mismo infierno. ¿Cómo, pues, yo que he vivido de tal manera, que he cometido tantas maldades, que me he envuelto en tantas iniquidades, me atreveré a correr con otros pecadores que no han hecho tantas maldades, a la fuente de misericordia; no sea que por el hedor de mis crímenes no quiera lavarme, como a otros pecadores, cuyo hedor es más tolerable? Ayuda, pues, Señor Jesucristo, ayuda a tu criatura, y si bien abrumada por la magnitud de sus pecados; viéndola creada por ti, ayuda para que no desespere, porque, como creemos, ninguna enormidad de crímenes puede vencerte, si solo el pecador no desespere de tu misericordia.

Permíteme, pues, Señor Jesucristo, permíteme contemplar tu inefable piedad, y narrar cuán dulce y bueno eres con los pecadores y miserables. Esto mismo dije antes, pero me deleita mucho, cada vez que se presenta una ocasión adecuada, recordar cuánta es la gracia de tu dulzura hacia los pecadores. Por amor y redención de los pecadores, no solo de aquellos que pecan menos o más, sino también de aquellos que pecan en exceso, si solo se arrepienten, descendiste del seno del Padre, entraste en el vientre de la Virgen, asumiste de ella verdadera carne, viviendo en el mundo llamaste a todos los pecadores a la penitencia, finalmente, soportaste el patíbulo de la cruz por ellos, y así muerto según la carne, les devolviste la vida que justamente habían perdido por sus pecados. Así que cuando miro las malas obras que he hecho, si quieres juzgarme según lo que he merecido, estoy seguro de mi perdición, pero cuando miro tu muerte, que sufriste por la redención de los pecadores, no desespere de tu misericordia. Aquel ladrón, que fue crucificado contigo por sus crímenes, estuvo siempre en pecados hasta la salida de su alma, pero sin embargo en la misma hora de su expiración, porque confesó sus males, y clamó su culpa, encontró misericordia, y ese mismo día estuvo contigo en el paraíso (Lucas 23, 43). Viendo, pues, que moriste por la redención de los pecadores, tus manos y pies clavados, tu costado abierto por la lanza del soldado, la corriente de sangre y agua fluyendo de tu mismo costado, ¿debo desesperar? Solo hay una cosa que quieres, sin la cual ningún pecador puede salvarse, a saber, que nos arrepintamos de nuestros males, y, en cuanto podamos, nos preocupemos por enmendarlos. Si hacemos esto, estamos seguros de que, si nos encuentra así el último día (puesto que también tenemos el ejemplo del ladrón, que así en la última hora mereció salvarse), confiando en la inefable piedad de nuestro

Señor Jesucristo, podemos temer poco o nada la acusación del enemigo. Teniendo, pues, ante nuestros ojos el precio de nuestra redención, a saber, la muerte y la sangre de nuestro Redentor, que fue derramada en remisión de nuestros pecados, teniendo también el ejemplo del ladrón, y de muchos que estaban envueltos en muchos y grandes pecados, a quienes la misma fuente de piedad Jesucristo misericordiosamente absolvió, no desesperemos, sino corramos seguros del perdón de los pecados a esa misma fuente de piedad, en la cual ya vemos y reconocemos tantos y tan grandes pecadores lavados, y estemos seguros de que nosotros también seremos lavados por la misma fuente de misericordia, si nos abstenemos de nuestras maldades y pecados, y, en cuanto podamos, nos preocupamos por hacer el bien de ahora en adelante. Pero para abstenernos de los males, y hacer el bien, no podemos hacerlo con nuestra propia fuerza sin su ayuda. Por lo tanto, supliquemos su inefable misericordia, a quien le importó crearnos cuando no existíamos, para que nos conceda en esta vida, antes de que salgamos de aquí, enmendar nuestros pecados, y así limpiarnos con compunciones continuas, de modo que, terminada esta vida, podamos llegar a él con un curso recto, sin impedimento, para que estemos con él en perpetua claridad unidos a los coros angélicos, y a todos los santos, que ya disfrutaban de esa alegría sin fin.

## MEDITACIÓN VII.

I. Que nada es estable en el mundo. Nada más cierto que la muerte, nada más incierto que la hora de la muerte. Pensemos, pues, cuán breve es nuestra vida, cuán resbaladizo el camino, cuán cierta la muerte, e incierta la hora de la muerte. Pensemos cuántas amargas se mezclan, si algo dulce o agradable en el camino de esta vida nos halaga con su aparición. Cuán engañoso y sospechoso, cuán inestable y transitorio es todo lo que el amor de este mundo engendra; todo lo que la apariencia o belleza temporal promete, todo lo que la delectación de la carne extiende. Consideremos también cuál es la suavidad o dulzura de la patria celestial, su serenidad y amenidad: y ponderemos de dónde caímos, y dónde yacemos; qué perdimos, y qué encontramos, para que de ambos entendamos cuánto debemos llorar en este exilio. De aquí dice Salomón: Quien añade ciencia, añade también dolor (Eclesiástico 1, 18), porque cuanto más entiende el hombre los males de su alma, tanto más suspira y gime. La meditación, en efecto, engendra ciencia, la ciencia compunción, la compunción devoción, la devoción recomienda la oración. Con la meditación continua el hombre es iluminado para el conocimiento de sí mismo. En la compunción, por la consideración de sus males, el corazón es tocado por un dolor íntimo.

II. De los múltiples beneficios de Dios. Miserable yo, cuánto debería amar a mi Señor, que me hizo cuando no existía, me redimió cuando había perecido. No existía, y de la nada me hizo. Entre otras criaturas carentes de razón no me hizo, es decir, no me hizo árbol, no ave, no algún animal, sino que quiso que fuera de los hombres. Me dio vivir, sentir y discurrir; había perecido, y descendió a lo mortal; el inmortal asumió la mortalidad, soportó la pasión, venció la muerte, y así me restauró: así, así su gracia y su misericordia siempre me han precedido; de muchos peligros también me ha liberado mi libertador. Cuando erraba, me devolvió; cuando ignoraba, me enseñó; cuando pecaba, me corrigió; cuando me entristecía, me consoló; cuando desesperaba, me confortó; cuando caía, me levantó; cuando estuve de pie, me sostuvo; cuando fui, me guió: cuando vine a él, me recibió. Estas y muchas otras cosas me ha hecho mi Señor Jesucristo, por las cuales será dulce para mí siempre dar gracias para que por todos sus beneficios pueda amarlo, y siempre alabarle. Por todas estas cosas, ¿qué le devolveré sino solo amarlo con todo mi corazón? No hay nada mejor, ni más decente que el amor.

III. Aquí el pecador se reprende a sí mismo por la ingratitud hacia los beneficios divinos. Ah, ah, ah, Señor Dios, Padre de misericordias, ¿me atreveré a venir y aparecer en la presencia de tus santos, infelicísimo y miserabilísimo, tan ingrato por tantos y tan grandes beneficios, tan impudente y tan execrable abusador de tus dones? Que tantas veces y tanto tiempo no he temido atacarte con tus mismos beneficios; que tantas veces y tanto tiempo no me he avergonzado de militar con tus estipendios para el diablo contra ti, que no he temido convertir tus mismos dones en armas diabólicas, que he presumido abusar de mí mismo tan abominablemente, y me he atrevido a exhibirme como siervo del diablo, y hacer de mis miembros los suyos, con los cuales he atacado a ti, Creador, autor y dador de mis miembros.

¿Acaso no soy yo, Señor mi Dios, quien tantas veces me he ofrecido como espada afilada al ingrato diablo para devorar almas? ¿Cuántas veces me he armado contra ti para la muerte ajena? Mi lengua la he ofrecido tantas veces como arco de mentira, cuantas veces he lanzado flechas de difamación y adulación hacia otros. No soy suficiente, misericordiosísimo y dulcísimo Padre, para enumerar los abusos nefarios de mis miembros, con los cuales he armado al diablo y te he combatido a ti, benignísimo y clementísimo. IV. Reconocimiento del pecado.---Yo soy aquel hombre más demente, a quien creaste de la nada, y de la masa de pecado y perdición elegiste como hijo de tu gracia, y adoptaste como coheredero con tu amadísimo Hijo unigénito, Dios y Señor nuestro Jesucristo, y para honor y gloria de tu reino, y con tanta e indebida generosidad de tu gracia me llenaste, quien olvidó la abundancia de esta tu gran dulzura, y mirando tantos bienes entregados por ti, despreciando el honor del reino celestial y tu gloria, me convertí en un hijo espurio y degenerado, y al diablo me entregué, vagando por los estercoleros de la lujuria y los espinos de la avaricia, y para ser golpeado en los escándalos de las olas y tormentas de la soberbia. Yo soy el mercader ciego que, con las riquezas preciosísimas de tus talentos, miserablemente he comprado tal pobreza y desnudez y suspiros eternos; en el estercolero de la lujuria y en los espinos de las riquezas, la paz más placentera y dulce; el puerto más seguro, la tormenta de la soberbia; la luz eterna, las tinieblas de la eternidad; los gozos eternos, los dolores eternos; y la gloria eterna, el oprobio eterno; y tu reino, lo he cambiado por la servidumbre diabólica.

Yo soy aquel más débil, que como un blanco para la flecha, me expuse a ser atravesado por los dardos de los pecados y desgarrado por las heridas. Yo soy aquel hombre que, como un cadáver para los perros infernales y todas las aves inmundas para ser despedazado y destrozado, fui arrojado de tu ciudad santa, que es de tus santos amigos, y de la santísima y más placentera sociedad de los santos espíritus celestiales, me entregué a ser devorado por los gusanos de los vicios. ¡Cuán abominable aparezco ante tus santos ojos, inmundo y manchado por el lodo más fétido y horrible de la lujuria, medio quemado por el fuego de la ira y la avaricia, y con mis miembros infestados por los gusanos del odio y la envidia, hinchado por el viento de la soberbia, monstruoso por completo, ulcerado y atravesado, sellado con los caracteres de la diabólica torpeza de mis tantos y tan grandes pecados! Sé, Señor misericordioso, que con razón y justicia puedes negarme y no reconocerme no solo como tu hijo, sino incluso como tu criatura en cuanto a lo que soy. Pues esa horrenda y monstruosa faz de toda clase de torpezas no es creación ni recreación tuya, esa abominación no es imagen tuya ni semejanza igual. Me creaste de otra manera. Verdaderamente esta semejanza de la torpeza diabólica muestra que hasta ahora he sido hijo del diablo y heredero de los tormentos de los infieles. Este es el comercio y el cambio, porque ciego y más demente yo he cambiado la gloria y el honor de tu semejanza por la más abominable y vil fealdad.

No por eso, santo Padre, me entregaste aquellos preciosos talentos tuyos, para que por intereses te trajera de vuelta esta horrenda abominación. No por eso sembraste en mí tantos y

tan grandes beneficios tuyos, para que recogieras de mí el hedor y las espinas y abrojos de los pecados. No por eso me llenaste y enriqueciste con tantos y tan grandes beneficios, para que los convirtiera en tu oposición. No era la intención de tu benignidad armarme contra ti, ni armar la autoridad diabólica con tus dones. He aquí que estoy aquí herido con tantas heridas, y no me atormenta ningún sentido de dolor. Herido con tantas y tan grandes heridas, no me duele. Me veo ciego, que no me avergüenzo de tantas y tan grandes torpezas mías y de mi desnudez.

Verdaderamente soy insensible y estúpido de corazón, que no me duele tanto y tan grandes daños míos, y que no puedo llorar mi muerte. Verdaderamente estoy endurecido con un corazón de piedra, que ni siquiera temo al menos los castigos eternos que me amenazan. Verdaderamente con un corazón congeladísimo, que los incendios de los beneficios del amor del Padre clementísimo no pueden calentar. Verdaderamente me reprendo ampliamente, a quien ni la trompeta de la predicación, ni los truenos de tus amenazas son suficientes para despertar.

¿Dónde está el dolor penetrante, el dolor de la compunción, con el cual debería romper y destruir toda esa dureza diabólica, y triturar toda la piedra de esa dureza y obstinación? ¿Dónde está, Dios mío, esa vergüenza, con la cual debería confundirme ante tus ojos y ante toda la corte celestial? ¿Dónde está ese temor de tu venganza, con el cual debería temblar completamente ante tu presencia? ¿Dónde está ese amor, y el deseo de recuperar la paz, el amor y tu gracia con el cual debería arder? ¿Dónde está ese torrente de lágrimas, con el cual debería borrar mis suciedades ante ti? ¿Dónde está la devoción de la oración, con la cual debería hacerte propicio y favorable a mí? ¿A dónde me volveré, misericordioso y compasivo Padre, que no ofrezco nada digno de tu misericordia a tu majestad? ¿A dónde huiré, piadosísimo Padre, que estoy vacío de todo bien, y también lleno de todo mal aparezco ante la vista de tus santos, y del ejército de las santas milicias celestiales?

Sé, Señor Dios, dominador de mi vida, que todo don perfecto y toda dádiva buena descende de lo alto, del Padre y fuente de las luces (Jac. I, 17): sé que no puedo ofrecer nada aceptable ante ti y grato a menos que lo haya sacado de la fuente de tu bondad; y esto ciertamente con tu iluminación, enseñanza. Sé que esta prenda de tu misericordia me precede. Sé, dulcísimo Padre, que así como no puedo arrebatarte o quitarte tus bienes con ningún engaño, tampoco puedo obtenerlos con ningún mérito mío para volver a ti y complacerte. ¿Qué puede deberse a mis méritos, sino el castigo de la muerte eterna? Sé que está en tu santo beneplácito destruirme, según la multitud de mis delitos, crímenes, negligencias y omisiones; o reformarme, o hacerme aceptable a ti según las riquezas inestimables de tu misericordia, tú que eres el único reformador de la criatura que solo tú formaste.

Ahora, misericordioso Padre, a ti me refugio, sabiendo que no hay huida de ti sino hacia ti. ¿Quién puede liberarme de tus manos, sino tú solo? Tu misericordia puede liberarme, que con tantas y tan grandes iniquidades no solo no he merecido, sino que también he combatido, de tu justísima ira, que infelicísimo y más ingrato he irritado. Por tanto, dignaos recibirme, Señor, volviendo a ti. Aparta, te ruego, tus santos ojos de mis ingratitudes y suciedades. A ti mismo, te ruego, mira, a quien nunca se suplica sin esperanza de perdón. En ti mismo encontrarás de dónde y por qué tener misericordia según la abundancia de tu dulzura, y la inmensidad de tu misericordia. No mires, te ruego, a mí, porque no encontrarás en mí nada, sino de lo que deberías enojarte, o nada digno de la muerte eterna. Aparta, te ruego, Señor, tus santos ojos de la vista de mis torpezas y abominaciones, que si yo las viera clara y completamente, no podría soportar el horror excesivo, sino que me horrorizaría y huiría de mí mismo. Aparta, te ruego, tus narices de mis fetideces; y vuelve a ti mismo. Sé, Señor de la

misericordia, que tus santos ojos son puros, y no pueden mirar el horror de mi deformidad, a menos que me des bienes con los cuales te complazca. Sé que toda tu corte celestial aparta sus ojos, y tapa sus oídos, no pudiendo soportar mis abominaciones. Pero tú, misericordioso Padre, vuelve a esa fuente de misericordia, cuya misericordia no tiene número ni fin, y con rostro piadoso y sereno mírame, tu criatura. Tu criatura soy, Señor, y obra de tus manos.

Reforma, te ruego, lo que en mí hiciste, y destruye lo que yo contra tus mandamientos en mí hice. Destruye, por tanto, lo que odias en mí, y lo que ciertamente no hiciste, sino yo, miserable. Esto reforma y rehace lo que tú mismo hiciste y formaste. Esto es tuyo, Señor mi Dios, esto es odiar, lo que no puedes. No odias nada de lo que has hecho (Sap. XI, 25). Destruye en mí lo que es mío, lo que ciertamente tú no hiciste, esto es, la torpeza de mis abominaciones. No me destruyas. Esto destruye, misericordioso y compasivo Señor; esto ciertamente odias, y esto para que comience a odiarlo me has concedido.

#### MEDITACIÓN VIII. Elevación del penitente al Padre.

Mira, te ruego, santo Padre omnipotente eterno Dios, a ese abismo desbordante de tu misericordia, que como un diluvio de ablución de tu amadísimo Hijo unigénito, preciosísimo y vivificante, en la purificación del mundo desbordó, cuya muerte también complació a tu bondad vivificarnos, y lavarnos con su sangre. Que también a tu amadísimo Hijo lo diste al mundo como escudo de tu buena voluntad (Sal. V, 13), para que se protegieran de tu ira, y la muerte que temen, él mismo la recibiera con el escudo de tu justicia y de tu justísima ira. Donde, cuanto quisiste mostrarnos el bien que nos querías, te dignaste oponer a tu amadísimo Hijo como escudo a tu ira. Y a él le complació a tu misericordia recibir tanto tu ira como nuestra muerte, la ira que merecimos, y la muerte. Él mismo, tu Unigénito, llevó solo nuestra muerte.

Acuérdate de tus misericordias, Señor, y de tus compasiones, que son desde la eternidad (Sal. XXIV, 6); y extiende tu mano a tu criatura que intenta llegar a ti. Ayuda la debilidad de quien intenta llegar a ti. Atráelo, tú que sabes que no puede venir a ti, a menos que tú, Padre, lo atraigas con tu amor y deseo (Juan VI, 44). Hazme un siervo aceptable y agradable a ti, que sabes que no puedo complacerte de otra manera. Da, te ruego, esos santos dones, con los cuales solo te complazca; tú que das buenos dones a quienes te los piden; haz, te ruego, que tú solo seas mi amor y mi deseo, tú solo seas mi amor y mi temor. Reclámame todo para ti, que sé que todo lo que soy, y todo lo que hay en mí, más bien todo lo que sé, todo lo que me mueve, lo debo solo a ti. Conviérteme todo en alabanza y gloria tuya, que todo me debo a tu alabanza. No entregues, te ruego, Señor, a tus enemigos tu criatura, reténla para ti, de quien es completamente, y completa en mí lo que comenzaste, y confirma lo que has obrado.

Escucha, te ruego, mi oración, de la cual tú eres el dador e inspirador, antes de que te invocara. Mira al que te suplica, que a mí, mientras erraba, te dignaste mirar. No en vano, Señor misericordioso, te dignaste inspirar esta oración, no en vano me la diste. Ciertamente te dignaste dárme la para que me escuches. Me la diste para que te suplicara que tengas misericordia de mí pecador y a quien ya has dado la prenda de tu misericordia, concede el resto. Recupérame, Señor mi Dios, y líbrame de las manos de mis enemigos, porque también son tuyos, y están sujetos a tu omnipotencia; que tampoco odian nada en mí, sino lo que me diste en todas las buenas acciones. No odian nada en mí, sino que te amo. Esto con todos sus esfuerzos y fuerzas y toda su astucia intentan que no te ame, que no te glorifique, ni en absoluto te busque.

No permitas, por tanto, que prevalezcan contra mí los enemigos de tu gloria, sino que más bien se confundan por la multitud de tu misericordia, viéndome convertido en alabanza y gloria tuya buscando todo tu paz y gloria contra los que acechan, y cuya mutación intentan. No permitas, te ruego, Señor, que se cumpla tan inicua, tan execrable voluntad de ellos sobre mí, y contra mí. Magnífica, por tanto, Dios mío, mi alma para anunciar tu alabanza, y los elogios de tu gloria, para que de aquí en adelante viva todo según la magnitud de tu gloria, y toda mi vida te glorifique. Con mi ejemplo invita y provoca a muchos predestinados a glorificarte. Que los más viles e inmundos y abominables espíritus de las tinieblas se aparten de mí, por la presencia de la luminosidad y la gloria de tu dulzura, que no pueden soportar. Rompe mis cadenas, y sácame de la prisión, y del horrible y tenebroso y más horrible calabozo, y del pozo de la miseria, y del lodo de la hez, y de la profundidad de la muerte y las tinieblas a la libertad y luz admirable tuya.

Ilumíname con tu fe más saludable, alégrame y confírmame con tu esperanza más placentera y segurísima. Vivificame con tu amor fortísimo y justísimo. Humíllame y custódiame con tu temor fortísimo, segurísimo e invictísimo. Confúndeme saludablemente con tu vergüenza más hermosa y gloriosísima. Cuantas veces ante tus ojos traiga algo que los ofenda, tortúrame, aflíceme con dolor femenino, y de la manera más suave con la medicina más eficaz de tu compunción, para que no me aleje de la faz de tu misericordia vacío y confundido, sino que obtenga todo lo que, por tu mandato, por tu don y por tu inspiración, pida, y todo lo que prometiste a quienes te lo piden. Sienta, misericordioso y compasivo Señor, que no en vano se acude a tu misericordia, y estás presente para ser encontrado por quienes te buscan, y que no me falte en ti la fuente de tu misericordia, que me sacaste del abismo, y que, y cuántas, y cuántas cosas entiendes, me has concedido. Con la misma facilidad de tu omnipotencia, sabiduría y bondad, con la que dijiste y todo fue hecho, con esa facilidad de tu misericordia puedes decir, y todo será reformado en mí.

He aquí, omnipotente y misericordioso Padre, tantos y tan grandes beneficios tuyos que he recibido, he enumerado, tantos y tan grandes males, que he devuelto a tu bondad, he recitado; infeliz soy y ingrato, que después de tantos y tan grandes males, que me esperan, y me amenazan, aún con un corazón frío, duro e impúdico y muerto y estúpido estoy ante ti, y no me avergüenzo. En tantos y tan grandes latrocinios sorprendido, y solo esperando el patíbulo infernal, ni me conmuevo por el temor, ni me atormento por el dolor, ni me confundo por la vergüenza, ni me enciendo por el amor de tu bondad tan placentera, tan duradera. ¿Acaso esperas, dulcísimo Padre, y difieres mirarme, y tener misericordia de mí, hasta que según tu misericordia aparezca digno ante ti, y ofrezca algo digno de tu petición y escucha ante ti? He aquí un cadáver muerto, y lleno de gusanos, y hediondo de tres días viniendo a ti, el Dador de la vida, he traído. He aquí al ciego para iluminarlo ofrezco a tu omnipotente misericordia, y al enfermo para sanarlo, y a quien está obligado con tantas y tan grandes deudas, para liberarlo, desnudo y paupérrimo, para enriquecerlo, en cuyos ojos es fácil de repente honrar al pobre.

No puedo ofrecerte, clementísimo Dios, otra cosa, sino a mí mismo tal como soy, y mostrar mi muerte y mis heridas, mi desnudez y mi pobreza, y mis deudas, según las cuales temo la cárcel de la muerte eterna. Muestra, por tanto, los ojos de tu misericordia, si de alguna manera te vuelves y perdonas, y derramas la gracia de tu bienaventuranza sobre mí. Pues no puedo convertirme a ti, oprimido por tantas y tan grandes heridas y enfermedades y la misma muerte, e impotente. Pero tú, misericordioso Padre, conviérteme, y me convertiré a ti. Conviérteme, Señor, a ti, y rompe y tritura mi corazón, e infunde los sentidos del dolor vivificante. Pues no hay fuente de bienes fuera de ti. No hay de quien reciba amor y temor y dolor y vergüenza, con los cuales sea hallado digno de misericordia ante ti, a menos que de tu abundante misericordia derrames gracia sobre mí, el más indigno. Señor, si me concedes esto,

seré bienaventurado. Si te dignas vengar en mí mis crímenes y delitos según tu juicio y justicia, soy feliz; no obstante, si según tu ira, que atrapa a los rebeldes y contumaces a tu misericordia al final.

Y esta es tu justicia, y tu juicio, misericordioso Padre, que se realiza con temor, y amor, y vergüenza, y dolor en los corazones de los verdaderamente penitentes y que regresan a tu bondad, para que alcancen misericordia. Por tanto, clava a este ladrón con tu santo temor, y quema a este apóstata con el fuego de tu amor y caridad. Clava, Señor, a este malhechor con tu dolor vivificante y más saludable; confunde a este impúdico prevaricador con tu gloriosa vergüenza. Fija a este criminal en la cruz del trabajo penal, y de tu misericordia aceptable, hazme con todo el corazón desear y anhelarte con todas mis entrañas, y abrazarte con todo deseo. Hazme servirte solo con todas mis entrañas, buscar con todo esfuerzo lo que es agradable ante ti; a quien con tu Unigénito y Señor nuestro Jesucristo, y el Espíritu Santo, tu don santísimo, todo honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

## 217 MEDITACIÓN IX. De la humanidad de Cristo.

Jesús Nazareno, condenado injustamente por los judíos y crucificado por los gentiles, nosotros los cristianos lo honramos con devoción divina. Es digno, saludable y honorable venerar reverentemente las debilidades del Salvador, que somos de Cristo, abrazarlas con amor e imitarlas con fortaleza. Estos son los instrumentos más poderosos; con los cuales la omnipotente virtud y la sabiduría inescrutable de Dios han obrado potentemente y maravillosamente la restauración del mundo, y continúan obrando hasta ahora. Cristo el Señor fue hecho un poco menor que los ángeles, para igualarnos a los ángeles, ¿y quién no se humillará por Cristo? Cristo el Señor fue crucificado por nuestros pecados, y endulzó la amarga cruz para sus amantes; murió y mató la muerte, para que vivamos por Él; ¿y quién no amará a Cristo el Señor? ¿Quién no sufrirá por Cristo? Cristo, a través de la ignominia de la cruz, pasó a la gloria de la claridad celestial, y le fue dada por su reverencia toda potestad en el cielo y en la tierra por Dios Padre (Mat. XXVIII, 18); para que todos los ángeles de Dios lo adoren, y en su nombre se doble toda rodilla, de los que están en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra (Fil. II, 10).

¿Dónde está, pues, tu gloria, oh cristiano, sino en el nombre de tu Señor crucificado Jesucristo; en el nombre que está sobre todo nombre, en el cual quien es bendecido en la tierra será bendecido en los cielos? Glorificaos en su santo nombre, hijos de la redención; dad honor a vuestro Salvador, que ha hecho grandes cosas en vosotros, y magnificad su nombre conmigo, diciendo: Te adoramos, Cristo, Rey de Israel, príncipe de los reyes de la tierra, luz de las naciones, Señor de los ejércitos, fortísima virtud de Dios omnipotente. Te adoramos, precioso precio de nuestra redención, hostia pacífica, que solo con la maravillosa suavidad de tu olor inclinaste al Padre que habita en los cielos a mirar a los humildes, y solo tú mismo lo hiciste propicio. Proclamamos tus misericordias, Cristo; con abundancia proclamamos la memoria de tu suavidad; a ti, Cristo, ofrecemos sacrificio de alabanza por la multitud de tu bondad, que has mostrado a nosotros, semilla malvada, hijos criminales.

Porque cuando aún éramos tus enemigos, Señor, y la muerte antigua ejercía dominio sobre toda carne, a la cual toda la semilla de Adán estaba sujeta por la ley de la culpa primordial, te acordaste de tu abundante misericordia, y miraste desde tu sublime morada a este valle de lágrimas y miseria. Viste, Señor, la aflicción de tu pueblo, y tocado por la dulzura de la caridad interiormente, comenzaste a pensar sobre nosotros pensamientos de paz y redención. Y aunque eras Hijo de Dios, verdadero Dios, coeterno y consustancial con Dios Padre y el

Espíritu Santo, habitando en luz inaccesible (I Tim. VI, 16), y sosteniendo todo con la palabra de tu poder (Heb. I, 3), no despreciaste inclinar tu altura a esta prisión de nuestra mortalidad, donde gustaste y absorbiste nuestra miseria, y nos restauraste a la gloria. Fue poco para tu caridad, para consumir la obra de nuestra salvación, enviar a un querubín, o serafín, o uno de los ángeles: tú mismo te dignaste venir a nosotros por mandato del Padre, cuya excesiva caridad experimentamos en ti. Viniste, digo, no cambiando de lugar, sino exhibiendo tu presencia a nosotros a través de la carne. Descendiste del trono real de tu sublime gloria a una humilde y despreciada doncella a sus propios ojos, primero sellada con el voto de la continencia virginal. En cuyo sagrado vientre, la inenarrable virtud del Espíritu Santo te hizo concebir y nacer en la verdadera naturaleza de la humanidad, de modo que la ocasión del nacimiento no violó ni la majestad de la divinidad en ti, ni la integridad de la virginidad en la Madre.

¡Oh dignación digna de ser amada y admirada! Dios de inmensa gloria, no despreciaste hacerte un gusano despreciable; Señor de todos, quisiste aparecer como siervo de los siervos. Te pareció poco ser nuestro Padre; también, Señor, te dignaste ser nuestro hermano. Y tú, Señor de todos, que no tienes necesidad alguna, en los mismos inicios de tu nacimiento no temiste degustar los inconvenientes de la más abyecta pobreza. Pues como dice la Escritura, cuando naciste, no había lugar para ti en el mesón (Luc. II, 7), ni tenías cuna que recibiera tu ternura; sino que en un vil pesebre de un establo sucio, tú, que cierras la tierra con la palma de tu mano, fuiste envuelto en pañales y recostado (ibid.); y el hospedaje, es decir, el pesebre, tu madre lo tomó prestado de los animales brutos. Consolaos, consolaos, los que sois criados en la suciedad de la pobreza, porque Dios está con vosotros en la pobreza, no yace en las delicias de un lecho espléndido, ni se encuentra en la tierra de los que viven suavemente. ¿Por qué te glorías más, oh rico, cosa de barro, en el lecho pintado y delicado, cuando el Rey de reyes prefirió honrar con su descanso la paja de los pobres? ¿Por qué detestas los lechos duros, cuando el tierno infante, en cuya mano están todas las cosas, prefirió las duras pajas de los animales a tus sedas y plumas? Pero incluso esta tu tierna infancia, Cristo, no estuvo a salvo de las espadas de los perseguidores. Pues aún colgando de los dulces pechos de tu madre, cuando apareció el ángel en sueños a José, diciendo: Levántate, toma al niño y a su madre, y huye a Egipto; y quédate allí hasta que te diga; porque Herodes buscará al niño para matarlo (Mat. II, 13). Ya desde entonces, buen Jesús, comenzaste a sufrir. No solo soportaste en ti mismo esa aflicción de tu infancia, sino también la muerte en tus pequeños, de los cuales Herodes, con su crueldad, mató a muchos miles en los pechos de sus madres por ti.

Después de haber pasado la tierna infancia, nos diste ejemplo de aprender humildemente la verdad. No te sentaste en el consejo de la vanidad (Sal. XXV, 4), sino en medio de los doctores, preguntándoles y escuchándolos, aunque tú eras el Señor de las ciencias (I Sam. II, 3), y la misma sabiduría de Dios Padre. Pero también nos diste forma de obediencia, cuando tú, el emperador del mundo, te sometiste humildemente al mandato de tus padres. Y cuando llegó la plenitud de la edad más robusta, dispuesto a realizar grandes obras, saliste para la salvación de tu pueblo, como un gigante fuerte para recorrer el camino de toda nuestra miseria (Sal. XVIII, 7). Y primero, para asemejarte en todo a tus hermanos, te acercaste a tu siervo que bautizaba a los pecadores en penitencia, como si fueras un pecador; también pediste ser bautizado, cordero inocente de Dios, a quien ninguna mancha de pecado jamás manchó. Fuiste bautizado, no santificándote en las aguas, sino santificando las aguas en ti; para que a través de ellas nos santificaras a nosotros. Del bautismo saliste al desierto en el Espíritu de fortaleza, para que tampoco faltara en ti el ejemplo de la vida solitaria. Toleraste con ecuanimidad la soledad y el ayuno de cuarenta días, la amargura del hambre, las tentaciones del espíritu burlador, para hacer todo esto soportable para nosotros. Finalmente,

viniste a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mat. X, 6), levantando abiertamente la lámpara de la palabra divina para la iluminación del mundo, y anunciando el reino de Dios a todos, te convertiste en causa de salvación eterna para todos los que te obedecen (Heb. V, 9), confirmaste tu palabra con señales que la seguían, mostraste el poder de tu divinidad en todos los que estaban mal, ofreciendo gratuitamente a todos lo que era conveniente para su salvación, para ganar a todos. Pero su insensato corazón se oscureció (Rom. I, 21), Señor, y rechazaron tus palabras (Sal. XLIX, 17); ni prestaron atención a todas las maravillas que realizaste en ellos, excepto por unos pocos nobles atletas, entre los cuales elegiste lo más bajo y despreciable del mundo, para que a través de ellos magníficamente vencieras lo alto y fuerte (I Cor. I, 27). No solo fueron ingratos por tus beneficios gratuitos, sino que también te llenaron de injurias, Señor de los señores, y hicieron contigo lo que quisieron (Mat. XVII, 12). Pues haciendo las obras de Dios, que nadie más hizo, ¿qué dijeron? Este hombre no es de Dios (Juan IX, 16); en el príncipe de los demonios expulsa demonios (Mat. XI, 18, 19). Tiene demonio; seduce a las multitudes; es glotón y bebedor de vino; amigo de publicanos y pecadores (Luc. X, 15).

¿Por qué lloras? ¿Por qué suspiras, oh hombre de Dios, mientras soportas las injurias de las palabras? ¿No oyes cuántos oprobios cayeron sobre el Señor tu Dios por ti? Si al padre de familia llamaron Beelzebub, ¿cuánto más a sus domésticos? (Mat. X, 5.) Y estas y otras blasfemias, y a veces atacándote con piedras, buen Jesús, las soportaste pacientemente, y te hiciste ante ellos como un hombre que no oye, y que no tiene en su boca reproches (Sal. XXXVII, 15). Finalmente, tu justa sangre, por tu discípulo, hijo de perdición, fue valorada en treinta piezas de plata (Mat. XXVII, 9), para precipitar tu alma a la muerte sin causa. Y no te era desconocida la perfidia de tu traidor, cuando en la cena, por causa de la ablución, incluso ante él, arrodillado, te dignaste tocar, lavar y secar con tus santísimas manos sus malditos pies veloces para derramar tu sangre (Juan XIII, 5). Y aún con el cuello extendido caminas, oh tierra y ceniza, aún la soberbia te eleva sobre ti, aún la impaciencia te agita. Mira al maestro de la humildad y la mansedumbre, al Señor Jesucristo, creador de toda criatura, temible juez de vivos y muertos, inclinando sus rodillas ante los pies de su hombre y traidor. Aprende que es manso y humilde de corazón (Mat. XI, 29), y avergüenzate de tu soberbia, ruborízate de tu impaciencia. Esto también era de tu mansedumbre, Señor Jesús, que no quisiste descubrir y confundir públicamente a aquel pérfido en el grupo de los hermanos, sino que, amonestado suavemente, le ordenaste apresurarse en lo que se preparaba. En todas estas cosas, tu furor no se apartó de ti, sino que salió afuera esforzándose en el frecuente maleficio. ¿Cómo caíste del cielo, Lucifer, que nacías en la mañana (Is. XIV, 12) en las delicias del paraíso? Apareciste glorioso, compañero de los ciudadanos del cielo, y comensal del Verbo divino. ¿Tú que te nutrías en púrpura, abrazaste el estiércol? (Lam. IV, 5.) Entonces fue glorificada tu familia, Cristo, a modo de sociedad angélica, entonces finalmente aquel feliz convento fue saciado de la abundante inundación del divinísimo verbo de tu boca. Pues aquel odre corrupto fue expulsado, que sabías indigno de la infusión de este límpido licor.

Dado el mandato de caridad y paciencia del Salvador, y dispuesto el reino del Padre a los hermanos, te dirigiste con ellos al lugar conocido por tu traidor, sabiendo todo lo que iba a suceder sobre ti. Allí no te avergonzaste de confesar ante los hermanos la tristeza de tu alma, que asumiste voluntariamente por la inminente pasión; como también las demás cosas que sufriste, diciendo: Mi alma está triste hasta la muerte (Mat. XXVI, 38). También, arrodillado, caíste sobre tu rostro, orando en agonía, y diciendo: Abba Padre, Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz (ibid., 39). Y las angustias de tu corazón tristísimo las indicaba aquel sudor de sangre, que durante la oración corría gota a gota de tu santísima carne a la tierra. Señor Jesucristo, dominador, ¿de dónde esta tan vehemente tristeza de tu alma? ¿De dónde la

ansiedad de tanto sudor, y tan ansiosa súplica? ¿No ofreciste voluntariamente el sacrificio al Padre, y no sufriste nada a la fuerza? Ciertamente, Señor. Creemos, sin embargo, que también esto lo asumiste para consuelo de tus miembros débiles, para que no desespere nadie si la carne débil murmura, aunque el espíritu esté dispuesto a la pasión. Sin duda, y para que tuviéramos mayores estímulos de amor y gratitud hacia ti, expresaste en ti la debilidad natural de la carne con tales indicios, para que aprendiéramos que verdaderamente llevaste nuestras enfermedades; y no sin sentir dolor, atravesaste las espinas de las pasiones. Pues aquella voz parece haber sido voz de la carne, no del espíritu, por lo que añadiste: El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil (Mat. XXVI, 41). Qué dispuesto estaba tu espíritu, buen Jesús, a la pasión, lo mostraste claramente cuando, viniendo los hombres de sangre con tu traidor, buscando tu alma con linternas, antorchas y armas por la noche, les saliste al encuentro voluntariamente, y te manifestaste a ti mismo con la señal que habían recibido del jefe del crimen (Juan XVIII, 3, 4). Pues no rechazaste a la bestia sangrienta que se acercaba a besar tu boca, sino que aplicaste dulcemente tu boca, en la que no se halló engaño (Is. LIII, 9), a la boca que abundó en malicia (Mat. XXVI, 49).

Oh inocente Cordero de Dios, ¿qué tienes tú que ver con aquel lobo? ¿Qué convenio hay entre Cristo y Belial? (II Cor. VI, 15.) Pero también esto era de tu benignidad, Señor Jesús, que le ofrecieras todo lo que pudiera ablandar la obstinación de su corazón perverso. Pues le recordaste la antigua amistad, diciendo: Amigo, ¿a qué has venido? (Mat. XXVI, 50.) Y quisiste herir el corazón impío con el horror de su crimen, cuando le decías (Luc. XXVI, 48): Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre? Y he aquí, los filisteos sobre ti, Sansón (Jue. XVI, 14, 16). No los apartó de ti, que en la hora de tu aprehensión los derribaste a la tierra con tu brazo omnipotente, no para defenderte, sino para que la presunción humana conociera que nada podía contra ti, sino lo que le fuera permitido por ti. ¿Y quién puede oír sin gemir cómo en aquella hora te echaron manos homicidas, y ataron tus manos inocentes, buen Jesús, con cadenas, y te arrastraron contumeliosamente como a un ladrón, a la víctima? Pero ni entonces cesó tu misericordia de destilar sobre tus enemigos, Cristo, el panal de tu dulzura. Pues sanaste la oreja mutilada de tu enemigo por tu discípulo; y contuviste el celo de tu defensor de herir a los que te llevaban. Maldito sea su furor, porque es pertinaz, que ni la majestad del milagro, ni la piedad del beneficio pudo quebrantar.

Presentado ante el consejo de los malvados sacerdotes contra ti, y confesando la verdad como era debido, fuiste condenado a muerte como blasfemo. Amantísimo Señor Jesús, ¿cuántas cosas indignas sufriste allí de tu propio pueblo? Tu rostro honorable, en el que desean mirar los ángeles, que llena de alegría todos los cielos, al que todos los ricos del pueblo suplican (Sal. XLIV, 13), lo mancharon con sus escupitajos de labios impuros, lo golpearon con manos sacrílegas, lo cubrieron con un velo en burla, y a ti, Señor de toda criatura, como a un siervo despreciable, te abofetearon. Además, entregaron tu alma al perro incircunciso para ser devorada. Pues te llevaron atado ante la presencia del gobernador Pilato, pidiendo que fueras ejecutado con el suplicio de la cruz, tú que no conociste pecado; y que se les diera un hombre homicida (Hech. III, 13, 14), prefiriendo al lobo sobre el Cordero, al oro sobre el lodo. ¡Oh intercambio indigno e infeliz! Y ciertamente aquel impío sabía que esto se hacía por envidia contra ti, pero no se abstuvo de poner sus manos temerarias sobre ti, sino que llenó de amargura tu alma sin causa. Te envió a Herodes para ser burlado, te recibió burlado, te hizo estar desnudo ante los ojos de los que se burlaban: no perdonó desgarrar con amarguísimos azotes tu carne virginal, infligiendo cruelmente heridas, moretones sobre moretones.

Elegido siervo de mi Señor, ¿qué habías cometido digno de tanta amargura, de tanta confusión? Absolutamente nada: yo, hombre perdido, fui la causa de toda tu contrición, de toda tu confusión. Yo comí la uva agria, y tus dientes se entumecieron, porque lo que no

robaste, entonces lo pagabas (Sal. LXVIII, 5). En todas estas cosas no se sació la impiedad de los pérfidos judíos. Finalmente, fuiste entregado en manos de soldados incircuncisos, para ser consumido con la muerte más vergonzosa. Poco era para estos sacrílegos crucificarte, si antes no hubieran llenado de burlas tu alma (Sal. XXXVII, 8). ¿Qué dice la Escritura de ellos? Y reunieron a toda la cohorte en el pretorio; y desnudándote de tus vestiduras, te vistieron con una túnica púrpura, y te rodearon con un manto escarlata; y trenzando una corona de espinas, la pusieron sobre tu cabeza, y una caña en tu mano derecha, y arrodillándose se burlaban de ti, diciendo: Salve, rey de los judíos; y te daban bofetadas, y escupiendo sobre ti tomaban la caña, y golpeaban tu cabeza. Y después de haberte burlado, te vistieron con tus vestiduras; y te llevaron para ser crucificado, llevando tu propia cruz. Y te llevaron al Gólgota, y te daban a beber vino mezclado con mirra y hiel; y cuando lo probaste, no quisiste beber (Mat. XXVI, 27-34). Entonces te crucificaron, y a dos ladrones contigo, uno a cada lado, y en medio a Jesús. Pero Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Luc. XXIII, 33, 34). Después, sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado, para que se cumpliera la Escritura, dijo: Tengo sed. Y uno de ellos corriendo tomó una esponja, la llenó de vinagre, la puso en una caña, y le daba de beber. Cuando hubo tomado el vinagre, dijo: Todo está consumado (Juan XIX, 28-30). Y clamando con gran voz dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu (Luc. XXIII, 46); e inclinando la cabeza entregó el espíritu (Juan XIX, 30). Entonces uno de los soldados abrió su costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua (ibid., 34).

Despierta ahora, alma mía, sacúdete del polvo y contempla con atención a este hombre memorable que en el espejo del sermón evangélico ves como presente. Atiende, alma mía, quién es este que entra teniendo la imagen de un Rey y, sin embargo, está lleno de la confusión del siervo más despreciable. Camina coronado, pero su misma corona es su tormento, y mil punzadas han herido su hermosa cabeza. Está vestido con púrpura real, pero más bien es despreciado en ella que honrado. Lleva un cetro en la mano; pero con él mismo su venerable cabeza es golpeada. Adoran ante él postrados de rodillas en tierra, lo aclaman como rey, y de inmediato saltan a escupir sus amables mejillas, golpean sus mandíbulas con las palmas y deshonoran su honorable cuello. Mira además cómo por todas partes este hombre es constreñido, escupido y despreciado. Bajo el peso de la cruz se le ordena encorvar su espalda y llevar su propia ignominia. Conducido al lugar del suplicio, se le da a beber mirra y hiel. Es elevado en la cruz y dice: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Luc. XXIII, 34). ¿Quién es este que en todas sus presiones no abrió su boca ni una sola vez para proferir palabra de queja, excusa, amenaza o maldición contra estos perros malditos, y finalmente derramó una palabra de bendición, como no se ha oído desde el principio del mundo, sobre sus enemigos? ¿Qué hay más manso que este hombre? ¿Qué más benigno, alma mía, has visto? Pero aún más atentamente míralo, porque aparece digno de gran admiración y tierna compasión. Mira desnudo y lacerado por los azotes, ignominiosamente clavado con clavos de hierro en la cruz entre ladrones, dado a beber vinagre en la cruz, y después de la muerte herido con una lanza en el costado, y derramando copiosos ríos de sangre de las cinco heridas de sus manos, pies y costado. Derrama lágrimas, ojos míos; disuélvete, alma mía, en el fuego de la compasión por la contrición de ese hombre amable, a quien ves afligido con tantos dolores en tanta mansedumbre.

Y ya has visto, alma mía, sus debilidades, y te has compadecido; ahora atiende a su majestad, y te maravillarás. ¿Qué dice la Escritura? Desde la hora sexta hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena, y el sol se oscureció (Luc. XXIII, 44, 45); y el velo del templo se rasgó de arriba abajo; y la tierra tembló, y las rocas se partieron; y se abrieron los sepulcros; y muchos cuerpos de santos que habían dormido resucitaron (Mat. XXVII, 51, 52). ¿Quién es

este, que el cielo y la tierra compadecen, cuya muerte vivifica a los muertos? Reconoce, alma mía, reconoce; este es el Señor Jesucristo, tu Salvador, el unigénito Hijo de Dios, verdadero Dios, verdadero hombre, que solo bajo el sol fue hallado sin mancha. Y he aquí cómo fue contado entre los malhechores (Isai. LIII, 12), y como un hombre leproso, y estimado el último de los hombres (Ibid. 3, 4). Y como un aborto, que es arrojado del vientre, así fue arrojado del seno de su madre, la infeliz Sinagoga (Job. XXXI, 16). Este hermoso entre los hijos de los hombres, ¡cuán deforme se ha hecho entre los hijos de los hombres! Pues fue herido por nuestras iniquidades, y molido por nuestros pecados (Isai. LIII, 5). Y se hizo holocausto de suavísimo olor ante ti, Padre de eterna gloria, para apartar la indignación de nosotros, y hacernos sentar con él en los cielos.

Mira, Señor santo Padre, desde tu santuario, y desde la excelsa morada de los cielos, y contempla esta sacrosanta ofrenda, que te ofrece nuestro gran Pontífice, tu santo hijo Jesús, por los pecados de sus hermanos; y sé propicio sobre la multitud de nuestra maldad. He aquí la voz de la sangre de nuestro hermano Jesús clama a ti desde la cruz. ¿Qué es, Señor, lo que cuelga en ella? Cuelga, digo, porque lo pasado es como presente ante ti. Reconoce, Padre; esta es la túnica de tu hijo José, una fiera malvada lo devoró, y en su furia pisoteó su vestidura, y manchó todo el decoro de su cuerpo restante, y he aquí dejó en él cinco desgarraduras lamentables. Esta es la vestidura que en la mano de la meretriz egipcia, tu inocente hijo Jesús dejó por los pecados de sus hermanos, estimando mejor la pérdida del manto que la de la castidad; y eligiendo más bien descender despojado del manto de la carne al calabozo de la muerte que acceder a la voz adúltera por la gloria mundana; aquella voz, digo, que dijo: Todo esto te daré, si postrado me adoras (Mat. IV, 9); lo cual ciertamente sería dormir con la adúltera. Y ahora, Señor Padre, sabemos que tu Hijo vive, y domina en toda la tierra de Egipto (Gen. XLV, 26), más bien en todo lugar de tu dominio. Pues fue sacado a tu imperio del calabozo de la muerte y del infierno, y cortada la cabellera de la mortalidad, cambiada la vestidura de la carne, refloreció en el decoro de la inmortalidad, y con gloria lo recibiste. Subyugó el imperio del cruel Faraón, y con noble triunfo y propia virtud penetró los cielos. Y he aquí coronado de gloria y honor a tu diestra, asiste ante tu rostro por nosotros. Pues es nuestro hermano y nuestra carne (Gen. XXXVII, 27).

Mira, Señor, el rostro de tu Cristo (Psal. LXXXIII, 10), que se hizo obediente hasta la muerte (Phil. II, 8), y no se aparten de tus ojos las cicatrices de sus heridas para siempre, para que recuerdes cuánta satisfacción por nuestros pecados de él recibiste. Ojalá, Señor, peses en la balanza los pecados por los cuales merecimos tu ira, y la calamidad que sufrió por nosotros tu inocente Hijo. Ciertamente, Señor, esta aparecerá más grave, y más digna, para que derrames tu misericordia sobre nosotros que sean aquellos, o en ellos contengas en ira tus misericordias. Gracias a ti, Señor santo Padre, dé toda lengua por la abundancia de tu piedad, que no perdonaste a tu único Hijo del corazón, sino que lo entregaste por nosotros a la muerte, para que tuviéramos un abogado tan fiel en los cielos ante ti.

Y a ti, Señor Jesús, celosísimo fortísimo, ¿qué gracias, qué retribución digna te devolveré yo, hombre, polvo y ceniza, y vil creación? ¿Qué debiste hacer por mi salvación, y no hiciste? Desde la planta del pie hasta la cima de la cabeza te sumergiste todo en las aguas de las pasiones, para sacarme todo de ellas; y las aguas entraron hasta tu alma (Psal. LXVIII, 2). Pues también perdiste tu alma en la muerte, para devolverme mi alma perdida. Y he aquí me has obligado con doble deuda; pues por lo que diste, y por lo que perdiste por mi causa, soy deudor a ti. Y por mi vida, dada por ti dos veces, una en la creación, otra en la redención, ¿qué más justamente te devolveré que ella misma, no tengo; por tu preciosa alma así afligida, ¿qué puede ser dignamente devuelto por el hombre, no encuentro. Pues si pudiera devolver por ella el cielo y la tierra y todo su ornato, ciertamente ni así alcanzaría de ninguna manera

la medida de la deuda. Pero para que también eso mismo que tengo y puedo, te lo devuelva, Señor, es de tu don. Por tanto, debes ser amado con todo el corazón, toda el alma, toda la mente, toda la fuerza, y tus huellas deben ser seguidas, que dignaste morir por mí. ¿Y cómo se hará esto en mí, sino por ti? Mi alma se adhiera a ti (Psal. LXII, 9), porque toda su fuerza depende de ti.

Y ahora, Señor, Jesús mi Redentor, te adoro como verdadero Dios, en ti creo, en ti espero, y con los deseos que puedo suspiro hacia ti. Ayuda mi imperfección, a los gloriosos signos de tu pasión, en los cuales operaste mi salvación, me inclino por completo. Adoro en tu nombre, Cristo, el real estandarte de tu victoriosa cruz; tu diadema de espinas, los clavos enrojecidos con tu sangre, la lanza sumergida en tu santo costado, tus heridas, tu sangre, tu muerte, tu sepultura, tu victoriosa resurrección y glorificación, Cristo, suplicante adoro y glorifico. Pues el olor de vida me exhala en todos estos. Con el vivificante olor de estos, resucita mi espíritu, Señor, de la muerte del pecado. Con su virtud guárdame de las astucias de Satanás, y fortaléceme, para que el yugo de tus mandamientos me sea suave, y la carga de la cruz, que me mandas llevar tras de ti, sea ligera y llevadera para los hombros de mi alma (Mat. XI, 30). ¿Cuál es mi fortaleza, para que según tu precepto soporte con ánimo invicto las múltiples presiones del mundo? ¿Acaso mis pies son como los de los ciervos (Psal. XVII, 34), para que pueda seguirte corriendo velozmente a través de las espinas y los escollos de las pasiones? Pero escucha, te ruego, mi voz, e inclina sobre tu siervo esa dulce cruz, que es el árbol de la vida para quienes la toman, y como espero, correré alegremente. Llevaré incansablemente esa cruz que es de los enemigos tras de ti. Esa, digo, divinísima cruz pon sobre mis hombros, cuya anchura es la caridad, extendiéndose sobre toda criatura; cuya longitud, la eternidad; cuya altura, la omnipotencia; cuya profundidad, la sabiduría inescrutable. Clava a ella mis manos y mis pies, y reviste a tu siervo con toda la forma de tu pasión. Concédeme, te ruego, abstenerme de las obras de la carne, que odias; y hacer la justicia, que amaste; y en ambos buscar tu gloria, y considerar mi izquierda clavada con el clavo de la templanza, y mi derecha con el clavo de la justicia en esa sublime cruz. Da a mi mente meditar continuamente en tu ley, y arrojar continuamente todo pensamiento en ti; y clava mi pie derecho al mismo árbol de la vida con el clavo de la prudencia. Concede que la sensualidad, ministra de mi espíritu, no debilite la infeliz felicidad de la vida que se desliza, ni perturbe la feliz infelicidad de los premios de la vida eterna, y también mi pie izquierdo será sostenido en la cruz con el clavo de la fortaleza. Para que también alguna semejanza de las espinas de tu cabeza aparezca en mí, concédase, te ruego, a mi mente tanto la compunción de la penitencia saludable, como la compasión por la miseria ajena, y el estímulo del celo emulador de lo que es recto ante ti, y me convierta a ti en mi aflicción, mientras se me clava una triple espina (Psal. XXXI, 4). Me gustaría que también me extendieras la esponja por la caña a mi boca, y me aplicases la amargura del vinagre a mi gusto. Me gustaría que por tus Escrituras confieras a mi razón gustar y ver cómo este mundo floreciente es como una esponja vacía, y toda su concupiscencia más amarga que el vinagre. Así, Padre, hágase en mí, para que esa copa de Babilonia de oro embriagante toda la tierra (Jer. LI, 7), ni me seduzca con su vano esplendor, ni me embriague con su falsa dulzura, como a aquellos que consideran las tinieblas luz, y la luz tinieblas, lo amargo dulce, y lo dulce amargo (Isai. V, 20). El vino mirrado me es sospechoso porque tú no quisiste beber de él, tal vez porque indicaba la excesiva amargura de tus crucificados. Configura también a tu siervo a tu vivificante muerte, haciendo en mí que muera al pecado según la carne, pero viva a la justicia según el espíritu. Para que me gloríe de llevar la imagen completa del crucificado; también te ruego, que lo que después de tu muerte la insaciable malicia de los impíos ejerció en ti, esta semejanza se exprese en mí. Que tu palabra viva y eficaz, más penetrante que cualquier lanza afilada, y alcanzando hasta el interior de mi alma (Hebr. IV, 12) produzca de ella, como de mi costado derecho, en lugar de

sangre y agua, tu amor, y el de mis hermanos. Finalmente, envuelve mi espíritu en la sábana limpia de la primera estola, en la cual descanse entrando a ti en el lugar del tabernáculo admirable (Psal. XLI, 5), y me escondas, hasta que pase tu furor (Isai. XXVI, 20).

Pero al tercer día, después del día de trabajo, después del día de simple gloria, en la mañana del primer sábado perpetuo entre tus hijos, resucítame indigno, para que en mi carne vea tu claridad, y me llene de la alegría de tu rostro (Psal. XV, 11). ¡Oh mi Salvador, y mi Dios, venga, venga, te ruego, el tiempo, para que lo que ahora creo, al fin levantados los ojos contemple, lo que ahora espero y saludo de lejos, lo alcance, lo que ahora con todas mis fuerzas deseo, lo abrace con los brazos de mi alma y lo bese, y sea todo absorbido por el abismo de tu amor. ¡Oh mi Salvador, y mi Dios! Pero ahora, entretanto, bendice, alma mía, a tu Salvador; y magnifica su nombre, que es santo, y lleno de santísimas delicias.

¡Oh cuán bueno y suave eres, Señor Jesús, al alma que te busca, Jesús redentor de los cautivos, Salvador de los perdidos, esperanza de los exiliados, fortaleza de los que trabajan, amplitud del espíritu angustiado, dulce consuelo y suave refrigerio del alma llorosa y que corre tras de ti en el sudor, corona de los triunfantes, única recompensa y alegría de los ciudadanos celestiales, fuente abundantísima de todas las gracias, ilustre descendencia del sumo Dios. Sumo Dios, te bendigan todas las cosas que están en el cielo arriba, y las que están en la tierra abajo; porque grande eres tú, y grande es tu nombre. ¡Oh inmarcesible decoro del Dios excelso, y purísima claridad de la luz eterna, vida que vivifica toda vida, luz que ilumina toda luz y conserva en perpetuo esplendor mil millares de luces resplandecientes ante el trono de tu divina majestad desde el primer amanecer. ¡Oh eterno e incesante, claro y dulce flujo de la fuente escondida de los ojos de los mortales, cuya onda sin origen, profundidad sin fondo, cuya altura sin término, cuya anchura incircunscriptible, cuya pureza imperturbable. Te exhala el corazón del Dios altísimo de su abismo impenetrable de profundidad, vida vida, luz luz, Dios Dios, eterno eterno, inmenso inmenso y en todo igual a sí mismo, y de tu plenitud todos hemos recibido (Joan. I, 16). Pues a ti, fuente larguísima de todo bien, luz preciosa de la gracia séptuple, a ti, digo, piísimo espíritu, te ruego que si por mi fragilidad he entendido menos en la verdad de tu majestad, y en los preceptos del Señor he descuidado lo entendido por la lascivia de la carne, te dignes iluminarme con tu visita; para que corrija adecuadamente y según me sea necesario, y por ti obtenga misericordia de mi error, para que por ti, a quien en el peligroso mar de esta vida invoqué en auxilio, sin naufragio sea llevado al puerto de descanso eterno. Por tanto, a ti, Padre clementísimo, te pido, que quien primero me creaste, por la pasión de tu Unigénito me recreaste, que me hagas pensar y amar todo lo que pertenece a tu alabanza. Pero como soy frágil, y no puedo perfeccionar, concédeme, sin embargo, estudiar con diligente confesión, para que obtenga la gracia de tu redención y salvación. Y todo lo que de aquí en adelante haga, por tu gracia y en tu gracia, haz que todo llegue a tu alabanza, y de aquí en adelante me protejas de los pecados, y me mandes ser más fuerte en las buenas obras, y que mientras viva en este cuerpo, siempre te ofrezca algún servicio. Pero después de la salida de mi alma del cuerpo, concédeme obtener el perdón de todos los pecados y recibir la vida eterna. Por aquel, que contigo vive y reina por todos los siglos de los siglos. Amén.

#### MEDITACIÓN X. De la pasión de Cristo

Dulce Jesús en la inclinación de la cabeza y en la muerte, dulce en la extensión de los brazos, dulce en la apertura del costado, dulce en la perforación de los pies con un solo clavo. Dulce en la inclinación de la cabeza: inclinando la cabeza en la cruz, parece decir a su amada: Oh mi amada, cuántas veces has deseado disfrutar del beso de mi boca, anunciándomelo a través

de mis compañeros, que me bese con el beso de su boca (Cant. I, 1). Estoy preparado, inclino la cabeza, ofrezco mi boca, bésame cuanto quieras: y no digas en tu corazón, No busco ese beso, que es sin belleza y sin esplendor; sino aquel glorioso, del que siempre desean disfrutar los ciudadanos angélicos. No te equivoques así, porque, a menos que primero beses esa boca, no podrás llegar a aquella en absoluto. Por lo tanto, besa esta boca, que ahora te ofrezco, porque, aunque es sin belleza y sin esplendor, no es sin gracia. Dulce en la extensión de los brazos: extendiendo los brazos nos insinúa que él mismo desea nuestros abrazos, y parece decir: Oh vosotros que trabajáis y estáis cargados, venid y descansad (Mat. XI, 28) entre mis brazos, entre mis abrazos: ved que estoy preparado para reuniros dentro de mis brazos, venid pues todos: que nadie tema ser rechazado, porque no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (Ezequiel XXXIII, 11). Mis delicias son estar con los hijos de los hombres (Prov. VIII, 31). Dulce en la apertura del costado; esa apertura reveló para nosotros las riquezas de su bondad, es decir, el amor de su corazón hacia nosotros. Dulce en la perforación de los pies con un solo clavo; porque a través de esto nos habla como diciendo, mirad si pensáis que debo huir, y por eso tardáis en acercaros a mí, sabiendo que soy muy veloz, y como un cervatillo; ved que mis pies están clavados con un solo clavo de tal manera que no puedo huir de vosotros, porque la misericordia me tiene completamente atado; no huiré de vosotros como merecieron vuestros pecados, porque mis manos están clavadas con clavos. Benigno Jesús, humilde Señor, piadoso Señor, dulce en la boca, dulce en el corazón, dulce en el oído, inescrutable e inenarrablemente amable, piadoso y misericordioso, poderoso, sabio, benigno, generoso pero no pródigo, muy dulce y suave. Eres el único bien supremo, hermoso en forma más que los hijos de los hombres (Sal. XLIV, 3), hermoso, y decoroso, y elegido entre miles (Cant. V, 10), y totalmente deseable (ibid., 16). Lo hermoso conviene a lo hermoso. Oh mi Señor, ahora toda mi alma desea tus abrazos y besos. No busco nada sino a ti mismo, aunque no se prometiera ninguna recompensa; aunque no existieran el infierno y el paraíso, sin embargo, por tu dulce bondad, por ti mismo, querría adherirme a ti. Tú eres mi continua meditación, mi palabra, mi obra. Amén.

#### MEDITACIÓN XI. De la redención humana.

Alma cristiana, alma resucitada de la muerte grave, alma redimida y liberada de la miserable servidumbre por la sangre de Dios, despierta tu mente, recuerda tu resurrección: reflexiona sobre tu redención y liberación. Considera dónde y cuál es la virtud de tu salvación, medita en ella, deléitate en su contemplación, sacude tu hastío, fuerza tu corazón, enfoca tu mente en esto; saborea la bondad de tu Redentor; enciéndete en el amor de tu Salvador. Mastica el panal de las palabras, succiona el sabor más que meloso, traga el dulce saludable. Mastica pensando, succiona entendiendo, traga amando y gozando. Alégrate masticando, regocíjate succionando, júbilate tragando. ¿Dónde, entonces, y cuál es la virtud y fortaleza de tu salvación? Ciertamente Cristo te resucitó. Aquel buen Samaritano te sanó; aquel buen amigo con su alma te redimió y liberó: Cristo, digo. Por lo tanto, la virtud de tu salvación es la virtud de Cristo. ¿Dónde está esta virtud de Cristo? Sin duda, los cuernos en sus manos: allí está escondida su fortaleza (Habac. III, 4). Cuernos en sus manos; porque sus manos están clavadas en los brazos de la cruz. ¿Qué fortaleza en tanta debilidad? ¿Qué altura en tanta humildad? ¿Qué venerable en tanto desprecio? Pero ciertamente está escondida, porque en la debilidad; está oculta, porque en la humildad; y está oculta, porque en el desprecio. ¡Oh fortaleza escondida! un hombre colgando en la cruz, suspendiendo la muerte eterna que oprime al género humano, un hombre clavado en el madero, fijando al mundo a la muerte perpetua. ¡Oh poder oculto! un hombre condenado con ladrones salvando a hombres condenados con demonios. ¡Un hombre extendido en el patíbulo atrayendo todo hacia sí

mismo! ¡Oh virtud oculta! un alma emitida en tormento, sacando innumerables del infierno, un hombre aceptando la muerte del cuerpo, y destruyendo la muerte de las almas.

¿Por qué, buen Señor, piadoso Redentor, poderoso Salvador, por qué cubriste tanta virtud con tanta humildad? ¿Acaso para engañar al diablo, que engañando al hombre lo arrojó del paraíso? Pero ciertamente la verdad no engaña a nadie. Quien ignora, quien no cree la verdad, se engaña a sí mismo: quien ve la verdad, y la odia o desprecia, se engaña a sí mismo. Por lo tanto, la verdad no engaña a nadie. ¿Acaso para que el mismo diablo se engañara? Pero ciertamente así como la verdad no engaña a nadie, tampoco pretende que alguien se engañe, aunque se diga que lo hace, cuando lo permite. No asumiste la humanidad para ocultarte conocido, sino para revelarte desconocido. Te dijiste verdadero Dios, verdadero hombre, y lo mostraste con obras. La cosa fue oculta por sí misma, no ocultada intencionalmente; no se hizo así para ser escondida, sino para ser completada en su orden; ni para engañar a alguien, sino para que se hiciera como debía hacerse. Y si se dice oculta; no es otra cosa que no está revelada a todos. Pues, aunque la verdad no se manifiesta a todos, no se niega a nadie. Por lo tanto, Señor, ni para engañar, ni para que alguien se engañara, lo hiciste así; sino para hacer lo que y cómo debía hacerse, permaneciste en todo en la verdad. Quien se engañó en tu verdad; no se queje de ti, sino de su propia falsedad.

¿Acaso el diablo tenía algo justo contra Dios, o contra el hombre, por lo que Dios primero debía actuar contra él por el hombre de esta manera, antes que con fortaleza abierta: para que mientras él matara injustamente al hombre justo, perdiera justamente el poder que tenía sobre los injustos? Pero ciertamente ni Dios le debía nada al diablo, excepto castigo; ni el hombre, excepto reciprocidad: para que así como se permitió fácilmente ser vencido por él pecando, así lo venciera hasta la dificultad de la muerte, manteniendo la justicia íntegra. Pero esto tampoco lo debía el hombre sino a Dios. Pues no pecó contra el diablo, sino contra Dios; ni el hombre era del diablo, sino que tanto el hombre como el diablo eran de Dios. Pero el hecho de que el diablo atormentara al hombre, no lo hacía por celo de justicia, sino de malicia; ni por mandato de Dios, sino por permiso: no por la justicia del diablo, sino por la justicia de Dios exigiendo. No había, por lo tanto, nada en el diablo por lo que Dios debiera ocultar o diferir su fortaleza contra él para salvar al hombre.

¿Acaso alguna necesidad obligó al Altísimo a humillarse así, y al Omnipotente a trabajar tanto para hacer algo? Pero toda necesidad e imposibilidad está sujeta a su voluntad. Pues lo que quiere es necesario que sea; y lo que no quiere, es imposible que sea. Por lo tanto, solo por voluntad: y porque su voluntad siempre es buena, lo hizo solo por bondad. No es que Dios actuara para salvar al hombre de esta manera; sino que la naturaleza humana necesitaba satisfacer a Dios de esta manera. No necesitaba Dios sufrir tan laboriosamente; pero el hombre necesitaba reconciliarse con Dios de esta manera; ni necesitaba Dios humillarse así, sino que el hombre necesitaba ser rescatado del profundo infierno de esta manera. La naturaleza divina no necesitaba humillarse ni trabajar, ni podía. Todo esto era necesario para que la naturaleza humana lo hiciera para ser restaurada a aquello para lo que fue creada; pero ni ella, ni nada que no sea Dios, podía ser suficiente para esto. Pues el hombre no es restaurado a aquello para lo que fue instituido, si no es elevado a la semejanza de los ángeles, en los que no hay pecado, lo cual es imposible de hacer, a menos que se reciba la remisión de todos los pecados, lo cual no ocurre sin una satisfacción completa previa: la cual debe ser tal que el pecador, o alguien por él, dé algo a Dios de lo suyo, que no sea debido, que supere todo lo que no es Dios. Pues si pecar es deshonorar a Dios; y esto el hombre no debe hacer, aunque fuera necesario que todo lo que es, que no es Dios, pereciera: ciertamente la verdad inmutable, y la razón abierta exige, que quien peca devuelva algo a Dios por el honor quitado mayor que aquello por lo que no debió deshonorarlo. Lo cual, como la naturaleza humana sola

no tenía, ni podía reconciliarse sin la debida satisfacción. Para que la justicia de Dios no dejara el pecado desordenado en su reino, la bondad de Dios vino en su ayuda, y el Hijo de Dios la asumió en su persona para que en esa persona fuera hombre Dios, quien tuviera lo que superara no solo toda esencia que no es Dios; sino también toda deuda que los pecadores deben pagar: y esto, sin deber nada por sí mismo, lo pagara por otros, quienes no tenían lo que debían devolver. Pues la vida de aquel hombre es más preciosa que todo lo que no es Dios; y supera toda deuda que los pecadores deben por satisfacción. Pues si la muerte de aquel supera toda multitud y magnitud de pecados que pueden pensarse fuera de la persona de Dios; es evidente que su vida es más buena que todos los pecados son malos, que están fuera de la persona de Dios. Esta vida aquel hombre, cuando no debía morir por deuda, ya que no era pecador, la dio voluntariamente de lo suyo para el honor del Padre: cuando permitió que se le quitara por justicia, para dar ejemplo a todos los demás, de que la justicia de Dios no debe ser abandonada por ellos por la muerte, que a veces deben pagar por necesidad: cuando aquel, que no la debía, y podía evitarla guardando la justicia, la soportó voluntariamente impuesta por justicia. Por lo tanto, la naturaleza humana dio a Dios en aquel hombre voluntariamente y no por deuda lo que era suyo, para redimirse en otros, en quienes no tenía lo que se exigía por deuda. En todo esto la naturaleza divina no fue humillada, sino que la humana fue exaltada: ni fue disminuida, sino que esta fue misericordiosamente ayudada.

Ni la naturaleza humana en este hombre sufrió algo por necesidad, sino solo por libre voluntad. Ni sucumbió a ninguna violencia, sino que con bondad espontánea para el honor de Dios y la utilidad de otros hombres, lo que le fue infligido con mala voluntad, lo soportó laudablemente y misericordiosamente; ni por ninguna obediencia forzada, sino por sabiduría poderosa que dispone. Pues el Padre no le ordenó a aquel hombre que muriera obligándolo; sino que él, lo que sabía que agradaría al Padre y sería útil a los hombres, lo hizo voluntariamente. Pues el Padre no pudo obligarlo a hacer lo que no debía exigirle; ni pudo no agradecer al Padre tanto honor, que el Hijo ofreció voluntariamente con tan buena voluntad. Así, pues, mostró al Padre libre obediencia, cuando quiso hacer voluntariamente lo que sabía que agradaría al Padre. Finalmente, porque el Padre le dio esta buena voluntad, aunque libre, no sin razón se dice que él la recibió como un mandato del Padre. Así, pues, fue obediente al Padre hasta la muerte. Y como el Padre le dio el mandato, así lo hizo. Y el cáliz que le dio el Padre, lo bebió. Esta es la perfecta y más libre obediencia de la naturaleza humana, cuando su voluntad libre se somete voluntariamente a la voluntad de Dios, y cuando la buena voluntad recibida sin ninguna exigencia, la completa con obra en espontánea libertad. Así aquel hombre redimió a todos los demás, cuando lo que dio voluntariamente a Dios, lo computa por la deuda que le debían. Con este precio no solo una vez el hombre es redimido de las culpas, sino también cada vez que regresa con digna penitencia, es recibido: aunque tal penitencia no se promete al pecador. Lo cual, como se hizo en la cruz, por la cruz nuestro Cristo nos redimió. Quienes desean acercarse a esta gracia con afecto digno, son salvados; quienes la desprecian, porque no pagan la deuda que deben, son justamente condenados.

He aquí, alma cristiana, esta es la virtud de tu salvación, esta es la causa de tu libertad, este es el precio de tu redención. Estabas cautiva; pero de esta manera has sido redimida. Eras esclava, y así has sido liberada. Así, siendo exiliada, has sido devuelta; perdida, restaurada, y muerta, resucitada. Esto manda, oh hombre, esto rumia, esto succiona, esto traga tu corazón cuando tu boca recibe la carne y la sangre de tu mismo Redentor. Haz de esto en esta vida tu pan y alimento diario, y tu viático; porque por esto, y solo por esto, tú permanecerás en Cristo, y Cristo en ti: y en la vida futura será tu gozo pleno. Pero, oh Señor, tú que para que yo viviera, aceptaste la muerte, ¿cómo me alegraré de mi libertad, que no es sino de tus

cadenas? ¿Cómo me regocijaré de mi salvación, que no es sino de tus dolores? ¿Cómo me alegraré de mi vida, que no es sino de tu muerte? ¿Acaso me alegraré de lo que sufriste, y de la crueldad de aquellos, porque te lo hicieron? Pues si no te lo hubieran hecho, no habrías sufrido: y si no hubieras sufrido, todos estos bienes no existirían. O si me doleré de ellos, ¿cómo me alegraré de estos, por los cuales aquellos fueron, y que no existirían si aquellos no hubieran sido? Pero ciertamente la malicia de ellos no pudo hacer nada, sino porque tú voluntariamente lo permitiste, ni sufriste sino porque piadosamente quisiste. Por lo tanto, debo execrar la crueldad de ellos, imitar tu muerte y tus trabajos compadeciéndome, amar tu piadosa voluntad dando gracias, y así regocijarme con seguridad de los bienes otorgados a mí.

Por lo tanto, hombrecito, deja la crueldad de ellos al juicio de Dios, y trata de lo que debes a tu Salvador. Considera qué te era, y qué te ha sido hecho, y piensa quién te lo hizo, qué amor merece. Contempla tu necesidad, y su bondad, y ve qué gracias debes dar, y cuánto debes a su amor. En tinieblas, en resbaladizo, en descenso sobre el caos irremediable del infierno estabas; un peso inmenso, y casi de plomo colgando de tu cuello te arrastraba hacia abajo, una carga insoportable te oprimía desde arriba, enemigos invisibles te empujaban con todo su esfuerzo. Así estabas sin ninguna ayuda; y no sabías, porque así fuiste concebido y nacido. Oh, qué te era entonces! y a dónde te llevaban estas cosas; espántate recordando, tiembla pensando. Oh bueno, oh Señor Jesucristo, así puesto ni pidiendo, ni esperando, como el sol me iluminaste, y me mostraste cómo estaba. Rechazaste el plomo, que me arrastraba hacia abajo; removiste la carga que me oprimía desde arriba; repeliste a los que me empujaban, y te opusiste a ellos por mí. Me llamaste con un nombre nuevo, que me diste de tu nombre, y me erguiste inclinado hacia tu vista, diciendo: Confía, yo te redimí, di mi alma por ti. Si te adhieres a mí, y evitas los males en los que estabas, y no caerás en el abismo al que te dirigías, sino que te llevaré a mi reino, y te haré heredero de Dios y coheredero mío. Desde entonces me tomaste bajo tu protección, para que nada dañara mi alma contra su voluntad. Y he aquí, aunque aún no me he adherido a ti, como me aconsejaste, no me has permitido caer en el infierno, sino que aún esperas que me adhiera, y hagas lo que prometiste. Ciertamente, Señor, así estaba, y esto me hiciste. En tinieblas estaba, porque no sabía nada ni a mí mismo; en resbaladizo, porque era débil y frágil para caer en el pecado; en descenso sobre el caos del infierno, porque en los primeros padres descendí de la justicia a la injusticia, por la cual se desciende al infierno, y de la bienaventuranza a la miseria temporal, de la cual se cae en la eterna. El peso del pecado original me arrastraba hacia abajo, y la carga insoportable del juicio de Dios me oprimía, y mis enemigos demonios, para hacerme más condenable con otros pecados, en cuanto dependía de ellos, insistían vehementemente. Así, desprovisto de toda ayuda, me iluminaste, y me mostraste cómo estaba. Porque incluso cuando yo aún no podía saber esto, a otros, que eran por mí, y después a mí mismo, antes de que lo pidiera, enseñaste todas estas cosas. Rechazaste el plomo que arrastraba, y la carga que pesaba y los enemigos que empujaban, porque quitaste el pecado en el que fui concebido y nacido, y su condenación, y prohibiste a los espíritus malignos que hicieran violencia a mi alma. Me hiciste llamar cristiano de tu nombre, por el cual yo confieso, y tú me reconoces entre tus redimidos, y me erguiste y levantaste a tu conocimiento y amor; me hiciste confiar en la salvación de mi alma, por la cual diste tu alma, y me prometiste tu gloria si te seguía. Y he aquí, aunque aún no te sigo, como me aconsejaste, sino que además he cometido muchos pecados que tú prohibiste, aún esperas que te siga, y me des lo que prometiste.

Considera, alma mía, atiende, todo mi ser interior, cuánto le debe mi ser entero. Ciertamente, Señor, porque me creaste, debo a tu amor todo mi ser; porque me redimiste, debo todo mi ser; porque tanto prometes, debo todo mi ser, es más, debo tanto a tu amor más que a mí mismo,

cuanto tú eres mayor que yo, por quien te diste a ti mismo, y a quien prometes a ti mismo. Haz, te ruego, Señor, que saboree por amor lo que saboreo por conocimiento; sienta por afecto lo que siento por intelecto; debo más que todo mi ser; pero no tengo más, ni puedo devolver esto por mí mismo en su totalidad. Atráeme, Señor, a tu amor, o esto mismo en su totalidad. Todo lo que soy es tuyo por condición; haz todo tuyo por amor. He aquí, Señor, ante ti está mi corazón; se esfuerza, pero por sí solo no puede; haz tú lo que él no puede. Admíteme en la cámara de tu amor, te pido, busco, llamo. Tú que me haces pedir, haz también que reciba. Das buscar, da encontrar. Enseñas a llamar, abre al que llama. ¿A quién das, si niegas al que pide? ¿Quién encuentra, si el que busca se frustra? ¿A quién abres, si al que llama cierras? ¿Qué das al que no ora, si niegas tu amor al que ora? De ti tengo el desear, de ti tenga el obtener. Adhiérete a él, adhiérete con insistencia, alma mía. Bueno, buen Señor, no la rechaces; languidece de hambre de tu amor, reánimala, sáciala tu amor, engorde tu afecto, llénala tu amor, ocúpame todo, y posea todo, porque tú eres, con el Padre y el Espíritu Santo, Dios solo bendito por los siglos de los siglos. Amén.

## MEDITACIÓN XII. De la humanidad de Cristo.

La santísima natividad e infancia de nuestro Salvador rebosa de júbilo, piedad y utilidad. Júbilo en cuanto a la exultación, piedad en cuanto a la pasión, utilidad en cuanto a la significación. ¿Qué hay más jubiloso que ver al hombre que se sabe es el creador del hombre? ¿Qué puede parecer más piadoso al mismo hombre que ver con claro ojo que en este mediador entre Dios y los hombres, nuestro Señor Jesucristo, de un modo maravilloso e inefable, la eternidad comienza, la sublimidad se humilla? Es concebido en el vientre de la Madre, quien es eterno en el seno del Padre. Nacido eternamente del Padre sin madre, nace en el tiempo de madre sin Padre. Está envuelto en pañales, quien vistió la tierra con plantas y árboles, adornó el cielo con luminarias, llenó el mar de peces. A quien los cielos de los cielos no pueden contener, lo contiene la estrechez de un pesebre, es alimentado con leche materna. Crece en sabiduría, cuya sabiduría no comienza ni termina, quien es la sabiduría de Dios Padre en edad, cuya eternidad no crece en más, ni disminuye en menos; gracia, él mismo autor de toda gracia, conservador y remunerador. Se somete a sus padres, a quien adora toda criatura, ante quien toda rodilla se dobla. Añadamos, si se quiere, que es bautizado, y de hecho el Señor por el siervo, Dios por el hombre, y por el soldado el Rey. Es tentado por el diablo, a quien sirven los ángeles. Tiene hambre de alimento, sed de fuente, se cansa en el camino, la altura se deprime, la virtud se debilita, la fortaleza se debilita, la gloria es injuriada, la alegría se entristece, el gozo duele, y la majestad se humilla, y la vida muere.

Jesús bueno, ¡cuán dulce eres en el corazón del que piensa en ti y te ama! Y ciertamente no sé, porque no puedo comprender plenamente, de dónde viene que eres mucho más dulce en el corazón del que te ama, en lo que eres carne, que en lo que eres Verbo; más dulce en lo que eres humilde, que en lo que eres sublime. Pues es mucho más dulce para la memoria del que te ama verte nacido en el tiempo de la Virgen Madre que engendrado del Padre en los esplendores antes del lucero, haberte vaciado a ti mismo, y haber tomado forma de siervo que en la forma de Dios ser igual a Dios, más dulce verte morir ante los judíos en el madero que dominar sobre los ángeles en el cielo, contemplarte sujeto entre todas las cosas que ser preferido sobre todas, haber soportado el hombre lo humano que haber hecho lo divino Dios, ser redentor de los que perecen que ser creador de los que no existen. ¡Oh cuán dulce es, buen Jesús, en el secreto del corazón recordar que fuiste concebido por nosotros en la Virgen sin contaminación, nacido sin lesión de su virginidad, envuelto en pañales, reclinado en el pesebre, soportando injurias, callando ante las afrentas, lavando los pies de los discípulos, secándolos con una toalla, orando largamente de noche, sudando sangre, vendido por treinta monedas de plata, entregado con un beso, capturado con espadas y palos, atado, juzgado,

condenado al flagelo, llevado a la matanza como cordero inocente, no abriendo tu boca cuando eras maltratado, no respondiendo cuando eras acusado en muchas cosas, abofeteado, soportando bofetadas, azotado con flagelos, amoratado con heridas, cubierto de esputos, vestido con una clámide escarlata, coronado de espinas, adorado en burla, golpeado en la cabeza con una caña, burlado con una vestidura blanca, condenado a muerte, cargando tu cruz, y en ella fijado, orando por los que te crucificaron, dado a beber vinagre, alimentado con hiel, insultado por un ladrón, derramando tu sangre por las cinco heridas de tu cuerpo, inclinando la cabeza, entregando el espíritu, encomendando tu amada alma en manos del Padre, y soportando todo esto por nosotros. Todo esto forma y aumenta más y más la exaltación, la confianza y la consolación, el amor y el deseo.

¿Quién no se alegrará y exultará? ¿Quién no se regocijará y congratulará en exceso, viendo a su creador no solo ser hombre por él, sino soportar cosas tan duras e indignas? ¿Qué se rumia más suavemente en la mente? ¿Qué se saborea más dulcemente? ¿Qué se piensa más alegremente? ¿Quién me quitará el lugar en el reino, donde es omnipotente, quien es mi hermano y mi carne? ¿Qué evento me traerá alguna desolación, a quien tanta esperanza confiere tanta certeza? ¿Cómo puede tener lugar alguna tristeza en él, en quien esta meditación se mueve incesantemente? No genera en él menor confianza, cuando se enciende diligentemente en su Creador. Ciertamente segura en todo sentido, y en nada temeraria presunción, que formó en la mente la consideración de la humanidad en Cristo. ¿Cómo no esperar alcanzar la suerte de los elegidos, cuando veo muerto por mí al mismo Creador de todos? Derramó por mí de su costado sangre: ¿cómo no presumir que soy redimido, cuando no ignoro que se dio por mí un precio tan grande y tal? Derramó también por mí agua, ¿cómo no confiar en que estoy limpio de todas mis inmundicias, a quien consta que el agua que fluyó de las entrañas de Cristo limpió? Fue derramado, digo, él, fue derramada ella; él para la redención, ella para la ablución del redimido; él para redimirme cautivo, ella para lavarme inmundo. Fue entregado por mí siervo el Hijo, para que con su muerte me comprara la herencia: ¿cómo no creerme heredero, y de hecho heredero de Dios, coheredero de Cristo? (Rom. VIII, 17.) Cuando era enemigo, fui reconciliado con Dios por la muerte de su Hijo: ¿cómo ahora justificado en su sangre, no seré salvo de la ira por él? No perdonó a su propio Hijo el piadoso Padre, sino que lo entregó por mí: ¿cómo no me dio también todas las cosas con él? (Rom. VIII, 32.) ¿Quién acusará contra mí, cuando su caridad cubre multitud de pecados? (I Pedro IV, 8.) Su sangre clama desde la tierra mejor que la de Abel, y no moverá el corazón del Padre tal sonido de clamor?

Lejos de mí, una y otra vez lejos de mí, que carezca de entrañas de compasión, viendo a ti, oh buen Jesús, morir por mí! Ante mis ojos eres crucificado, y ningún movimiento tocará mi corazón; aparece tu espada ante mí, y no atravesará mi alma! Dulce Jesús, ¿qué me das para que te compadezca? Pero no menos útil. ¿Cómo menos útil, cuando consta, si ve y siente la verdad aquel en quien hablabas, que si sufrimos con él, también reinaremos con él? (Rom. VIII, 17.) Y en otro lugar, si morimos con él, también viviremos con él (II Tim. II, 12). Para que esta compasión de la que hablamos florezca en la mente, es necesario que haya en ella un amor ardiente, porque a quien abrazamos con amor ferviente, ciertamente nos compadecemos de su adversidad, y nos congratulamos de su prosperidad. Jesús, ni mi mente puede comprender, ni mi lengua es suficiente para expresar cuán digno eres de ser amado por mí, que tanto te dignaste a amarme. Me amaste, y me lavaste de mis pecados en tu sangre (Apoc. I, 5). Pues si te amo mucho, tú ciertamente me amaste antes, y más. En esto aparece la caridad de Dios, dice el Apóstol, no porque hayamos amado a Dios, sino porque él nos amó primero (I Juan IV, 10). Amó cuando no amaba, porque, y si no amaras al que no ama, tampoco harías al que ama. Te amo sobre todas las cosas, oh dulcísimo Jesús, pero demasiado

poco, porque mucho menos de lo que eres digno, amadísimo, y por tanto menos de lo que debo. ¿Y quién podría esto? Alguien puede amarte, tú dándolo, cuanto vale, pero nunca cuanto debe. ¿Quién te devolverá tu sangre inocente, de la cual no una gota, sino una ola fluyó por las cinco partes de tu cuerpo? Me creaste, cuando no existía; me redimiste, cuando estaba perdido. Pero la causa de mi creación y redención fue solo tu amor. ¿Por qué, entonces, oh dulzura de mi vida Jesús! ¿qué viste en mí por lo que darías un precio tan grande? Nada en absoluto, sino porque así fue agradable ante ti. Mucho, en verdad, me diste como Creador, pero mucho más como Redentor. ¡Oh cuán hermoso eres, Señor Jesús, y cuán suave! Hermoso, pero para los que te ven; suave, pero para los que te saborean. No se te conoce, si no se te ve. No eres dulce, si no se te saborea. Hazme buscarte, encontrarte buscado, poseerte tenido, para que solo tú seas dulce para mí, sabroso y agradable. Hazme conocerte, temerte, amarte, desearte. No permitas que me deslice en el amor de las cosas temporales. ¡Ay, mi Señor, porque no puedo gustar incesantemente cuán suave y dulce eres!

Soy pecador, oh misericordiosísimo Jesús. Ten piedad de mí, que no viniste a llamar a los justos, sino a los pecadores (Mat. IX, 13). Fuente abierta a la casa de David (Zac. XIII, 1), aparece, y derrámate, y lávame. Porque eres abierto a todos los que tienen sed de ti, y lavas todas las inmundicias de todos los verdaderamente penitentes, devolviéndoles, oh dulcísimo Jesús, bien por mal, don por iniquidad, mérito por delito, por crimen justicia, y gracia por culpa. Esto lo experimentó el rey David, quien penitente oyó de tu mensajero: El Señor ha quitado tu pecado de ti, no morirás (II Sam. XII, 23). En ti se lavó con lágrimas de penitencia, y fue limpiado de las manchas de grave culpa. Tu limpieza en él lavó el crimen de adulterio, y tu piedad limpió la crueldad del homicidio. En ti fue purgado aquel príncipe de los apóstoles que lloró amargamente lo que negó con temor. En ti también aquella famosa pecadora, oh fuente purísima y dulcísima, mereció ser blanqueada con tanta familiaridad que antes que los mismos apóstoles vio la nueva gloria de tu resurrección, y se la anunció a ellos. En ti también fue limpiado aquel que, junto a ti colgando en la cruz, mientras reconocía que había recibido lo que merecía por sus hechos, y te pidió que lo recordaras en tu reino, mereció oír de ti inmediatamente. En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso (Luc. XXIII, 45). ¡Y cuántos en ti, piadoso Jesús, son iluminados y lavados diariamente, de las tinieblas a la luz, y de las inmundicias a la limpieza! Recíbeme, que he estado mucho tiempo exiliado de ti.

Dulzura de la vida, y salud no engañosa, oh buen Jesús, si he sembrado en la carne, ¿qué cosecharé de la carne sino corrupción? Y si he amado al mundo, ¿qué fruto obtendré de él? Triple, Señor Dios, solía pagar tributo al rey de Babilonia en su nefando servicio. ¿Qué es su servicio, sino pecado? El tributo es triple, deleite, consentimiento, costumbre. Y este tributo se pagaba con el corazón, la boca y la obra. He aquí con qué ardores estaba encendida esta olla, cuya cara desde el norte, cuyas brasas encendió la sugestión del enemigo, que quemó los pensamientos de mi mente. He aquí, Dios misericordioso, he aquí la cuerda triple que ferozmente ata la mente, la lengua, el cuerpo. Nunca hubo en mí salud, desde la planta del pie hasta la cabeza (Is. I, 6). Sana, pues, mi alma, porque he pecado contra ti (Sal. XL, 5). Haz, pues, tu obra, piadoso Jesús, y sálvame. Porque te llamas Jesús, no por otra cosa sino porque salvarás a tu pueblo de sus pecados (Mat. I, 21), quien con el Padre, y el Espíritu Santo vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

### MEDITACIÓN XIII. De Cristo.

Tengo una palabra secreta para ti, mi Señor, Rey de los siglos, Cristo Jesús. Con audacia de caridad se atreve a dirigirse a ti la obra de tus manos, deseando tu belleza, y anhelando escucharte. Deseo de mi corazón, ¿hasta cuándo soportaré tu ausencia? ¿Hasta cuándo

gemiré, y mis ojos llorarán por ti? Amable Señor, ¿dónde habitas? ¿Dónde está tu morada, en la que te recuestas feliz entre tus más queridos, y los sacias con la manifestación de tu gloria? ¡Cuán feliz, cuán ilustre, cuán santo, con cuánta avidez debe ser deseado ese lugar de divina voluptuosidad, lugar de delicias eternas! No ha llegado mi ojo, ni se ha acercado mi corazón a la multitud de tu dulzura, que has escondido interiormente para tus hijos. Solo su olor me sostiene de alguna manera desde fuera. El aliento de tu suavidad viene de lejos a mí, que es para mí sobre el olor del bálsamo y la fragancia del incienso y la mirra, y de todo tipo de aromas agradables. Engendra en mí deseos puros, cuya combustión es dulce, aunque apenas soportable. ¿Qué tengo en el cielo? (Sal. LXXII, 25.) ¿Quién es mi tesoro en esa celda celestial? ¿Cuál es mi herencia en la tierra de los vivientes? ¿No es Cristo mi Señor, mi única salvación, todo mi bien, mi pleno gozo? ¿Y cómo podré contener mi corazón, Señor, para no amarte? Si no te amo, ¿qué amaré? Si traslado mi amor de ti, ¿dónde lo colocaré dignamente? Amable Señor, ¿dónde fuera de ti descansarían mis deseos? Si en algún lugar fuera de ti extiende mi amor su pie, estará contaminado; si de ti se desvían mis deseos, serán vanos. ¿No eres tú amable y deseable sobre todas las cosas que pueden ser amadas y deseadas? De ti tiene todo lo que tiene toda criatura de belleza y valor. ¿Y qué maravilla, si solo tú superas a todas? Tú vestiste al sol con claridad excelente entre las estrellas, y eres más claro que el sol. Más bien, ¿qué es el sol, qué es toda luz creada en comparación contigo, sino tinieblas? Adornaste el cielo con estrellas, el empíreo con ángeles, el aire con aves, las aguas con peces, las tierras con hierbas, los arbustos con flores. Pero no hay especie más allá, ni belleza en todas ellas, en comparación contigo, oh fuente de toda belleza, Señor Jesús. Al miel le diste su dulzura, y eres más dulce que la miel. Al aceite le diste su suavidad, y eres más suave que el aceite. A todos los aromas les diste sus olores, y es, oh Jesús, tu olor sobre todos los aromas suave y grato. El oro entre todos los metales precioso y hermoso en singular excelencia fue creado por ti. ¿Y qué es esto, comparado con el inestimable Señor, y la inmensa claridad, en la que los ángeles desean mirar? Obra de tus manos es toda piedra preciosa, y deseable de ver, sardio, topacio, jaspe, crisólito, ónice, berilo, amatista, zafiro, carbunco, esmeralda. ¿Y qué son estas, sino pajas, en comparación contigo, oh Rey muy hermoso y muy amado? Son de tu operación las gemas vivas e inmortales, con las que, oh sabio Arquitecto, en el principio de los siglos hermosamente distinguiste el palacio supraetereo, para alabanza y gloria del Padre.

Por ti millares de millares, para cumplir los misterios del Padre, van continuamente con alegre carrera entre el cielo y la tierra, como abejas laboriosas entre colmenas y flores disponiendo todas las cosas suavemente; pueblo ceñido, que no conoce mancha ni demora de desobediencia. Por ti cientos de miles de miles asisten en el santuario del templo uránico, mirando al rostro de la majestad con clara e inflexible visión, y resonando la armonía de un himno incesante, en gloria de la trina y simple divinidad. Por ti arde el serafín, por ti brilla el querubín, por ti juzgan los tronos.

Tú, nuestro Señor, eres un fuego que arde sin daño, y por la inmediata aproximación a tu divinidad, todo el sagrado orden de los serafines se enciende con caridad y se viste de resplandor flamígero, quienes también esparcen la exuberancia de su dulce incendio en las demás falanges que te sirven, de cuya plenitud gustamos y no. Tú, nuestro Dios, eres la verdadera luz, y las montañas reciben luz para tu pueblo, mientras derramas abundantemente los tesoros de sabiduría y ciencia, ocultos en ti, a los ojos cercanos de los querubines, y haces que se deriven para iluminar las lámparas elegidas subordinadas a ellos, del admirable tabernáculo tuyo, que ante tu rostro, Señor, lucen inextinguiblemente. Tú, Rey de reyes y Juez de jueces, grande y temible, te sientas en tronos excelsos, que solo tienen sobre sí tu altura, asientos vivos y suaves, pacíficos, compactados con la uniformidad de la suma

tranquilidad, discerniendo por ti los caminos de la verdad, juzgando por ti los juicios de equidad. Señor Dominador, la sublimidad santa de las dominaciones te adora, extendiendo el ánimo con singular liberalidad en lo divino, y entre los nobles héroes de tu corte, ejerciendo por ti el primado de un alto dominio sin altitud de soberbia. Noble honor de los príncipes, por ti, Señor Dios mío, el elevado orden de los principados gobierna sin envidiosa preeminencia sobre el ejército del cielo, al cual, para cumplir los divinos misterios, según la disposición percibida en lo íntimo de tu corazón, ofrece dulce magisterio. Tuya es la potencia, Señor de las potestades, que presionan con un dardo flamígero los cuellos de los príncipes del Tártaro, y en ellos te temen para que no puedan, cuanto desean, realizar el mal para nuestra perdición. Tuya es, oh virtud del Padre, toda la magnificencia de las bienaventuradas virtudes, cuyo ministerio se lleva a cabo para que todo el siglo te admire, y enmudeciendo en tus maravillas exclame y diga: Todo lo que quiso el Señor, lo hizo en el cielo y en la tierra, en el mar y en todos los abismos (Salmo 134, 6). Tuya es, oh dulce Jesús, la magnificencia de los arcángeles, en quienes tu benignidad obra con gran dignación, mientras no desdeñas destinar a tan gloriosos sátrapas de tu palacio a estas cosas débiles del mundo, para ayudar a nuestra pequeñez, que hemos sido comparados al lodo, y asimilados a la ceniza y al polvo. Por estos, en efecto, por tu mandato se administran los asuntos de nuestra suma salvación, y se nos traen los arcanos del supremo consejo celestial; por estos se generan las sanidades de los mortales; por estos subsisten los reinos e imperios del mundo. Entre los cuales conocemos a tu principal Miguel, noble portaestandarte, ciudadano del cielo, que está de pie por el ejército del Dios viviente extendiendo la espada de la defensa, y con voz aterradora tronando, ¿quién como Dios? sobre aquellos que están en contra. Pero también esa amable inocencia de los ángeles felices, ¿no es acaso una obra preciosa de tus dedos, oh sabiduría de Dios? Por lo cual los adornaste como con vestidura incorruptible el día que los creaste, para la obra de tu sagrado ministerio. Estos son las estrellas vivas del cielo superior, los lirios del paraíso interior, las rosas plantadas sobre el agua de Siloé, que fluye en silencio, adheridas inmóvilmente a las raíces de las mentes para ti. Oh río de paz, oh fragancia del campo de delicias, oh sabiduría que sola circunda el cielo, de ti resplandecen, brillan, enrojecen en mucha sabiduría, en castidad virginal, en eternos ardores de caridad. Esta florida juventud, Señor, te sirve fielmente en nuestra debilidad, mientras en estas tinieblas del mundo dirige nuestros pasos con guía pedagógica, mientras repele de nosotros los ataques hostiles, mientras nos anuncia los secretos de tu voluntad, mientras fortalece las mentes disueltas hacia todo bien, mientras transfiere los inciensos de nuestras oraciones al altar de oro, y siempre intercede ante el rostro del piadoso Padre por nosotros. Así, piadoso Padre, aún estando lejos de nosotros, tienes algún cuidado. Y si algo de valor tiene la dracma décima que una vez se escapó de tu seno, y ahora finalmente ha sido buscada en tus labores, esto es un don de tu piedad, buen Jesús. Si algo de dulce voz tiene esta décima cuerda de alabanza divina, esto lo opera tu suave contacto en ella, mientras en el salterio de diez cuerdas cantas la gloria del Padre. Canta como cantas, Señor, modula dulce melodía al Padre con los veloces dedos de las gracias multiformes. Toca aquellas nueve purísimas cuerdas en el cielo, que nunca han sonado algo triste. Toca también esa décima grave, cuya parte superior ya tratada hacia ti suena alegría, la inferior aún atada a la tierra sabe resonar sonidos tristes.

Todas las obras de tu virtud, oh Unigénito de Dios, cuando las considero con mente atenta, me asombro y temo, porque en todo modo apareces glorioso en ellas. En verdad son grandes, hermosas y muy buenas, pero en comparación contigo, se consideran como nada y vacío. Los cielos y la tierra, y todo su ornato, subsisten por ti como autor y gobernador, y todo te proclama poderoso y temible, sabio y hermoso, bueno y amable, y tanto como la luz supera a las tinieblas, así tú solo superas a todo. Y tú en el cielo eres guardado, Dios mío, recompensa de tu siervo, tú mismo el dador y el don de la salvación, que mi alma espera de ti. ¿Y qué

quiso de ti sobre la tierra? (Salmo 72, 25). ¿Por qué me vuelvo del cielo al centro? ¿Qué mejor, qué más amable he estimado sobre la tierra que tú, para apartar mi corazón de ti, para desear algo en el mundo sin ti? ¿Por qué amé, por qué deseé en toda mi vida algo, excepto a ti, Jesús mi Dios? ¿Por qué diferí, por qué en algún momento dejé de tenerte, Jesús, en mi corazón, de abrazarte con toda mi mente, y de deleitarme en tu dulzura con todo mi espíritu interior? ¿Dónde estaba, cuando no estaba contigo en mente? ¿A dónde se dirigieron mis deseos, cuando no te tuvieron solo a ti?

Dios de mi vida, cuán vanamente se han consumido, cuán infructuosamente han pasado mis tiempos, que me diste para hacer tu voluntad en ellos, y no lo hice. ¿Cuántos años, cuántas horas se han perdido para mí, en las que viví sin fruto ante ti? ¿Y cómo subsistiré? ¿Cómo podré levantar mis ojos a tu rostro en ese gran juicio tuyo, si ordenas recordar todos mis pecados, o mis tiempos, y requieres el fruto de cada uno? Pacientísimo Padre, no permitas que esto suceda, sino que estén en el olvido ante ti los tiempos que he perdido, ¡ay! demasiados. Y si algunos, con tu ayuda, he guardado útilmente, cuyo número, oh Señor, es breve, haz que permanezcan en memoria eterna; que, amado Padre, al menos este residuo de mi tiempo sea fructífero y santificado en tu gracia, para que en los días de la eternidad encuentre lugar, y sea contable ante ti. Desde ahora, todos mis deseos, caliéntense, y fluyan hacia el Señor Jesús; corran, ¿han tardado bastante hasta ahora? apresúrense a donde van, busquen a quien buscan. Buscan a Jesús de Nazaret crucificado (Marcos 16, 6). Ha ascendido al cielo, no está aquí (ibid.). No está donde estaba; no está donde no podía reclinar su noble cabeza; no está donde caminó en medio de la tribulación, lleno de desprecio; no está donde estuvo para ser juzgado ante el rostro de Pilato; no está donde estuvo despreciado e iluso ante Herodes; no está donde colgó escupido, golpeado, herido, y cubierto de sangre en medio de los malhechores; no está donde yació cerrado por una piedra, y custodiado por la milicia de las naciones. ¿Dónde está, en verdad, el amadísimo del Señor? Habita confiadamente y el flagelo no se acerca a su tabernáculo. Sobre la altura de los cielos, sobre toda excelencia de los ángeles, ascendió por su propia virtud, sobre el trono de singular gloria a la derecha del Padre, donde coeterno y consustancial se sienta, y vestido de luz divina, coronado de gloria y honor, como corresponde al Unigénito de Dios, sereno en alegría, lleno de omnipotencia, Señor en el cielo y en la tierra. Allí lo adoran todos los ángeles de Dios, y toda la multitud de los ciudadanos de la celestial Sion. En él unánimemente se alegran todos los corazones, en su deseable rostro se alimentan todos los ojos de los buenos. Hacia él confluyen por todas partes los deseos de todos los santos, a él le canta, a él le aplaude, a él le magnifica toda la ciudad uránica, gloriosa en todo modo en sus esplendores.

Exulta y alaba, morada de Sion, porque grande en medio de ti está el santo de Israel (Isaías 12, 6). Exulten en su noble hijo, ustedes ilustres patriarcas, porque en él se ha cumplido toda su expectativa, y él es muy sublime, y en él, es decir, en su semilla, serán bendecidas todas las naciones; así lo prometió la palabra divina. Alégrense en Jesús, gran profeta, ustedes profetas hombres veraces, porque ven cumplido de manera maravillosa y gloriosa todo lo que anunciaron de él en el Espíritu Santo, y han sido encontrados fieles por él en todas sus palabras. Alégrense en el Señor Jesús, su maestro, ustedes ilustres príncipes del cielo, bienaventurados apóstoles, alégrense en él, y nuevamente digo, alégrense con Cristo en familiar alegría. He aquí, a quien vieron en medio de ustedes hambriento y sediento, fatigado, y soportando cosas similares de la debilidad de la carne, ser rechazado por todos, y ser contado entre los malhechores, cómo ha vencido, cómo reina, cómo todo está bajo sus pies, cuán glorioso resplandece en su dominio con luz, y de su gozo; ahora los tiene a ustedes como compañeros de su inefable gloria, quienes permanecieron con él en sus tentaciones, y fueron compañeros de sus aflicciones. Adoren ahora esas dulces rodillas que se inclinaron

ante ustedes hasta el suelo, mientras estaban sentados en la santísima cena. Adoren ahora esas sacrosantas manos, con las que el Rey de reyes se dignó lavar y secar el polvo de sus pies. Alégrese en Jesús, príncipe de su milicia, ustedes mártires victoriosos, que a él, por quien entregaron sus almas a la muerte, a él, digo, a Jesús, el Hijo de Dios, poseen como premio de su lucha. Alégrese en Jesús, sumo doctor de la verdad, oh venerables confesores y doctores, porque a quien confesaron con sagradas doctrinas y justas obras ante los hombres, ahora los confiesa ante su Padre y sus santos ángeles. Alégrese en Jesús, virgen y santificador de las vírgenes, ustedes vírgenes del paraíso, ustedes semejantes a los ángeles, porque he aquí a quien amaron, a quien desearon, a quien buscaron con ardientes deseos, por cuyo amor despreciaron a los esposos terrenales y todo adorno del siglo, ahora ven al Hijo del Rey supremo, ahora lo tienen, ahora descansan en sus castos abrazos, y ninguna astucia del engañador puede separarlos de ustedes.

Pero entre todos los habitantes celestiales, que el gozo más abundante sea para ti, oh María, virgen de las vírgenes, rosa de celestial belleza, estrella resplandeciente entre las primeras lámparas receptivas de la luz divina. En tu Jesús, tu dulcísimo hijo, sola sobre todos, alégrate con gran gozo, porque a quien diste a luz como hombre, y alimentaste con tus propios pechos, a él adoras con los ángeles y todos los ciudadanos del cielo como al Dios vivo y verdadero. Alégrate, feliz madre, porque a quien viste colgando en el madero de la cruz, lo ves reinando en el cielo con gran gloria, ves toda la altura de los celestiales, terrenales, e infernales inclinada ante su majestad, y todo el poder de sus enemigos triturado. Son para ti los gozos de los gozos, toda la plenitud de los santos, bienaventurada Jerusalén nuestra madre, que estás arriba: celebra una festividad alegre e incesante en la visión pacífica de tu Jesús, autor de tu libertad.

Y tú ahora nuevamente elévate, alma mía, con el esfuerzo que puedas, e introdúctete entre los santos millares que se alegran en el Señor Jesús. Ve allí en el vehículo de la fe y la esperanza, allí conversa por el ardor de la caridad, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios (Colosenses 3, 1). Dirige el ojo de la mente en la luz de su rostro. Recorre y besa con devoción jubilosa cada lugar de sus felices llagas, de las cuales salieron aquellos preciosos líquidos de la sangre santa, con la que te apreció el unigénito de Dios, y te santificó para la vida eterna. Jesús, quien no te ama, sea anatema. Quien no te ama, sea lleno de amarguras. Casto es tu amor, Señor, y no admite impureza alguna. Sobrio es el sabor de tu amor, y no aliena ninguna mente de lo recto. Suave es tu amor, y no tiene nada amargo: pues incluso lo amargo del mundo lo endulza; y lo dulce de él, lo vuelve amargo. Entre angustias no se constriñe, entre presiones no se comprime; no perece bajo la escasez, no se contrae con la tristeza. En los trabajos de las manos es ecuánime, entre amenazas seguro, entre halagos incorrupto, entre tormentos persevera invicto, en la muerte siempre está vivo. Así como en el tesoro se alegra el codicioso, y como en el amor del hijo único se deleita la madre; así el gozo y la delectación es grata en tu caridad, dulce Jesús, al alma que te ama. La dulzura de la miel, la suavidad de la leche, el sabor embriagante del vino, y todas las delicias no deleitan tanto las gargantas de los que las prueban, como tu amor las mentes de los que te aman.

Oh dulce Jesús, pan vivo sumamente deseable, racimo dulce, aceite mezclado, cordero manso, león fuerte, hermosa pantera, simple paloma, veloz águila, estrella matutina, sol eterno, ángel de paz, luz fuente de las luces eternas, que te ame, en ti se deleite, te admire todo sentido bueno que convenga a tu alabanza, Dios de mi corazón, y mi parte Cristo Jesús, que mi corazón desfallezca de su espíritu, y mi carne de sus concupiscencias, y vivas tú en mí, y se encienda en mi espíritu el vivo carbón de tu amor, y crezca en fuego perfecto. Que lo alimento y nutra en mí tu gracia, para que arda continuamente en el altar de mi corazón: que hierva en mis entrañas, que arda en los escondites del alma, que en el día de mi consumación

se encuentre consumado ante ti. En el día en que me veas liberado de esta túnica mortal que ahora llevo, que tu amor me rodee, sea para mi alma como vestidura de decoro, para que no se encuentre desnuda sino vestida, y tenga con qué ocultar sus debilidades de tus ojos. Que el fervor de tu amor aleje de mí el fuego extraño, el fuego que arde por tus adversarios: que eleve mi alma hacia ti, su Creador; y cuanto sea suficiente, que la sumerja en tu luz divina. Señor Jesús, que todos los que te aman, se llenen de tus bendiciones. Que los que se acercan a ti, sean inscritos en el cielo, para que haya paz para ellos bajo la sombra de tus alas (Salmo 62, 8) por siempre. A ti, único de Dios, sea con el eterno Padre y el Espíritu Santo alabanza indeficiente, honor inviolable, y reino sólido, permaneciendo por los siglos de los siglos. Amén.

#### MEDITACIÓN XIV.

PRÓLOGO.---Puesto que estamos situados en medio de trampas, fácilmente nos enfriamos en el deseo celestial. Por lo tanto, necesitamos un recordatorio constante, para que, despertados hacia nuestro Dios verdadero y sumo bien, cuando nos desviamos, volvamos a él. Por eso, no por temeridad de presunción, sino por gran amor a mi Dios, dediqué mi esfuerzo a esta pequeña obra para su alabanza, para tener siempre conmigo una breve y manual palabra de Dios, tomada de los dichos más elegantes de los santos Padres; de cuyo fuego de lectura, cada vez que me enfrió, me encienda en su amor.

I. Ahora asiste a mí, Dios mío, a quien busco, a quien amo, a quien confieso con corazón y boca, y con toda la fuerza que puedo te alabo y adoro. Mi mente devota a ti, encendida de amor por ti, respirando por ti, anhelando por ti, deseando verte solo a ti, no tiene nada dulce sino hablar de ti, oír de ti, escribir de ti, conversar de ti, frecuentemente revolver tu gloria en mi corazón, para que tu dulce memoria sea entre estos torbellinos algún descanso mío. Por tanto, te invoco, deseado, a ti clamo con gran clamor en todo mi corazón. Y cuando te invoco, ciertamente te invoco en mí mismo; porque de ningún modo existiría, si no estuvieras en mí; y si yo no estuviera en ti, no estarías en mí. Estás en mí, porque permaneces en mi memoria; de ella te conocí, y en ella te encuentro, cuando me acuerdo de ti, y me deleito en ti de ti, de quien todo, por quien todo, y en quien todo.

Tú, Señor, llenas el cielo y la tierra, sosteniendo todo sin carga, llenando todo sin inclusión. Siempre actuando, siempre en reposo. Reuniendo y no necesitando. Buscando cuando nada te falta. Amando, sin arder; celando, y seguro estás. Te arrepientes, y no te duele. Te enojas, estás tranquilo. Cambias las obras, pero no cambias el consejo. Recibes lo que encuentras, y nunca lo perdiste. Nunca indigente, y te alegras con las ganancias. Nunca avaro, y exiges intereses. Das en exceso a quien no debes, o siempre se te da en exceso para que debas. ¿Y quién tiene algo que no sea tuyo? Devuelves deudas, sin deber a nadie. Perdonas deudas, sin perder nada. Que estás en todas partes, y en todas partes entero. Que puedes ser sentido, y no puedes ser visto. Que en ninguna parte faltas, y sin embargo estás lejos de los pensamientos de los inicuos. Que ni siquiera allí faltas, donde estás lejos; porque donde no estás por gracia, estás por venganza. Que en todas partes estás presente, y apenas puedes ser encontrado. A quien seguimos estando de pie, y no podemos alcanzar. Que sostienes todo, llenas todo, abarcas todo, superas todo, sostienes todo. Que enseñas a los corazones de los fieles sin ruido de palabras. Que no te extiendes en lugares, ni te varías en tiempos, ni tienes accesos y retiros. Que habitas la luz inaccesible, a quien ningún hombre ha visto ni puede ver (1 Timoteo 6, 16). Permaneciendo en ti quieto, recorres todo por todas partes. No puedes ser dividido ni separado, porque verdaderamente eres uno; ni te haces en partes, sino que entero sostienes todo, llenas todo, iluminas y posees todo.

Si todos los libros llenaran el mundo, tu sabiduría inenarrable no podría ser narrada. Porque eres indescriptible, de ninguna manera puedes ser escrito ni contenido. Tú eres la fuente de la luz divina y el sol de la claridad eterna. Eres grande sin cantidad, y por eso inmenso. Bueno sin cualidad, y por eso verdaderamente y sumamente bueno; y nadie es bueno sino tú solo. Cuya voluntad es obra, cuyo querer es poder. Tú que creaste todo de la nada, lo hiciste solo con tu voluntad. Tú que posees toda tu creación sin ninguna necesidad, y la gobiernas sin esfuerzo, y la diriges sin cansancio, y no hay nada que perturbe el orden de tu imperio, ni en lo alto ni en lo bajo. Tú que estás en todos los lugares sin estar en un lugar, y contienes todo sin límite, y estás presente en todas partes sin posición ni movimiento. Tú que no eres autor del mal, lo cual no puedes hacer. Tú que todo lo puedes, y nunca te has arrepentido de haber hecho algo. Por cuya bondad fuimos hechos, y por cuya justicia pagamos penas, y por cuya clemencia somos liberados. Cuya omnipotencia gobierna, dirige y llena todo lo que ha creado. No decimos que llenas todo para que te contengan; sino que más bien son contenidas por ti. No llenas todo en partes, ni debe pensarse de ninguna manera que cada cosa te recibe según la magnitud de su porción, es decir, lo más grande más, lo más pequeño menos, ya que tú eres todo en todo, y todo en ti. Cuya omnipotencia todo lo abarca, y nadie podrá encontrar un camino para escapar de tu poder. Porque quien no te tiene a ti aplacado, de ninguna manera escapará de ti enojado.

II. Te invoco, pues, Dios clementísimo, en mi alma, que preparas para recibirte, por el deseo que inspiras en ella. Entra, te ruego, en ella, y adáptala a ti, para que poseas a la que hiciste y rehiciste; para que te tenga como un sello sobre mi corazón. Te ruego, piadosísimo, no abandones al que te invoca; porque antes de que te invocara, me llamaste y buscaste, para que yo, tu siervo, te buscara, encontrándote al buscar, y amándote al encontrarte. Te busqué y te encontré, Señor, y deseo amarte. Aumenta mi deseo, y da lo que pido; porque si me dieras todo lo que has hecho, no sería suficiente para tu siervo, a menos que te des a ti mismo. Dame, pues, a ti mismo, Dios mío; devuélvete a mí. He aquí que te amo; y si es poco, que te ame más intensamente. Por tu amor, pues, estoy atado, por tu deseo ardo, por tu dulce memoria me deleito. He aquí que mientras mi mente suspira por ti, y medita en tu inefable piedad, la carga de la carne pesa menos, el tumulto de los pensamientos cesa, el peso de la mortalidad y las miserias no embotan como de costumbre, todo calla, todo está en paz. El corazón arde, el alma se regocija, la memoria está alerta, el entendimiento brilla, y todo el espíritu, encendido por el deseo de tu visión, se ve arrebatado por el amor de lo invisible. Que mi espíritu tome alas como las del águila, que vuela y no se canse; que vuela, y llegue hasta la belleza de tu casa, y el trono de tu gloria: y allí, sobre la mesa de la refección de los ciudadanos celestiales, se alimente de tus ojos en el lugar de pasto junto a los ríos más abundantes. Sé tú nuestra exultación, que eres nuestra esperanza, salvación y redención. Sé tú nuestra alegría, que serás nuestra recompensa. Que mi alma te busque siempre, y tú concede que al buscar no desfallezca.

III. ¡Ay del alma miserable! que no busca ni ama a Cristo, permanece árida y miserable. Pierde lo que vive, quien no ama a Dios. Quien se preocupa por vivir no por ti, Señor, no es nada, y es por nada. Quien se niega a vivir para ti, está muerto. Quien no tiene sabiduría para ti, es insensato. Misericordiosísimo, a ti me encomiendo, te devuelvo y concedo, por quien soy, vivo y tengo sabiduría. En ti confío, espero y pongo toda mi esperanza, por quien resucitaré, viviré y descansaré. Te deseo, te amo y te adoro; contigo permaneceré, reinaré y seré feliz. El alma que no te busca ni te ama, ama al mundo, sirve a los pecados y está sujeta a los vicios, nunca descansa, nunca está segura. Que mi mente te sirva siempre, piadosísimo. Que mi peregrinación siempre suspire por ti, que mi corazón arda en amor por ti. Que mi alma descansa en ti, Dios mío, que te contemple en el éxtasis de la mente, que cante tus

alabanzas con júbilo, y que esta sea mi consolación en este exilio. Que mi mente se refugie bajo la sombra de tus alas de los ardores de las preocupaciones de este siglo. Que mi corazón descansa en ti, corazón mar grande, hinchado de olas. Oh rico dador de todos los buenos manjares, Dios, opulentísimo proveedor de la saciedad celestial, da alimento al cansado, recoge al disperso, libera al cautivo y restaura al desgarrado. He aquí que está a la puerta y llama. Te ruego por las entrañas de tu misericordia, con las que nos visitó el sol naciente desde lo alto (Luc. I, 78), ordena que se abra al miserable que llama, para que entre con pasos libres hacia ti, y descansa en ti, y se alimente de ti con el pan celestial: porque tú eres el pan y la fuente de vida, tú la luz de la claridad eterna, tú todo de lo que viven los justos que te aman.

IV. Dios, luz de los corazones que te ven, y vida de las almas que te aman, y fuerza de los pensamientos que te buscan, concede que me adhiera a tu santo amor. Ven, te ruego, a mi corazón, y embriégalo con la abundancia de tu placer, para que olvide estas cosas temporales. Me avergüenza y me pesa sufrir tales cosas como las que hace este mundo. Me entristece lo que veo, me pesa todo lo que oigo de lo transitorio. Ayúdame, Señor Dios mío, y da alegría a mi corazón, ven a mí para que te vea. Pero es estrecha la casa de mi alma, hasta que vengas a ella, y sea ensanchada por ti. Está en ruinas, repárala. Tiene muchas cosas que ofenden tus ojos, lo confieso y lo sé; pero ¿quién la limpiará, o a quién más que a ti clamaré? Límpiame de mis ocultos, Señor, y de los ajenos perdona a tu siervo. (Sal. XVIII, 13.) Hazme, dulce Cristo, buen Jesús, hazme, te ruego, por amor y deseo de ti, dejar la carga de los deseos carnales y de las concupiscencias terrenales. Que el alma domine a la carne, la razón al alma, tu gracia a la razón, y sométame interior y exteriormente a tu voluntad. Concédeme que te alabe mi corazón, y mi lengua, y todos mis huesos. Ensancha mi mente, y eleva la mirada de mi corazón, para que al menos con rápida meditación mi espíritu te alcance, sabiduría eterna que permaneces sobre todo. Libérame, te ruego, de las cadenas que me tienen atado, para que dejando todas estas cosas me apresure hacia ti, me adhiera solo a ti, me dirija solo a ti.

229 V. Feliz el alma, que liberada del cárcel terrenal busca libre el cielo, que ve a ti, dulcísimo Señor, cara a cara, que no es afectada por el miedo a la muerte, sino que se alegra de la incorruptibilidad de la gloria perpetua. Está tranquila y segura, ya no teme al enemigo ni a la muerte. Tiene a ti, piadoso Señor, a quien buscó durante mucho tiempo, y siempre amó, unida a los coros himnodicos, canta eternamente los cánticos melifluos de la festividad perpetua en alabanza de tu gloria, Rey Cristo buen Jesús. Se embriaga de la abundancia de tu casa, y la sacias con el torrente de tu placer (Sal. XXXV, 9). Feliz sociedad de los ciudadanos celestiales, y gloriosa solemnidad de todos los que regresan a ti desde el triste trabajo de nuestra peregrinación a la amenidad de la belleza, a la hermosura de todo esplendor, y a la dignidad de toda elegancia, donde te ven continuamente, Señor, tus ciudadanos. Nada que perturbe la mente se permite escuchar allí. ¿Qué cánticos? ¿Qué órganos? ¿Qué canciones? ¿Qué melodías se cantan allí sin fin? Siempre resuenan allí los órganos melifluos de los himnos, la suavísima melodía de los ángeles, los cánticos de los cánticos maravillosos, que se cantan en alabanza y gloria tuya por los ciudadanos celestiales. La amargura y toda aspereza de hiel no tienen lugar en tu región. No hay allí malvado ni malicia. No hay adversario ni atacante, ni hay ninguna tentación de pecado. No hay allí necesidad, ni deshonra, ni riña, ni reproche, ni acusación, ni miedo, ni inquietud, ni pena, ni duda, ni violencia, ni discordia; sino que hay allí paz suprema, caridad plena, júbilo y alabanza eterna a Dios, descanso seguro sin fin, y alegría siempre en el Espíritu Santo. Oh, cuán afortunado seré, si escucho los cánticos más agradables de tus ciudadanos, los cánticos melifluos que proclaman con el debido honor alabanzas a la Santísima Trinidad. Pero también seré sumamente feliz, si yo mismo merezco cantar el cántico al Señor Jesucristo, de los dulces cánticos de Sion.

VI. Oh vida vital, vida sempiterna y eternamente bienaventurada! donde hay alegría sin tristeza, descanso sin trabajo, dignidad sin temor, riquezas sin pérdida, salud sin enfermedad, abundancia sin deficiencia, vida sin muerte, perpetuidad sin corrupción, bienaventuranza sin calamidad, donde todos los bienes están en caridad perfecta, donde la apariencia y la visión cara a cara, donde el conocimiento pleno en todo y por todo, donde se ve la suma bondad de Dios y la luz que ilumina es glorificada por los santos, donde se contempla la majestad presente de Dios, y con este alimento de vida sin defecto se sacia la mente de los que contemplan; siempre ven, y desean ver, desean sin ansiedad, y se sacian sin hastío; donde el verdadero Sol de justicia con la visión maravillosa de su belleza restaura a todos, e ilumina a todos los ciudadanos de la patria celestial para que ellos mismos brillen, luz iluminada por Dios, luz que ilumina más allá de todo el esplendor de nuestro sol, y de toda la claridad de las estrellas, adheridos a la deidad inmortal, y por ello hechos inmortales e incorruptibles, según la promesa del Señor Salvador: Padre, los que me diste, quiero que donde yo estoy, ellos también estén conmigo: para que vean mi gloria, para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, y ellos en nosotros sean uno (Job XVII, 22-24).

VII. El reino de los cielos, reino felicísimo, reino sin muerte, y sin fin, al que no suceden tiempos a través de la eternidad, donde el día continuo sin noche no conoce tener tiempo, donde el soldado victorioso después del trabajo es colmado de dones inefables.

Noble cabeza perpetua abrazada por la corona. Ojalá, liberado del peso de los pecados, la divina piedad me ordenara, el último de los siervos de Cristo, dejar esta carga de carne, para que, descansando en los gozos eternos de su ciudad, participara en los coros santísimos de los celestiales, asistiera con los espíritus beatísimos a la gloria del Creador, viera el rostro presente de Dios, no fuera tocado por el miedo a la muerte, me alegrara seguro de la incorruptibilidad de la inmortalidad perpetua, y unido al que todo lo sabe, perdiera toda ceguera de ignorancia, despreciara todas las cosas terrenales, no me dignara mirar o recordar más este valle de lágrimas, donde la vida es laboriosa, vida corruptible, vida llena de toda amargura, vida señora de los males, sierva de los infiernos, que los humores hinchan, los dolores debilitan, los ardores secan, los aires enferman, las comidas influyen, los ayunos debilitan, las diversiones disuelven, las tristezas consumen, la preocupación constriñe, la seguridad embota, las riquezas jactan, la pobreza abate, la juventud exalta, la vejez encorva, la enfermedad quiebra, el dolor deprime, el diablo acecha, el mundo adula, la carne se deleita, el alma se ciega, ¡todo el hombre se turba! Y a todos estos males les sigue la muerte furibunda, y así pone fin a los vanos gozos, que cuando han dejado de ser, ni siquiera se piensa que hayan sido.

Pero, ¿qué alabanzas, qué acciones de gracias podemos ofrecerte, nuestro Dios, que incluso entre estas tantas miserias de nuestra mortalidad no dejas de consolarnos con la maravillosa visita de tu gracia? He aquí que yo, miserable, lleno de muchas tristezas, mientras temo el fin de mi vida, mientras considero mis pecados, mientras temo tu juicio, mientras pienso en la hora de la muerte, mientras temo los castigos del infierno, mientras ignoro con qué severidad y examen serán pesadas mis obras por ti, mientras no sé en absoluto con qué fin las concluiré, y mientras reflexiono en mi corazón sobre estas y muchas otras cosas, vienes a consolarme con tu acostumbrada piedad, Señor Dios, y entre estas quejas, y llantos excesivos y profundos suspiros del corazón, tomas mi mente triste y ansiosa sobre las altas cumbres de los montes hasta los jardines de los aromas, y me colocas en el lugar de pasto junto a los arroyos de dulces aguas, donde preparas ante mí una mesa de múltiple disposición, que repose el espíritu fatigado, y alegre el corazón triste, con las cuales finalmente, reconfortado por estas delicias, y olvidado de mis muchas miserias, elevado sobre la altura de la tierra, en ti descanso en verdadera paz.

MEDITACIÓN XV. De la memoria de los beneficios pasados de Cristo, de la experiencia de los presentes, y de la expectativa de los futuros.

230 Lo que excita al amor de Dios, nadie debe cansarse de escucharlo; se lee en el Evangelio que dos hermanas amaron vehementemente al Señor, y aunque ambas amaron a Dios y al prójimo, especialmente Marta se ocupaba en el servicio de los prójimos, mientras que María bebía del divino manantial del amor (Luc. X, 39-42). A la verdadera devoción a Dios pertenecen dos cosas: el afecto de la mente y el afecto de la obra. Y esta obra, en el ejercicio de las virtudes; el afecto de la mente, en la dulzura del gusto espiritual. El ejercicio de las virtudes se recomienda en un modo de vida cierto, en ayunos, en vigiliias, en obra, en lectura, en oración, en silencio, en pobreza, y otras cosas semejantes; el afecto se nutre con la meditación saludable. Por tanto, para que ese dulcísimo amor de Jesús crezca en tu afecto, necesitas una triple meditación, sobre lo pasado, lo presente y lo futuro, es decir, sobre el recuerdo de lo pasado, la experiencia de lo presente, la consideración de lo futuro. Cuando tu mente esté libre del tumulto de los pensamientos, purificada por el ejercicio de las virtudes, vuelve ya los ojos purificados hacia lo pasado, y primero, con la bienaventurada María, entra en la habitación de los libros, donde se profetiza el parto de la Virgen y la venida de Cristo. Allí espera la llegada del ángel, para que veas entrar, oigas saludar, para que así, llena de asombro y éxtasis, saludes a tu dulcísima María, tu señora, con el ángel que saluda, clamando y diciendo: Ave, María (Luc. I, 27), etc. Repitiendo esto con frecuencia, contempla y admira al Señor, que llena la tierra y el cielo, encerrado en las entrañas de una sola doncella, a quien el Padre santificó, el Hijo fecundó, el Espíritu Santo cubrió. Oh dulce señora, cuánta dulzura te embriagaba, qué fuego de amor te encendía, cuando sentías en tu mente y en tu vientre la presencia de tanta majestad, cuando de tu carne tomaba carne para sí, y los miembros en los que habitaba corporalmente toda la plenitud de la divinidad (Col. II, 9), los adaptaba de tus santos miembros. Todo esto por ti, oh virgen, para que ames a la Virgen, a quien has propuesto imitar, y al Hijo de la Virgen, a quien te has desposado.

Ahora, con tu dulcísima Señora, sube a las montañas, contempla el abrazo de la estéril y la Virgen, y el oficio de la salutación, en el que el siervo al Señor, el heraldo al Juez, la voz al Verbo, dentro de las entrañas ancianas encerrado en el vientre de la Virgen, lo reconoció y saludó con un gozo indescriptible. Benditos los vientres, en los que nace el Salvador de todo el mundo, y disipadas las tinieblas de la tristeza, se profetiza la alegría eterna. Corre, te ruego, corre, únete a tan grandes alegrías, prostérnate a los pies de ambos, y en el vientre de uno abraza a tu esposo, y en el vientre del otro venera a su amigo. De aquí, con toda devoción, acompaña a la Madre a Belén, y entrando en el hospedaje, asiste con ella, y sirve a la que da a luz; y colocado en el pesebre el niño, estalla en voz de júbilo, clamando con Isaías: Un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado (Isa. IX, 7), y abraza ese dulce pesebre. Que el amor mitigue la vergüenza, que el afecto disipe el temor, para que fijes tus labios en los santísimos pies, y beses las rodillas. Luego, medita en las vigiliias de los pastores, admira el ejército de los ángeles, interpón tus oraciones en la melodía celestial, cantando con el corazón y la boca: Gloria a Dios en las alturas (Luc. II, 14).

No pases por alto en tu meditación los dones de los Magos, ni dejes sin compañía al que huye a Egipto. Que el ojo de la devoción contemple al niño Jesús dulcemente succionando los dulces pechos de la gloriosa Virgen madre, y tratando las mamas maternas a la manera filial, sonriendo a su madre. ¿Qué hay más agradable a la vista? ¿Qué más deleitable? Mira a aquel que es inmenso, colgando de los brazos pequeños al cuello materno, y di: Soy feliz, y más feliz aún, mientras veo a aquel que los reyes desearon ver, y no vieron (Mat. XIII, 17). Digno es de ser visto quien es hermoso en forma más que los hijos de los hombres (Sal. XLIV, 3).

Piensa, y vuelve a pensar con qué ánimo y qué pensamiento estaba aquella dulcísima Madre suya, cuando exultante y alegre sostenía en sus brazos a aquel Señor tan grande y tan pequeño, cuando con frecuentes besos se alegraba con él como con un infante juguetero, cuando lo consolaba llorando sobre sus rodillas, con las modulaciones que podía, cuando finalmente con otros y otros cuidados, a los que la misma piedad materna lo instruía, le acariciaba con esmero por las vicisitudes de las cualidades. Se dice que fue capturado por ladrones en el camino, y liberado por el beneficio de un joven. Era este, según dicen, hijo del príncipe de los ladrones, quien al haber obtenido el botín, al ver al niño en el regazo de su madre, tanta majestad de esplendor apareció en su rostro hermosísimo que, no dudando de que era más que humano, encendido de amor lo abrazó y dijo: Oh, bienaventurado de los niños, si alguna vez se me ofrece otra oportunidad de misericordia, entonces acuérdate de mí, y no olvides este tiempo. Se dice que este fue el ladrón que, crucificado a la derecha de Dios, reprendió al otro que blasfemaba diciendo: ¿Ni tú temes a Dios? (Juan XXIII, 40), etc., y vuelto al Señor, mirando en él la majestad que apareció en el niño, no olvidando su pacto, dijo: Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino (ibid., 42). Por tanto, para el incentivo del amor, no considero inútil usar esta opinión, eliminando toda temeridad de afirmación.

Además, ¿no crees que te aportará dulzura contemplar al niño en Nazaret entre otros niños, verlo obediente a su madre, asistiendo a su padre en el trabajo? ¿Qué tal si lo buscas a los doce años subiendo a Jerusalén con sus padres, y al regresar ellos, sin saberlo, permanece en la ciudad durante tres días mientras su madre lo busca? ¡Cuántas lágrimas fluirán cuando escuches a la Madre reprender dulcemente a su Hijo: Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? (Luc. II, 48).

Si te deleita seguir al Esposo virgen dondequiera que vaya (Apoc. XIV, 4), investiga sus aspectos más altos y secretos, para que en el río Jordán escuches la voz del Padre, veas al Hijo en la carne y al Espíritu Santo en forma de paloma. Allí, invitada a las bodas espirituales, recibes al Esposo dado por el Padre, la purificación del Hijo, y la prenda de amor del Espíritu Santo. Desde entonces, el amadísimo Jesús te dedicó los secretos de la soledad y te santificó el ayuno que debes emprender, enseñándote el conflicto con el astuto enemigo. Observa cuidadosamente cómo se hicieron estas cosas por ti y de qué manera se hicieron. Ama a quien las hizo e imita lo que se hizo.

Recuerda ahora a la mujer sorprendida en adulterio, y lo que hizo y dijo Jesús cuando fue solicitado para dar sentencia. Bajó la mirada a la tierra, para no avergonzarse demasiado a la acusada al mirarla. Pues al escribir en la tierra, reveló que ellos eran terrenales, no celestiales, y dijo: El que de vosotros esté sin pecado, sea el primero en arrojar la piedra contra ella (Juan VIII, 7). ¡Oh admirable e inextinguible bondad de Cristo! Observa cómo, pudiendo condenarla justamente, la liberó con piedad y cautela. Cuando todos se retiraron por la sentencia y fueron expulsados del templo, imagina con qué ojos piadosos la miró, con qué voz dulce y suave pronunció su absolución. Supón que suspiró, que lloró, al decir: ¿Nadie te ha condenado, mujer? (ibid., 10), etc. Feliz, por así decirlo, esta mujer adúltera, que es absuelta de lo pasado y se siente segura de lo futuro. Buen Jesús, si tú dices, ni yo te condeno (ibid., 11), ¿quién condenará? Dios es quien justifica, ¿quién es el que condenará? (Rom. VIII, 33, 34). Que se escuche de ahora en adelante tu voz, Ve, y no peques más (Juan VIII, 11).

Ahora entra en la casa del fariseo, observa a tu Señor reclinado allí, acércate con la bendita pecadora a sus pies, lávalos con lágrimas, sécalos con tus cabellos, bésalos, úntalos con

ungüentos. ¿No te sientes ya impregnado del sagrado aroma de ese líquido? Si aún te niega sus pies, insiste, ora, y levanta tus ojos cargados de lágrimas, y con tus suspiros y gemidos inenarrables, arranca lo que pides. Lucha con él, como Jacob (Gen. XXXII, 24), para que él mismo se regocije de ser vencido. A veces parecerá que aparta sus ojos, que cierra sus oídos, que esconde sus pies deseados. Sin embargo, insiste a tiempo y a destiempo (II Tim. IV, 2), clama: ¿Hasta cuándo clamaré, y no escucharás? (Hab. I, 2). Devuélveme, buen Jesús, la alegría de tu salvación (Sal. L, 14); porque mi corazón te ha dicho, busqué tu rostro, tu rostro buscaré (Sal. XXVI, 8). Ciertamente no negará sus pies a la virgen, a quien los ofreció para ser besados por la pecadora.

Pero tampoco pasarás por alto aquella casa, donde el paralítico es bajado ante sus pies a través de las tejas, donde la piedad y el poder se encuentran. Hijo, dice, se te perdonan tus pecados (Mat. IX, 2). ¡Oh admirable clemencia! ¡Oh indescriptible misericordia! Recibió felizmente el perdón de sus pecados, que no pedía, que no precedió confesión, ni mereció satisfacción, ni exigía contrición. Pedía la salud del cuerpo, no del alma, y recibió la salud del cuerpo y del alma. En verdad, Señor, la vida está en tu voluntad; si decides salvarnos, nadie podrá impedirlo. Si decides otra cosa, no hay quien se atreva a decir: ¿Por qué haces esto? Fariseo, ¿por qué murmuras? ¿Es tu ojo malo porque él es bueno? (Mat. IX, 15). Ciertamente tiene misericordia de quien quiere (Rom. IX, 18); lloremos y oremos para que quiera. Que la oración se enriquezca con buenas obras, que aumente la devoción, que se despierte el amor. Levántense manos puras en oración, que no han sido manchadas por la sangre de la impureza, ni tocadas por el contacto ilícito, ni irritadas por la avaricia; levántese también el corazón sin ira ni disputa, que la tranquilidad ha calmado, y la paz ha compuesto, la pureza de conciencia ha lavado. Pero nada de esto se lee que el paralítico haya anticipado, quien sin embargo se lee que mereció el perdón de todos sus pecados. Esta es la inefable virtud de su misericordia, a la que es blasfemo denigrar, y también es muy necio presumir de ella. Puede decir eficazmente a quien quiera lo mismo que dijo al paralítico: Se te perdonan tus pecados (Mat. IX, 5). Pero quienquiera que espere que esto se le diga sin su propio esfuerzo, o contrición, o confesión, o incluso oración, nunca se le perdonarán los pecados.

Pero hay que salir de aquí y llegar a Betania, donde los lazos sagrados de la amistad son consagrados por la autoridad del Señor. Pues Jesús amaba a Marta, a María y a Lázaro (Juan XI, 5). Nadie duda que esto se dijo por el privilegio especial de amistad, al que se adherían con un afecto más familiar. Son testigos aquellas dulces lágrimas con las que lloró junto a los que lloraban, que todo el pueblo interpretaba como una señal de amor. Mirad, decían, cómo lo amaba (Juan XI, 36). Y he aquí que le hacen una cena allí, y Marta servía; Lázaro era uno de los que estaban a la mesa. María tomó un frasco de ungüento (Juan XII, 2, 3), etc. Alégrate, te lo ruego, de estar presente en este banquete. Distingue los oficios de cada uno. Marta servía, Lázaro estaba a la mesa, María ungió. Esto último es tuyo; rompe allí el frasco de tu corazón, y todo lo que tengas de devoción, de amor, de deseo, de afecto, derrámalo sobre la cabeza de tu Esposo, adorando al Dios en el hombre, y al hombre en Dios. Si el traidor murmura, si envidia, si llama perdición a la devoción, no te preocupes. ¿Por qué, dice, esta perdición? Este ungüento podría haberse vendido por mucho (Marcos XIV, 4), etc. El fariseo murmura envidiando al penitente, Judas murmura envidiando la efusión del ungüento. Pero el Juez no acepta la acusación, absuelve al acusado. Dejádla, dice, ha hecho una buena obra (ibid., 6), etc. Que Marta trabaje, que sirva, que prepare hospedaje al peregrino, comida al hambriento, bebida al sediento, ropa al desnudo. Yo solo soy de María y ella es mía. Ella ofrece todo lo que tiene; de mí espere todo lo que desea. ¿Qué? ¿Aconsejas a María que deje los pies que besa dulcemente, que aparte los ojos de ese rostro bellísimo que contempla, que retire el oído de su dulce palabra que la alimenta?

Pero ya levantémonos y vayamos de aquí. ¿A dónde? preguntas. Ciertamente para acompañar al Señor del cielo y de la tierra montado en un asno, y asombrado de lo que se hace por ti, únete a las alabanzas de los pequeños, clamando y diciendo: ¡Hosanna al hijo de David! (Mat. XXI, 9), etc.

Ahora sube con él al gran cenáculo, preparado (Marcos XIV, 15), y alégrate de participar en las delicias de la cena de salvación. Que el amor venza la vergüenza, que el afecto excluya el temor, para que al menos de las migajas de esa mesa te ofrezca limosna como mendigo. O al menos quédate a lo lejos, y como un pobre mirando a un rico, extiende la mano para recibir algo, muestra tu hambre con lágrimas. Pero cuando, levantándose de la cena, se ciña con una toalla y eche agua en un recipiente (Juan XIII, 4, 5), piensa qué majestad, qué poder lava y seca los pies de los hombres, qué bondad toca con sus manos sagradas los pies del traidor. Observa y espera, y al último de todos ofrécele tus pies para que los lave, porque quien no sea lavado por él, no tendrá parte con él (ibid., 8). ¿Por qué te apresuras a salir ahora? Espera un poco. ¿Ves quién es, te pregunto, el que se recostó sobre su pecho (ibid., 25), y reclina su cabeza en su seno? Feliz, quienquiera que sea. ¡Oh ciertamente ya lo veo! Su nombre es Juan. ¡Oh Juan, qué dulzura, qué gracia y suavidad, qué luz y devoción extraías de esa fuente! Allí ciertamente están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento (Col. II, 3). Allí está la fuente de misericordia, allí el hogar de la piedad, allí el panal de eterna dulzura. ¿De dónde te vienen, oh Juan, todas estas cosas? ¿Acaso eres más sublime que Pedro, más santo que Andrés, o ciertamente más favorecido que todos los apóstoles? Este es un privilegio especial de la virginidad, porque eres virgen, elegido por el Señor, y entre los demás más amado. Ahora regocíjate, virgen, acércate más, y no tardes en reclamar alguna porción de esta dulzura; si no puedes lo mejor, deja a Juan el pecho, donde se embriaga con el vino de la alegría en la contemplación de la divinidad; tú corre a los pechos de la humanidad y exprime la leche para nutrirte. Mientras tanto, cuando en esa santísima oración encomiende a los discípulos al Padre diciendo: Padre, guárdalos en tu nombre (Juan XVII, 11), inclina tu cabeza, para que merezcas escuchar: Quiero que donde yo estoy, ellos también estén conmigo (ibid., 24).

Es bueno para ti estar aquí, pero hay que salir. Él mismo irá al monte de los Olivos, síguelo. Y aunque se retire en secreto con Pedro y los dos hijos de Zebedeo, al menos desde lejos observa cómo asumió nuestra necesidad. Mira cómo aquel a quien pertenecen todas las cosas, comenzó a temer y a angustiarse. Mi alma está triste, dice (Mat. XXVI, 38), etc. ¿De dónde viene esto, Dios mío? Te compadeces de mí mostrando al hombre, de modo que pareces no saber que eres Dios. Postrado en el suelo oras, y su sudor se convirtió (Luc. XXII, 44), etc. ¿Por qué te detienes? Corre, y lame esas dulcísimas gotas, y lame el polvo de sus pies. No duermas con Pedro, para que no merezcas escuchar: ¿Así que no pudisteis velar una hora conmigo? (Mat. XXVI, 40).

Pero he aquí que ya el traidor avanza seguido por la turba de impíos, y al ofrecerle Judas un beso, le ponen las manos a Jesús, lo atan, y atan con cadenas esas dulces manos. ¿Quién puede soportarlo? Lo sé, ahora la piedad ocupa tu corazón, el celo inflama todas tus entrañas. Deja, te ruego, que sufra quien sufre por ti. ¿Por qué deseas la espada? ¿Por qué te enojas? ¿Por qué te indignas? Si, como Pedro, cortas la oreja de alguien, si con la espada le quitas el brazo, si le cortas el pie, él restaurará todo. Incluso si matas a alguien, sin duda lo resucitará. Más bien, síguelo hasta el atrio del sumo sacerdote, y lava con lágrimas su bellissimo rostro que cubren de escupitajos. Observa con qué ojos piadosos, con cuánta misericordia, con cuánta eficacia miró a Pedro que lo negó tres veces, cuando él se volvió y lloró amargamente. Ojalá, buen Jesús, tu dulce mirada me contemple, que tantas veces te he negado con las malas obras y afectos a la voz de mi atrevida sirvienta, es decir, mi carne. Pero ya, al amanecer, es

entregado a Pilato, allí es acusado, y calla, porque como oveja fue llevado al matadero (Isa. LIII, 7; Hech. VIII, 32). Mira, observa cómo está ante el gobernador con la cabeza inclinada, los ojos bajos, el rostro apacible, el habla rara, dispuesto a los oprobios, pronto a los azotes. Lo sé, no podrás soportar más, ni ver con tus ojos su dulcísima espalda ser azotada, ni su rostro ser golpeado, ni su tierna cabeza ser coronada de espinas, ni su diestra, que gobierna el cielo y la tierra, ser deshonrada con una caña. He aquí que es sacado, azotado, llevando la corona de espinas y el manto púrpura, y Pilato dice: He aquí el hombre (Juan XIX, 5). En verdad es hombre, ¿quién lo duda? Son testigos las llagas de las varas, el livor de las heridas, la fealdad de los escupitajos. Ahora reconócelo, Zabule, es hombre. En verdad es hombre, dices. Pero, ¿qué es este hombre, dices? Pero, ¿qué es, que en tantas injurias no se enoja como hombre, no se mueve como hombre, no se indigna con sus torturadores como hombre? Por lo tanto, es más que hombre. Pero, ¿quién lo conoce? Ciertamente se le conoce como hombre soportando los juicios de los impíos de la tierra, pero se le conocerá como Dios haciendo juicios. Tarde te diste cuenta, Zabule. ¿Qué te pareció hacer a través de la mujer, para que se le libere? Hablaste tarde. El juez está sentado en el tribunal, la sentencia ha sido pronunciada. Ya llevando su propia cruz es conducido a la muerte. ¡Oh espectáculo! ¿Ves? He aquí que su principado está sobre su hombro (Isa. IX, 6). Esta es la vara de equidad, la vara de su reino. Se le da vino mezclado con hiel, es despojado de sus vestiduras, y se dividen entre los soldados. La túnica no se rasga, sino que pasa por sorteo a uno. Sus dulces manos y pies son perforados con clavos, y extendido en la cruz es colgado entre ladrones. Mediador entre Dios y los hombres, colgando en medio entre el cielo y la tierra, une lo bajo con lo alto, une lo terrenal con lo celestial. El cielo se asombra, la tierra se compadece. ¿Y tú? No es de extrañar si, al entristecerse el sol, tú te entristeces; si al temblar la tierra, tú tiembles; si al romperse las rocas, tu corazón se rompe; si al llorar las mujeres junto a la cruz, tú lloras. En todo esto considera cómo ese dulcísimo pecho mantuvo la tranquilidad de la piedad. No atiende a su propia injuria, no considera su pena, no siente las afrentas. Sino que más bien se compadece de aquellos por quienes sufre; de aquellos por quienes es herido, él cura; él procura la vida de aquellos por quienes es muerto. Con qué dulzura de mente, con qué devoción de espíritu, con qué plenitud de caridad clama: Padre, perdónalos (Luc. XXIII, 34). He aquí, Señor, adorador de tu majestad, no asesino de tu cuerpo; venerador de tu muerte, no burlador de tu pasión; contemplador de tu misericordia, no despreciador de tu debilidad. Que, por tanto, tu dulce humanidad interceda por mí, que tu inefable piedad me recomiende a tu Padre. Di, pues, dulce Señor: Padre, perdónale.

Y tú, virgen, que tienes mayor confianza ante el Hijo de la Virgen que las mujeres que están lejos, acércate a la cruz con la Madre Virgen y el discípulo virgen, y contempla de cerca su rostro cubierto de palidez. ¿Qué, entonces? ¿Verás sin lágrimas las lágrimas de tu amadísima Señora? ¿Permanecerás con los ojos secos mientras su alma es atravesada por la espada del dolor? (Luc. II, 35). ¿Escucharás sin sollozos cuando diga a su Madre: Mujer, he ahí tu hijo; y a Juan: He ahí tu madre? (Juan XIX, 26, 27). De igual manera, cuando encomiende a su Madre al discípulo, prometa el paraíso al ladrón, entonces uno de los soldados perforó su costado con una lanza (ibid., 34). Apresúrate, no te demores, come tu panal con tu miel (Cant. V, 1). Bebe tu vino con tu leche (ibid.). La sangre se convierte en vino para que te embriagues. El agua se transforma en leche para que te nutras. Se han hecho para ti ríos en la roca, heridas en sus miembros, y en la pared de su cuerpo, una caverna. En la que, como una paloma escondida y besando cada una, de su sangre se harán como cinta escarlata tus labios, y tu palabra dulce (Cant. IV, 3).

Pero aún espera, hasta que venga aquel noble decurión y, sacando los clavos, desate las manos y los pies. Observa cómo con sus felicísimos brazos abraza el cuerpo, y lo estrecha

contra su pecho. Entonces pudo decir aquel santísimo varón: Mi amado es un manojo de mirra (Cant. I, 12), etc. Sigue tú el preciosísimo tesoro del cielo y de la tierra, y ya sea que lleves los pies, o sostengas las manos y los brazos, o al menos recoge cuidadosamente las gotas del preciosísimo sangre que caen poco a poco, y lame el polvo de sus pies. Observa además con cuánta dulzura, con cuánta diligencia el beatísimo Nicodemo trata sus santísimos miembros con sus dedos, los unge con ungüentos, y junto con San José los coloca envueltos en una sábana en el sepulcro (Luc. XIX, 38-42).

No abandones además la compañía de María Magdalena, sino que recuerda visitar con ella el sepulcro del Señor con los aromas preparados. Oh, como ella con los ojos, tú en espíritu merezcas ahora ver al ángel sentado sobre la piedra removida de la entrada del sepulcro (Marcos XVI, 3-5); ahora dentro del sepulcro uno a la cabeza, otro a los pies proclamando la gloria de la resurrección (Juan XX, 12); ahora al mismo Cristo consolando con su dulce mirada y voz a María que llora y está triste, diciendo: María (ibid., 16). Se rompen a esta voz todas las cataratas de la cabeza, se extraen lágrimas de las mismas entrañas, se arrastran sollozos y suspiros desde lo más profundo de las entrañas. María. Oh bienaventurada, ¿qué tenías en mente, qué en el alma, cuando a esta voz te postraste, y devolviendo el saludo al que te saludaba, clamaste, Rabboni? (ibid.) ¿Con qué afecto, con qué deseo, con qué ardor de mente clamaste, Rabboni? Ahora las lágrimas me impiden decir más, cuando el afecto excluye la voz, y el excesivo amor absorbe todos los sentidos del alma y del cuerpo. Pero, oh dulce Jesús, ¿por qué alejas así a la amante de tus sagrados y deseados pies? No me toques, dices (ibid., 17). ¿Por qué, Señor? ¿Por qué no he de tocar esos deseados pies tuyos perforados por mí con clavos, bañados en sangre, no he de tocarlos, ni besarlos? ¿Acaso más enemigo que de costumbre, porque más glorioso? He aquí que no te dejaré, ni me apartaré de ti, no ahorraré lágrimas, mi pecho se romperá con sollozos y suspiros, a menos que toque. Y él dice: No temas. No se te quitará este bien, si se difiere; ve, sin embargo, y anuncia a mis hermanos que he resucitado (ibid.). Corrió rápidamente, deseando volver pronto. Regresa; pero con otras mujeres, a quienes el mismo Jesús, encontrándose con ellas, las levanta con un saludo amable, consuela a las tristes (Mat. XXVIII, 9). Observa: entonces se dio lo que antes se había diferido. Se acercaron y abrazaron sus pies (ibid.). Aquí, mientras puedas, virgen, permanece. Que tu sueño no interrumpa estas delicias, que ningún tumulto exterior las impida. Pero como en esta vida miserable nada es estable, nada es eterno; ni el hombre permanece nunca en el mismo estado, es necesario que nuestra alma, mientras vivimos, se alimente de cierta variedad. Por lo tanto, pasemos del recuerdo de lo pasado a la experiencia de lo presente, para que también de estas cosas entendamos cuánto debemos amar a Dios.

MEDITACIÓN XVI. O segunda parte de la decimoquinta meditación.---De los beneficios presentes de Dios.

233 No considero un pequeño beneficio el que Dios, usando bien del mal de nuestros padres, nos creó de su carne e inspiró en nosotros el aliento de vida, distinguiéndonos de aquellos que fueron abortados y arrojados del vientre, o de los que, asfixiados en las entrañas maternas, parecen haber sido concebidos para el castigo y no para la vida. También nos creó con miembros íntegros y sanos, para que no fuéramos un dolor para nosotros mismos ni un oprobio para los demás. Esto ciertamente es grande. Pero, ¿cómo estimaremos aquello y cuán grande es la bondad de que quiso que naciéramos en el tiempo y entre las personas por las cuales llegamos a su fe y sacramentos? Vemos que a innumerables personas se les ha negado esto, lo que nosotros nos congratulamos de haber recibido, siendo nuestra condición la misma que la de ellos. Ellos fueron abandonados por justicia, nosotros fuimos llamados por gracia. Procedamos considerando que fue un don suyo el que fuéramos educados por padres

cristianos. Que no nos dañó la llama, que el agua no nos absorbió, que no fuimos devorados por el demonio, que no fuimos heridos por bestias, que no fuimos muertos por precipicio, que hasta la edad conveniente fuimos nutridos en su fe y buena voluntad. Hasta aquí hemos recorrido, hermana, aquellas cosas en las que tuvimos una misma condición, los que el mismo padre engendró, y el mismo vientre acogió, las mismas entrañas produjeron.

Ahora, hermana, observa en mí cuán grandes cosas ha hecho Dios por tu alma. Pues dividió entre mí y ti, como entre la luz y las tinieblas, reservándote para sí, dejándome a mí mismo. Dios mío, ¿a dónde fui? ¿a dónde huí? ¿a dónde escapé? Expulsado de tu presencia como Caín, habité en la tierra errante y fugitivo, y cualquiera que me encontrara, me mataría. ¿Qué haría una criatura miserable, abandonada por su Creador? ¿A dónde iría, dónde se escondería la oveja errante despojada de su pastor? Oh hermana, una fiera pésima devoró a tu hermano. En mí, pues, observa cuánto ha hecho quien te conservó ilesa de tal bestia. ¡Cuán miserable soy yo, que perdí mi castidad; tan bienaventurada tú, cuya virginidad protegió la divina misericordia! Cuántas veces tentada, cuántas veces atacada, tu castidad te fue conservada, mientras yo, avanzando voluntariamente en toda clase de torpezas, acumulé para mí materia de fuego para ser quemado, materia de hedor para ser muerto, materia de gusanos para ser corroído. Recuerda, si te place, aquellas mis fealdades por las que llorabas y me reprendías a menudo, niña al niño, mujer al varón. Pero no engaña la Escritura que dice: Nadie puede corregir a quien Dios ha despreciado (Ecles. VII, 14). Oh, cuán digno de ser amado es por ti, quien al rechazarme a mí, te atrajo a ti; y aunque la condición de ambos fuera igual, sin embargo, me despreció a mí, te amó a ti. Recuerda ahora, como dije, mis corrupciones, cuando se elevaba la nube de lujuria de la concupiscencia carnal, y no había quien librara y salvara (Sal. VII, 3). Pues las palabras de los inicuos prevalecieron sobre mí (Sal. LXIV, 4), quienes en el dulce cáliz del amor me ofrecían el veneno de la lujuria. La dulzura de la afeción y la impureza de la codicia, uniéndose en uno, arrastraban mi aún débil edad por los precipicios de los vicios, y me sumergían en el abismo de los delitos. Sobre mí vinieron tu ira e indignación, Dios, y yo no lo sabía. Me alejaba más de ti, y lo permitías. Me lanzaba, me derramaba, y me deslizaba por mis inmundicias, y callabas. Ea, hermana, atiende diligentemente todas estas cosas torpes y nefandas, en las que me precipitó mi libre albedrío; y sabe que en ellas habrías caído, si la misericordia de Cristo no te hubiera guardado. No digo esto como si nada bueno me hubiera concedido, pues, exceptuando lo que dijimos antes que se nos concedió a ambos, con admirable paciencia soportó mis iniquidades. A quien debo que la tierra no me absorbiera, ni el cielo me fulminara, ni los ríos me sumergieran. Pues, ¿cómo soportaría la criatura tal injuria de su Creador, si no contuviera su ímpetu aquel mismo que la creó, quien no quiere la muerte del pecador, sino más bien que se convierta y viva? (Ezequiel XXXIII, 11). A aquello cuánta fue la gracia, que persiguió al fugitivo, halagaba al temeroso, que levantó en esperanza al desesperado, que abrumó con sus beneficios al ingrato, que con el gusto de la dulzura interior, atrajo y sedujo al acostumbrado a las inmundas delectaciones, que disolvió los indisolubles lazos de la mala costumbre, y benignamente acogió al apartado del mundo. Callo muchas y grandes obras de su misericordia hacia mí, para que no parezca que algo de su gloria, que toda es suya, pase a mí. Así también, según la estimación de los hombres, se une la gracia del dador y la felicidad del receptor, que no solo se alaba, porque solo él que dio sería digno de alabanza, sino también aquel que recibe. Pues, ¿quién tiene algo que no haya recibido? Si lo recibió gratuitamente, ¿por qué se le alaba como si lo hubiera merecido? A ti, pues, alabanza, Dios mío, a ti gloria, a ti acción de gracias; a mí, en cambio, confusión de mi rostro (Dan. IX, 7), que tantos males hice, y tantos bienes recibí. ¿Qué, pues, (dices) me recibiste menos? Oh hermana, porque es más feliz aquel cuya nave llena de mercancías y cargada de riquezas el viento llevó íntegra al puerto, que quien, habiendo sufrido naufragio, escapó desnudo de la muerte. Tú, pues, en estas riquezas que la

divina gracia te conservó, te regocijas; a mí me incumbe el mayor trabajo para reparar lo roto, recuperar lo perdido, remendar lo desgarrado. Sin embargo, también quiero que me emules, y pienses que es muy vergonzoso, si después de tantos crímenes en aquella vida se me encuentra igual a ti, cuando a menudo la gloria de la virginidad ciertos vicios intervinientes la disminuyen, y el oprobio de la antigua conservación lo borran la imitación de los modales y las virtudes que suceden a los vicios. Pero ya aquellas cosas, en las que solo tú eres consciente de la bondad divina, observa ahora los dones, con qué rostro alegre Cristo se encontró contigo renunciando al mundo, con qué delicias alimentó al hambriento, qué riquezas de sus misericordias mostró, qué afectos inspiró, con qué cáliz de caridad te embriagó. Pues si al siervo fugitivo y rebelde, solo por su misericordia, lo llamó de vuelta, no lo dejó sin experimentar las consolaciones espirituales; ¿qué dulzura creo que le habrá concedido a la virgen? Si eras tentada, él te sostenía; si vacilabas, él te afirmaba. Cuántas veces el piadoso consolador se acercaba al que se secaba por el miedo; cuántas veces, al que ardía de amor, él mismo se infundía en tus entrañas; cuántas veces, al que cantaba o leía, lo iluminaba con la luz de los sentidos espirituales; cuántas veces, al que oraba, lo arrebatava a un deseo inefable de sí mismo; cuántas veces, apartando tu mente de las cosas terrenales, la transportaba a las delicias celestiales y a las amenidades del paraíso. Revisa todas estas cosas en tu mente, para que todo tu afecto se vuelva hacia él. Que el mundo te parezca vil, que todo amor carnal te sea repugnante, que no sepas que estás en este mundo; porque a aquellos que están en el cielo y viven para Dios, has trasladado tu propósito. Donde está tu tesoro, allí esté también tu corazón (Mat. VI, 21). No incluyas tu mente con las imágenes de plata en tu vil bolsa; porque nunca con el peso de las monedas podrás volar al cielo. Piensa que morirás cada día, y no pienses en el mañana. No te asuste la esterilidad del tiempo futuro, no te deprima el temor del hambre futura, sino que toda tu confianza dependa de aquel que alimenta a las aves, viste a los lirios. Que él sea tu granero, él tu almacén, él tu bolsa, él tus riquezas, él tus delicias; que él solo sea todo para ti en todo. Estas cosas por ahora sean suficientes sobre los presentes.

MEDITACIÓN XVII. O tercera parte de la meditación decimoquinta.---De los beneficios futuros de Dios.

¿Quién, pues, concede a los suyos tanto en el presente como lo que les reserva en el futuro? El principio de las cosas futuras y el fin de las presentes es la muerte. ¿De quién no aborrece la naturaleza? ¿De quién no se espanta el afecto? Pues las bestias, huyendo, en escondites y de mil otras maneras evitan la muerte, protegen la vida. Ahora, atiende diligentemente qué te responde tu conciencia, qué presume la fe, qué promete la esperanza, qué espera el afecto. Si tu vida te es una carga, si el mundo te es fastidioso, si la carne te es dolorosa, ciertamente la muerte es para ti un deseo, que deposita el yugo de esta carga, quita el fastidio, asume el dolor del cuerpo. Esto solo digo que supera a todos los deleites, honores y riquezas de este mundo, si por la serenidad de la conciencia, la firmeza de la fe, la certeza de la esperanza no temes la muerte. Lo cual podrá experimentar especialmente aquel que, suspirando algún tiempo bajo esta servidumbre, ha escapado a auras más libres de conciencia. Estas son las saludables primicias de tu futura bienaventuranza, para que, al sobrevenir la muerte, la fe supere el horror natural, la esperanza lo modere, la conciencia pura lo repela; y de ahí, de algún modo, la muerte es el principio del descanso, la meta de los trabajos, la perentoria de los vicios. Pues está escrito: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor (Apoc. XIV, 13). De donde el profeta, distinguiendo la muerte de los reprobos de la muerte de los elegidos, dice: Todos los reyes durmieron en gloria, cada uno en su casa; pero tú fuiste arrojado de tu sepulcro, como una rama inútil, contaminado y envuelto (Isa. XIV, 18, 19). Durmieron, pues, en gloria aquellos cuya muerte recomienda la buena conciencia, porque

preciosa es a los ojos del Señor la muerte de sus santos (Sal. CXV, 15). Durmieron ciertamente en gloria aquellos a cuya dormición asisten los ángeles, acuden los santos, prestando ayuda a su conciudadano, y brindando consuelo; se oponen a los enemigos, repelen a los que se resisten, refutan a los acusadores, y así, acompañando al alma santa hasta el seno de Abraham, la colocan en un lugar de paz y descanso. No así los impíos, no así, a quienes los espíritus malignos, con instrumentos infernales, arrancan del cuerpo como de un sepulcro hediondo, contaminados de lujuria, envueltos en codicia, los arrojan a los fuegos para ser quemados, a las aves para ser desgarrados, los destinan a los eternos hedores para ser asfixiados. Verdaderamente la esperanza de los justos es alegría; pero la esperanza de los impíos perecerá (Prov. X, 28). Ciertamente, cuál sea aquel descanso, cuál aquella paz, cuál la alegría en el seno de Abraham, qué descanso se promete a aquellos que descansan, y qué alegría se espera, porque la experiencia no lo ha enseñado, el estilo no podrá explicarlo. Los felices esperan hasta que se complete el número de sus hermanos, para que en el día de la resurrección disfruten de la doble vestidura, a saber, del cuerpo y del alma, con perpetua felicidad.

Ahora, contempla el terror de aquel día, cuando las virtudes de los cielos se moverán, los elementos se disolverán por el calor del fuego, se abrirán los infiernos, todas las cosas ocultas se desnudarán; vendrá desde lo alto el Juez airado, su furor ardiente, y como tempestad sus carros (Jer. IV, 13), para dar en ira venganza y devastación en llama de fuego. Bienaventurado el que está preparado para encontrarse con él. ¿Qué será entonces de las almas miserables? ¿Cuán miserables serán entonces, aquellos que ahora la lujuria contamina, la avaricia disipa, la soberbia exalta? Saldrán los ángeles, y separarán a los malos de entre los justos (Mat. XIII, 49), colocando a unos a la derecha, a otros a la izquierda.

Piensa ahora que estás ante el tribunal de Cristo entre ambas compañías, y aún no separado en una parte u otra. Dirige ahora tus ojos a la izquierda del Juez, y contempla aquella miserable multitud. ¿Cuál es allí el horror, cuál la vergüenza, cuál el hedor, cuál el temor, cuál el dolor? Están los miserables e infelices, rechinando los dientes, palpitando con el costado desnudo, horribles de aspecto, deformes de rostro, abatidos por la vergüenza, confundidos por la torpeza y desnudez del cuerpo. Quieren esconderse, y no se les permite; intentan huir, y no se les permite. Si levantan los ojos hacia arriba, el furor del Juez se cierne sobre ellos; si los bajan, el horror del pozo infernal se les presenta. No hay excusa para los crímenes, ni podrá haber alguna causa de juicio injusto contra Dios, cuando lo que se decreta, su propia conciencia no les ocultará que es justo. Observa ahora cuán amado debe ser para ti, quien te predestinó a ser separado de esta sociedad condenada, te separó llamándote, te purificó justificándote.

Vuelve ahora tus ojos a la derecha, y advierte a quienes te insertará glorificándote. ¿Cuál es allí la belleza, cuál el honor, cuál la felicidad, y cuál la seguridad? Algunos elevados en el asiento judicial, otros resplandecientes con la corona del martirio, otros blancos con la flor de la virginidad, otros fecundos en la largueza de las limosnas, otros ilustres por la doctrina y la erudición, se unen en un pacto de caridad. Resplandece para ellos el rostro de Jesús, no terrible, sino amable; no amargo, sino dulce; no aterrador, sino halagador.

Permanece ahora como en medio, sin saber a cuál de estas compañías te asignará la sentencia del Juez. ¡Oh dura expectativa! El temor y el temblor vinieron sobre mí, y me cubrieron las tinieblas (Sal. LIV, 6). Si me asocia con los de la izquierda, no me quejaré de injusticia; si me inscribe con los de la derecha, esto no se debe a mis méritos, sino a su gracia. Verdaderamente, Señor, la vida está en tu voluntad. Ves, pues, cuánto debe extenderse tu alma en su amor, quien, pudiendo haber pronunciado una sentencia injusta sobre ti, prefirió

incluirte entre los justos para salvarte. Ahora piensa que estás unida a aquella santa sociedad, escuchando el decreto de aquella voz: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo (Mat. XXV, 34). De allí, oyendo los miserables la palabra del Señor llena de ira y furor: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno (ibid., 41). Entonces irán estos, dice, al suplicio eterno; pero los justos a la vida eterna (ibid., 46). ¡Oh dura separación! ¡Oh miserable condición! Pues, quitados los impíos para que no vean la gloria de Dios; y a cada uno de los justos, según su grado y mérito, insertados en los órdenes angélicos, se hará aquella gloriosa procesión, precediendo Cristo, nuestra cabeza, y siguiéndole todos sus miembros, y se entregará el reino a Dios Padre, para que él reine en ellos, y ellos en él, recibiendo aquel reino que les fue preparado desde la fundación del mundo, cuyo estado del reino ni siquiera puede ser concebido por nosotros, mucho menos dicho o escrito. Esto sé que no faltará nada de lo que deseas que esté presente.

Por tanto, allí no habrá luto, ni llanto, ni dolor, ni temor. No tristeza, no discordia, no envidia, no tribulación, no tentación, no cambio o corrupción del aire, no sospecha, no ambición, no adulación, no detracción, no enfermedad, no vejez, no muerte, no pobreza, no noche, no tinieblas, no necesidad de comer o beber o dormir, ninguna fatiga. ¿Qué, pues, hay allí de bueno? Donde no hay luto, ni llanto, ni dolor, ni tristeza, ¿qué puede haber sino perfecta alegría? Donde no hay tentación, ni tribulación, ningún cambio de tiempos, ni corrupción del aire, ni calor excesivo, ni invierno áspero, ¿qué puede haber sino una suma templanza de las cosas, y una verdadera y suma tranquilidad de mente y carne? Donde no hay nada que temer, ¿qué puede haber sino suma seguridad? Donde no hay discordia, ni envidia, ¿qué puede haber sino suma y verdadera dilección? Donde no hay deformidad, ¿qué puede haber sino suma y verdadera belleza? Donde no hay pobreza, ¿qué puede haber sino toda plenitud? Donde no hay labor ni fatiga, ¿qué habrá sino suma paz y fortaleza? Donde no hay nada que pese o cargue, ¿qué habrá sino suma felicidad? Donde no se espera vejez, ni se teme enfermedad, ¿qué puede haber sino verdadera salud? Donde no hay noche, ni tinieblas, ¿qué hay sino luz perfecta? Donde la muerte y toda mortalidad han sido absorbidas, ¿qué hay sino vida eterna?

¿Qué más buscamos? Ciertamente, lo que es más excelente que todo esto, a saber, la visión, el conocimiento y el amor del Creador. Se verá en sí mismo, se verá en todas sus criaturas, gobernando todo sin preocupación, sosteniendo todo sin esfuerzo, impartiendo de algún modo a cada uno según su capacidad, sin disminución ni división. Se verá aquel rostro amable y deseable, en el que los ángeles desean mirar: de cuya plenitud, de cuya luz, de cuya suavidad, ¿quién hablará? Se verá al Padre en el Hijo, y al Hijo en el Padre, al Espíritu Santo en ambos. Se verá tal como es, cumplida su promesa que dice: El que me ama, será amado por mi Padre, y yo lo amaré, y me manifestaré a él (Juan XIV, 21). De esta visión procede aquel conocimiento, del cual él mismo dice: Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero (Juan XVII, 3). De estas cosas nacerá tal amor, tal ardor de amor piadoso, tal dulzura de caridad, tal abundancia de gozo, tal vehemencia de deseo, que ni la saciedad impedirá el deseo, ni el deseo impedirá la saciedad. ¿Qué es esto? Ciertamente lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre, lo que Dios ha preparado para los que le aman (I Cor. II, 9).

Estas cosas, hermana, de la memoria de los beneficios pasados de Cristo, de la experiencia de los presentes, de la expectativa de los futuros, he procurado sembrar en ti algunas semillas de meditaciones espirituales, de las cuales surja y crezca más abundantemente el fruto del amor divino: para que la meditación excite el afecto, el afecto engendre el deseo, el deseo arranque lágrimas: para que tus lágrimas sean tu pan de día y de noche (Sal. XLI, 4), hasta que aparezcas en su presencia, y seas recibida por sus abrazos, y digas aquello que está escrito en

los Cantares: Mi amado es mío, y yo soy suya; entre mis pechos morará (Cant. I, 12). Que él mismo te conceda esto, quien vive y reina Dios por los siglos de los siglos. Amén.

MEDITACIÓN XVIII. Acciones de gracias por los beneficios de la divina misericordia y petición de ayuda divina.

Mi esperanza, Cristo Dios, dulce amante de los hombres, Mi luz, mi vida, mi salvación, mi paz y todo el decoro de los tuyos, Todo por cuya salvación quisiste soportar, Carne, cadenas, cruz, herida, muerte y sepulcro. Después de tres días resucitando, vencida la muerte, Visto por los discípulos, reformando los corazones vacilantes, Desde allí, al decimocuarto día, alcanzaste la cima de los cielos, Vives eternamente, ahora y por los siglos reinas.

Tú eres mi Dios vivo, mi Cristo santo, mi Señor piadoso, mi rey grande, mi pastor bueno, mi maestro veraz, mi ayudador oportuno, mi amado bellísimo, mi pan vivo, mi sacerdote eterno, mi guía hacia la patria, mi luz verdadera, mi dulzura santa, mi vida recta, mi sabiduría preclara, mi simplicidad pura, mi concordia pacífica, mi custodia segura, mi porción buena, mi salvación sempiterna, mi misericordia grande, mi paciencia robustísima, mi víctima inmaculada, mi redención santa, mi esperanza firme, mi caridad perfecta, mi resurrección santa, mi vida eterna, mi exultación y mi vida beatísima que permanecerá sin fin. Te imploro, suplico y ruego que completes en mí la obra comenzada de tu misericordia: pues yo, el último de tus siervos, no olvidando los beneficios de tu compasión, que me han sido otorgados a mí, pecador, te doy gracias, porque me hiciste nacer de padres cristianos por tu sola clemencia, y por el agua del santo bautismo y la renovación del Espíritu Santo me liberaste de las cadenas originales, y me agregaste a tus hijos de adopción; ya que me diste la fe recta, y te dignaste siempre aumentarla y confirmarla en mi corazón por la iluminación de tu gracia, y por las enseñanzas de la santa madre Iglesia; te ruego, Señor, y suplicante te pido, que aumentes siempre en mí esta fe, fe verdadera y fe santa, católica y ortodoxa, fe prudentísima e invictísima, adornada con todos los bienes y virtudes, que por el amor obre en mí lo que te agrada; que no pueda ser vencida entre palabras de altercación en tiempo de persecución, o en el día de necesidad y muerte. Fuente y origen de todas las virtudes, dador y conservador de virtudes, Dios, aumenta, te ruego, en mí la fe recta, la esperanza incommovible, la caridad perfecta, la humildad profunda, la paciencia invictísima, la castidad perpetua del cuerpo y del alma. Dame prudencia, justicia, fortaleza y templanza, discreción en todo, y sentido vigilante, para que pueda discernir prudentemente entre el bien y el mal, entre la derecha y la izquierda. Hazme, pues, rico en virtudes sagradas, con las cuales te sirva, por las cuales te agrade en verdad: pues me he hecho amante de su belleza por tu gracia. Dame estas virtudes por el honor y la gloria de tu nombre; únelas a mi fe, para que sean compañeras inseparables durante todo el tiempo de mi vida; por lo cual, te ruego, hazme por tu gracia siempre estable en la fe, y eficaz en toda obra, para que la fe que mi lengua habla y mi mano escrita testifica, mi vida probada con buenas costumbres la confiese.

Te doy gracias, Señor, porque me llenaste de conocimiento, inteligencia, siendo yo un vaso vacío e inútil idiota; y siempre me diste un conocimiento humilde, que edifica. Dame también una elocuencia muy suave y sabia, que no sepa inflarse, y que no se eleve sobre los hermanos por tus bienes. Pon, te ruego, en mi boca palabra de consolación y edificación y exhortación por tu Espíritu Santo, para que pueda exhortar a los buenos a mejores cosas, y a los que caminan adversamente, traerlos de nuevo a la línea de tu rectitud con palabra y ejemplo. Que las palabras que des a tu siervo sean como dardos agudísimos, y flechas ardientes, que penetren e incendien las mentes de los oyentes al temor y amor de ti. Tú, pastor y rector de todos, Cristo Dios, que sin mis méritos, sino por la sola dignación de tu misericordia,

llamaste a mi pequeñez a este oficio pastoral; por ti y tu nombre hazme idóneo para este ministerio, y que gobierne sabiamente tu casa, y en todo pueda pastorear a tu rebaño según tu voluntad. Concede por tu piedad y bondad, que me haga en tu casa una lámpara ardiente y luminosa; concede por el honor y la gloria de tu nombre, que con mucho buen fruto de la sociedad fraterna, merezca llegar a tu gloria: pues para ti no hay nada difícil, nada imposible. Tu querer, hacer; tu voluntad, es obra. Y por eso creo con el corazón, y confieso con la boca (Rom. X, 10) que puedes y quieres cumplir magníficamente esa obra por mí tan pequeño: sé, y estoy seguro de que puedes hacer frutos buenos y grandes de tu rebaño por mí pequeño e insignificante. Pues soy pequeño, y un hombrecillo sin virtud, no teniendo en mí nada que sea útil, o que sea digno de tan gran oficio, por eso desesperando de toda manera de mi pequeñez, no respiro sino en tu sola misericordia.

Pero aunque seas grande en las cosas grandes, más gloriosamente obras grandes en los pequeños. Ciertamente será más dulce y copiosa tu alabanza en la boca de los hombres, cuando por mí tan pequeño te dignes obrar grandes cosas de tu rebaño. Envía, pues, en mi ayuda a tu santo ángel desde los cielos (Sal. XIX, 3), que ayudándome en todo, haga prosperar esta obra en mi mano; de modo que tu nombre bendito sea glorificado en mí, miserable pecador. Rico en misericordia, generoso en dones, que a todos das todo y nada pierdes, dame subsidios celestiales y terrenales para toda suficiencia, para que tenga de dónde pueda pastorear y sustentar a tu rebaño tanto espiritualmente como corporalmente, y recibir a los que vienen en tu nombre sin ninguna vacilación, y al mismo tiempo ordenar y preparar los lugares encomendados para el descanso y la salvación de los hermanos, como conviene y es necesario. Todo esto te pido, Señor Dios nuestro, porque todos nuestros bienes son tus dones. Pues no podemos servirte ni agradarte de otra manera, sino de tu don.

Pero si no está en el consejo de tu eterna voluntad, que hagas por mí de tus ovejas fruto bueno y grande, te ruego y suplicante pido, disuélveme del vínculo de tan gran oficio, de las maneras que te parezca, en el orden que te plazca. Pues tú sabes todo, y puedes todo. ¿Qué hago aquí? ¿Por qué me demoro en estos tumultos, si no voy a hacer por tu gracia algo bueno para la salvación de los hermanos? Te pido dos cosas: una de ellas por tu clemencia no me la niegues. Te ruego por todas tus misericordias, dame tu consuelo celestial en mis muchas tribulaciones. Pues este peso gravísimo, que ha sido impuesto sobre mis hombros, no puedo llevarlo, temo dejarlo: angustias me rodean por todas partes, y no sé qué elegir. Ayudador de todos los que en ti esperan, Dios, no me abandone tu piedad, no me deje tu gracia. A mí que espero en ti, Dios, y que solo confío en tu misericordia, ayúdame; porque sin ti no puedo agradarte. ¿Quién ha esperado en ti, y ha sido abandonado? (Ecli. II, 11.) No se ha oído desde el siglo (Juan IX, 32). Tú eres el mejor Dios de infinita piedad y bondad inmensa, que nunca has acostumbrado a abandonar a los que en ti esperan. Muestra, te ruego, tu misericordia en mí, porque a ti he huido, para que vean los que me odian, y se confundan; porque tú, Señor, me has ayudado y me has consolado (Sal. LXXXIII, 17).

Te doy gracias, Señor, porque me has separado del vano consorcio de este mundo, y me has conducido a tu santo oficio, no por mis méritos, sino por la sola dignación de tu misericordia. Te bendigo, Señor Dios nuestro, que me das, indigno de tus siervos, disfrutar de la sociedad y caridad. Dame descanso, y salud del cuerpo y del alma, y al mismo tiempo oportuna vacación hacia ti. Líbrame de las vanísimas implicaciones de este mundo para el provecho de mi alma, por el honor y la gloria de tu nombre; y porque está escrito: Nadie que milita para Dios se enreda en los negocios seculares (II Tim. II, 4), y de todos los tumultos de las preocupaciones separas las almas que te sirven, para que solo a ti, Señor, vacen día y noche; da ocio fructuoso y espiritual a los que renuncian al mundo, para que con el paladar del corazón gusten y sepan que eres dulce (I Pedro II, 3) y suave, Señor, como tu Escritura advierte, diciendo: Vacad y

ved que yo soy Dios (Sal. LIV, 11). Y en otro lugar: Aprended sabiduría en el tiempo del aceite, y el que se disminuye en la acción la percibirá (Ecli. XXXVIII, 25). Pero también tu santísima sentencia pronunciada por tu piadosa boca nos informa más plenamente, y nos prohíbe totalmente las preocupaciones mundanas, diciendo: No podéis servir a Dios y a las riquezas (Mat. VI, 24; Luc. XVI, 13). Y de nuevo: Nadie que pone su mano en el arado, y mira hacia atrás, es apto para el reino de los cielos (Luc. IX, 62). Y en otro lugar te dignas retirarnos con un ejemplo evidente, diciendo: Acordaos de la mujer de Lot (Luc. XVII, 32).

Te doy gracias, misericordiosísimo Señor, que a mí, miserable y muy negligente pecador desde el principio, y desde la cuna corriendo por casi todos los vicios y pecados, benignamente y pacientemente aún esperas para el arrepentimiento, no queriendo perderme con mis pecados, vicios, culpas y negligencias. Pues si hubieras querido, Señor, hacerme según mis pecados, hace tiempo la tierra debería haberme tragado vivo. Pero te ruego, piadoso Señor, que tu espera en mí no sea vacía, que no sea, Dios no lo quiera, infructuosa. Tú que no quieres la muerte del pecador (Ezequiel XXXIII, 11), dame indulgencia por mis males pasados; concede enmienda de los presentes; y de los futuros otorga continuamente custodia y cautela. Da lugar y espacio para frutos dignos de penitencia (Luc. III, 8). Abre los ojos de mi corazón por tu Espíritu Santo, para que vea y lllore todos mis pecados. Señor, es tiempo aceptable, y los días son de salvación (II Cor. VI, 2). Ten misericordia de mí, Señor, y no me pierdas con mis pecados (Sal. XXV, 9), no reserves mis males para ser castigados en aquella vida futura, en aquellos suplicios infernales, en aquel tremendo juicio tuyo. Por tu gran clemencia desata las cadenas de todos mis pecados, antes de que salga de esta vida. Dame un corazón contrito y humillado, dame la gracia de las lágrimas. Da luz en el corazón, da fuerzas en el cuerpo, para que vea lo que hay que hacer, y para cumplir lo que vea, me fortalezca valientemente todos los días de mi vida. Ten misericordia de mí, Señor, ten misericordia de mí (Sal. LVI, 2). No permitas que esta alma pecadora, por la cual te dignaste nacer de la Virgen, y morir en la cruz; no ordenes, te ruego, que se separe de este cuerpo mortal antes de que me hagas arrepentirme plena y perfectamente, y llorar todos mis pecados que he cometido después del bautismo desde mis mismas cunas, ya sea consciente o inconscientemente, ya sea con soberbia o negligencia; de modo que en el día de mi salida, con todos los amados purificados y las costumbres bien corregidas, seguro y gozoso vea tu dulcísimo y bellísimo rostro con alegría y exultación por tu inmensa misericordia y bondad.

Te doy gracias una y otra vez, omnipotente y misericordioso Cristo, que a mi inmerecida pequeñez por ti, y tu santo nombre, de muchas angustias, tribulaciones, calamidades e infirmitudes; de muchas fosas, lazos, escándalos, y pecados; de muchas insidias de enemigos visibles e invisibles; de muchos males, y gravísimos peligros hasta ahora te has dignado liberar, dirigiendo maravillosamente y misericordiosamente mi vida entre adversidades y prosperidades; de modo que ni las adversidades me derribaron, ni las prosperidades me elevaron. Pues pusiste tu freno en mis mandíbulas, y no me abandonaste completamente en la mano de mi albedrío, teniendo cuidado de mí con piedad paterna, y no permitiendo ser tentado más allá de lo que pueda soportar (I Cor. X, 13). Donde hubo lugar para pecar, a veces no hubo voluntad; o cuando hubo voluntad, no hubo lugar.

Sea, pues, para ti alabanza, sea bendición, sea acción de gracias, Señor Dios mío, por todos tus dones y dádivas, y por todos tus beneficios, que a mi alma y cuerpo concedes, y siempre has concedido desde las mismas cunas, por tu piedad y bondad, no exigiendo mis méritos, sino no obstante mis gravísimos pecados. Pero te ruego, Señor, te ruego que no me dejes ser ingrato a tantos beneficios, e indigno de tantas misericordias. No me sea permitido a mí, ni al diablo, ni al mundo, ni a ninguna cosa, ni a ningún hombre subvertir tus dones en mí, porque todo es frágil lo que intenta oponerse a ti. Pon, te ruego, más y más tu freno en mis

mandíbulas, y arrástrame tras de ti como un animal manso, en nada recalcitrante a tus mandatos, sino con un paso llano y moderado llevándote a ti, mi Señor, y obedeciendo en todo a tu voluntad. Despierta, Señor, mi torpeza con tus estímulos, y hazme buscar tu rostro con todo el corazón y toda la fuerza todos los días de mi vida. Atráeme a ti, fuerza de nuestra salvación, Dios, con el freno de tu poderosa gracia, y no me dejes vagar por mi propia voluntad en mi propio albedrío. No permitas que tu imagen en mí se oscurezca; que si se defiende con tu ayuda, siempre es egregia, noble y clara. Ten misericordia, Señor, de mí, tu siervo miserable e indigno, porque no soy como innumerables y múltiples de tus siervos, que te han servido devotísimamente desde las mismas cunas; no como aquellos que después de públicos delitos, arrepintiéndose, han merecido ser devotos a ti. No soy como algunas mujeres cristianas unidas a hombres que te sirven en actos de misericordia con suma devoción. No soy como muchos de aquellos que a los ojos de los hombres parecen ser inicuos y perversos, pero se comportan de manera muy diferente ante ti: Tú solo conoces los corazones de los hijos de los hombres (II Par. VI, 30). Si algo bueno hago, o haré, por tu gracia concedida, con qué fin lo hago, o con qué severidad se pesa por ti, lo ignoro. Por lo cual, Dios terrible en consejos sobre los hijos de los hombres (Sal. LXV, 5), suplicante y con mucho temor imploro tu santa e inmensa clemencia, para que tú que no quieres que nadie perezca, sino que todos sean salvos (I Tim. II, 4), no me abandones en la mano de mi consejo, ni en el juicio de mi albedrío, ni en el poder o tentación de los demonios, ni en el juicio errante o consejo nocivo de los hombres, sino por tu bondad y piedad, según tu benignísima, que en su disposición no puede ser engañada, providencia, dispón aquí y en todas partes, ahora y siempre, los días de mi vida en tu beneplácito, y dirige por tu Espíritu Santo mi corazón, lengua, y actos según tu voluntad en tu misericordia para que, siendo tú mi guía, mi líder, siempre me esfuerce en pensar, hablar y hacer lo que te agrada, por tu gracia en verdad; y finalmente me conduzcan a la vida eterna, por tu misericordia y donación, que eres el dador de todos los bienes, y que eres Dios bendito con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

MEDITACIÓN XIX. De la dulzura de la divina majestad, y de muchas otras cosas.

I. Admiración de la inefable bondad del Creador, y de la gran miseria del hombre creado.--- Mientras considero qué es Dios, cuán dulce naturaleza, cuán amable, cuán buena, cuán inefable, cuán admirable, cuánto debe ser venerado y adorado por toda criatura, y de nuevo veo y entiendo qué es el hombre, a quien el mismo Dios hizo a su imagen y semejanza, y a quien además creó de tal manera, que así como siempre expresa en sí la imagen de su Creador; así siempre tenga en memoria su voluntad y amor, quien lo creó de tal manera, me maravillo mucho y me asombro de la inestimable bondad de Dios creador, y de la gran miseria del hombre creado.

De la inefable bondad de Dios me maravillo que, siendo él mismo omnipotentísimo y justísimo, permite al hombre vivir siquiera por un momento, a quien quiso crear tan honorable para que así como el mismo hombre fuera más honorable que las demás criaturas, viviera más honorablemente que las demás criaturas siempre según la voluntad de su Creador: y el mismo misérrimo e infelicísimo actúa por el contrario, que, mientras todas las demás criaturas siempre concuerdan con la voluntad de su Creador, él siempre o casi siempre resiste a esa voluntad. De la inmensa miseria del hombre me maravillo cómo tiene el sentido tan perdido, vive casi como una bestia, que no tiene sentido, que alguna vez olvida a su Creador quien no puede olvidarse de sí mismo. Creo que, a menos que esté loco, nunca se olvida de sí mismo; para no entender que es, vive y entiende. Sin embargo, teniendo el hombre todo esto, es de admirar y mucho asombrarse cómo alguna vez olvida a aquel a quien le complació darle todas estas cosas.

II. Cuánto el hombre es amado por el hombre; y por qué Dios debe ser amado más que cualquier hombre.---El hombre, pues, a quien otro hombre le da algún bien en este siglo, a menudo suele amar tan fervientemente a aquel que le hizo este bien, y así se presenta continuamente en su servicio, que si la causa de ese benefactor lo exige, a menudo no teme incurrir en la muerte por él; y sin embargo, ningún bien que el hombre pueda tener en este siglo, o que uno pueda dar a otro, no hay nadie de tan poco sentido que no entienda que no lo retendrá para siempre, sino que, o antes de que le llegue el fin, o si no antes, al menos cuando le llegue el fin, lo dejará.

Lo que Dios concede al hombre en este mundo es de tal naturaleza que nunca lo perderá y nadie se lo podrá quitar, o es de tal manera que, aunque el hombre lo pierda, puede merecer, al final de esta vida presente, estar eternamente con su Creador en una vida bienaventurada. Dios concede al hombre, con frecuencia en este mundo, vivir según la razón y amar a su Creador, como Él mismo lo manda y es justo, obedecer sus mandamientos sin contradicción alguna en todo, y este bien ningún hombre puede quitarlo, a menos que él mismo lo abandone por su propia voluntad. El dinero temporal, quiera o no el hombre, tendrá que dejarlo; pero, mientras lo tenga, si lo distribuye como su Dios lo ha mandado, merecerá así llegar a la vida eterna.

¡Oh inmensa bondad de nuestro Creador! ¡Oh misericordia inestimable! Él, que nunca necesita del hombre, sin embargo, lo creó por su sola bondad, adornándolo con racionalidad al crearlo, para que pudiera ser partícipe de su felicidad y eternidad, y así poseer con Él gozo y alegría perpetua. Aun cuando el hombre le sea contrario en muchas cosas, y haga muchas que le desagradan, sabiendo y queriendo; sin embargo, lo exhorta a que regrese y busque la misericordia de su Creador, y no presuma desesperar por ningún pecado cometido, aunque sea grave. Porque Él es fuente de piedad y misericordia, y desea purificar a todos los que están manchados por cualquier pecado, y devolverles la alegría de la vida eterna.

III. Que Dios hizo todos los bienes, y que solo Él es esencialmente bueno.--- Dulcísimo y suavísimo Jesucristo, que eres el piadoso amante de los hombres y el benignísimo Redentor de los pecadores, que mi alma te adore, que toda mi vida te sirva, que todo mi ser interior te desee. Quiere, piadosísimo Señor, que mi miserable alma piense en ti, contemple tus maravillas, y comprenda cuán bueno y misericordioso eres con los pecadores, para que no, desesperando por mis pecados, quiera alejarme de tu bondad (¡ay, miserable de mí!), para que así, pensando y creyendo en ti, que eres la verdad, pueda alguna vez cesar de mis iniquidades y reformar mi ánimo inclinado a malas obras y pecados para hacer lo correcto.

He aquí que sé, Señor, que todo lo que existe, lo hiciste de la nada; es decir, no existían, y tú los hiciste; pero tú mismo, que los hiciste, siempre has existido, y nunca hubo un momento en que no existieras; siempre has sido bueno, y siempre omnipotente, y por eso todo lo que has hecho, lo hiciste bueno. Tú, que siempre has sido, eres y serás, y no viniste de no ser a ser, como para ti siempre fue ser, así para ti siempre fue bondad y omnipotencia. Y por eso no tienes otra esencia que bondad y omnipotencia; sino que lo que es tu esencia, es también bondad y omnipotencia. Y por eso no puedes ser sino bueno y omnipotente, y todo lo que de ti se dice y se cree de manera similar.

Tú verdaderamente eres, y no hay otro sino tú, y no hay para ti sino un ser, porque no es que ahora eres, ahora no eres, sino que lo que ahora eres, siempre eres. Sin embargo, la criatura, que no siempre fue, sino que vino de no ser a ser por ti y de ti, para quien siempre fue ser, no

tiene la misma esencia que bondad y que potencia; pero cuando es buena, y cuando puede hacer el bien, es buena por ti, y puede hacer el bien por ti, que eres esencialmente bueno y omnipotente. Hiciste toda criatura buena, pero no a toda criatura, aunque sea buena hecha por ti, le diste la razón para entenderte. Y aunque toda criatura te alaba, y proclama que eres su Creador y gobernador; sin embargo, no toda criatura te entiende, sino solo la racional, y la que hiciste a tu imagen y semejanza.

IV. Que toda criatura alaba a su Creador.--- También te alaba aquella criatura a la que no diste el don de la inteligencia, cuando la criatura racional contempla que fue creada por ti, buena y bellamente ordenada; y esto es ser alabado por ella, ser entendido por la criatura racional, es decir, que tú la hiciste buena y bellamente ordenada. La naturaleza humana, que hiciste racional, y aquella naturaleza a la que no diste el don de la inteligencia, las distinguiste de tal manera que la naturaleza humana, para la cual hiciste otra criatura, la dispusiera según tu voluntad, y de ella, concediéndolo tú, tomara el alimento con el que se sustentara.

Pero porque el hombre consta de dos naturalezas, a saber, de alma y carne, el alimento con el que vive según la carne lo toma de la criatura; pero con lo que vive según el alma, lo toma del Creador, aunque ambos vienen del Creador. El hombre vive aquí mientras tanto según la carne, mientras se alimenta de alimentos humanos; vive según el alma, mientras guarda la voluntad y los mandamientos de su Creador. Y así como muere según la carne, si no se sustenta con alimentos humanos, así muere según el alma, cuando no obedece los mandamientos divinos. Por lo tanto, el hombre que consta de alma y carne, haciendo lo que Dios manda, vive en carne y alma, porque al hacer esto merece vivir felizmente con su Creador en la vida eterna. Si, por el contrario, intenta desviarse de hacer lo que su Creador manda, y prefiere vivir según los deseos de la carne, lo cual verdaderamente no es vivir, sino quitarse la vida infeliz; si alguien lo mirara detenidamente, vería en él no la figura de aquel hombre que fue hecho a imagen de Dios, sino la figura de una bestia, cuyos hábitos se esfuerza por imitar, y entonces verdaderamente se puede afirmar que está muerto, sin duda alguna destinado a sufrir la muerte eterna, si persevera en esto hasta el final.

V. En qué es semejante el hombre a su Creador.--- Sin embargo, Dios Creador hizo al hombre a su imagen y semejanza, porque lo hizo racional. Y así como Dios es bueno por voluntad, así el hombre, hecho a su semejanza, es bueno por voluntad; en esto es semejante al Creador, porque el Creador es bueno por voluntad, el hombre es bueno por voluntad; pero en esto difiere, porque el Creador es eternamente bueno por sí mismo y esencialmente, el hombre es bueno porque imita a aquel que es eternamente y esencialmente bueno por sí mismo. Como he dicho, el Creador es bueno por voluntad, el hombre hecho a semejanza del Creador es bueno por voluntad, pero en esto difiere, que el Creador no quiere ni puede ser o querer otra cosa que ser bueno; porque para Él la voluntad y la potencia son su esencia. Para el hombre, sin embargo, la voluntad y la potencia son distintas de la esencia. Si, no obstante, concuerda con la voluntad de Dios, y quiere lo mismo que Dios, expresa en sí la imagen de Dios. Y si persevera en esto hasta el fin, merece, por la misericordia divina operante, adherirse eternamente a la voluntad de su Creador, y ya no podrá ser separado de ella. Y así como después siempre será lo que será, así siempre será lo que quiera. Y así como para el Creador no hay otra esencia que la voluntad, ni otra voluntad que la esencia, así para el hombre ya existente en esa felicidad, según su modo, la voluntad será tan inmutable por el don de su Creador como la esencia, que sin duda podrá lo que quiera tanto como sin duda felizmente existiendo será una esencia feliz. Y entonces el hombre tendrá libre albedrío verdaderamente liberado de todo mal, según lo que aquí mientras tanto, mientras vive, por la gracia de Dios operante, quiere hacer lo que Dios manda, y dejar lo que prohíbe.

VI. Que el hombre existe en dos naturalezas, una de las cuales se eleva a lo más alto, la otra se deprime a lo más bajo.--- Sin embargo, el hombre consta de dos naturalezas: de la naturaleza del alma y de la naturaleza de la carne. La naturaleza del alma, porque el alma es espiritual, tiende naturalmente a lo superior; la naturaleza de la carne, porque la carne sale del deseo hacia los apetitos carnales, tiende casi naturalmente a lo inferior. Sin embargo, entre estas dos naturalezas, de las que el hombre consta, está la voluntad, como un medio que tiene libre albedrío. Con este libre albedrío, si se une al alma que naturalmente tiende a lo superior, entonces el alma y la voluntad (con la ayuda de la gracia divina) elevan la carne hacia lo alto, a lo excelso, y la colocan en la felicidad eterna para vivir sin fin, de modo que ya no haya más repugnancia entre la carne y el alma, sino siempre el mismo amor y la misma voluntad. Y entonces habrá una voluntad del Creador y del hombre creado, a quien creó a su imagen y semejanza, cuando Dios será todo en todos (I Cor. XIII, 28). Si, sin embargo, con el mismo libre albedrío se une a los deseos de la carne, que casi naturalmente tiende a lo inferior, entonces la voluntad, usando mal el libre albedrío, y la carne arrastran al alma, desprovista de ayuda superior, hacia lo inferior, y los pecados del hombre sumergen a todo el hombre, es decir, al alma y a la carne, en la perdición, de modo que ya no tenga más que mal, o que sufra tormento.

VII. Aquí el hombre ora a Dios para que no le permita usar mal el libre albedrío.--- Oh dulcísimo Señor, oh piadosísimo Dios mío, mi Creador, mi salvación, mi vida, mi esperanza y mi consuelo, mi refugio, por tu gracia y por tu piadosísima misericordia, gobierna y sostiene mi libre albedrío, para que no, usándolo mal, pueda ofenderte a ti, mi dulcísimo Creador, y cuantas veces me agrade el mal, antes de que lo lleve a cabo, destruye y confunde todo mi mal deseo. Prefiero, dulcísimo Padre, ser arrastrado por ti, aunque sea a la fuerza, o incluso encadenado y arrojado a algún rincón de tu casa, que ser separado de ti, donde, aunque no pueda contemplar tu piadosísimo rostro por mis pecados, al menos pueda escuchar la alegría y el gozo de aquellos que te sirven.

¿Quién, dulcísimo Creador de los hombres, puede estimar tu inefable bondad, con la que tanto amaste a la naturaleza humana, que no solo la creaste cuando no existía, sino que tú mismo, su Creador, por amor a ella, quisiste convertirte en criatura? ¿Qué corazón tan duro, tan de hierro, sabiendo y entendiendo tanto amor tuyo hacia el hombre que creaste, no puede ablandarse y derretirse por completo en gracia y veneración de tu dulzura? Verdaderamente, mi alma, verdaderamente mi corazón, y todo mi ser interior, es asombroso si alguna vez podéis olvidar tanta caridad y piedad de vuestro Creador. He aquí, miserable hombre, lo que hizo tu Creador, lo que hizo tu Señor. Él, para quien siempre es ser, y siempre fue ser, inmutable e invisible, inestimable e incomprensible, de manera maravillosa e inefable, sin dejar de ser, por ti se anonadó, cuando por ti quiso hacerse criatura, para que tú, que de no ser viniste a ser, te reconciliara más familiarmente con Él, que no de no ser vino a ser, sino para quien siempre fue ser, reconciliado y totalmente reformado en tu dignidad original, te llevara a su ser, para que feliz y siempre gozoso en su eterna gloria, te alegraras con Él eternamente. He aquí, mi Dios y mi Creador, he aquí que ves a dónde he llegado pensando; y sin embargo, pensando en esto, cuántas vanidades y necedades aún están sujetas a mi infeliz alma. Si alguna vez, por tu gracia, empiezo a pensar cómo puede pertenecer a alguna utilidad de mi alma, mi mente inestable, y casi vacía de todo bien, pronto se desliza hacia lo vano y nocivo, como la paja que el más leve soplo de viento expulsa de la era.

Viendo, pues, mi Creador, tanta inconstancia de mi mente, tan torpe y perezosa para pensar en lo que es útil, tan ferviente y diligente para lo que es nocivo, no mires a esto que soy pecador. Confieso, confieso, soy pecador, soy indigno, soy inmundo, y sin embargo no me aparto de ti, dulcísimo Jesucristo, quieras o no, no te dejo, y aunque con mano débil te

sostendré, no te apartarás de mí, hasta que me liberes de todo pensamiento de pecado. Castígame, corrígame, y repréndeme, y castiga a tu siervo tanto tiempo, hasta que por tu inefable bondad me conduzcas a la gloria de tu contemplación.

MEDITACIÓN XX. Queja por la ausencia de Dios.

No basta, Señor, no basta para mi alma pecadora que, por la abundancia de tu inefable clemencia, espere que sus pecados le sean perdonados, si no intenta al menos aliviar su dolor, que sufre por la ausencia de tu rostro, exponiendo su queja ante ti de cualquier manera posible. Pues está peregrinando lejos de ti, y esto a causa de sus iniquidades. ¿Dónde, entonces, encontraré el inicio de mi discurso, cuando intento consolar mi dolor y veo que, con la consolación adquirida, este se incrementa? Pues la misma búsqueda de consuelo trae a la mente el recuerdo del dolor. No buscaría consuelo del dolor si no recordara que sufro, porque del recuerdo del dolor se busca refugio en el consuelo, y del deseo de consuelo se incrementa el recuerdo del dolor, y cuanto más frecuentemente se presenta el dolor a la mente, más se acumula. ¿Qué hago entonces? ¿Acaso la misma exposición del dolor proporciona algún tipo de consuelo? Extenderé, entonces, Señor, ante tu misericordia las amarguras de mi alma, que está rodeada por la abundancia de sus iniquidades: pues por esas mismas iniquidades sufre la amarga ausencia de tu bellissimo rostro. De aquí, pues, mi Dios, de aquí proviene la suma de mi dolor, porque reconozco que he ofendido gravemente tu clemencia con mi iniquidad, y que los ojos de mi corazón han sido cegados por esa misma iniquidad, para que no puedan contemplar la luz de tu deseada claridad. Me hiciste para que me alegrara en ti, y yo me he hecho tan vil que me avergüenzo de aparecer ante ti. Mis iniquidades han sobrepasado mi cabeza, y como una carga pesada han caído sobre mí (Sal. XXXVII, 5); mi mente está embriagada con el amargor de la malicia, y mi alma está encorvada bajo el peso de los crímenes, mi espíritu está manchado con el lodo de los vicios, y mi corazón está lleno de la corrupción de la injusticia; mi alma está atrapada en los lazos de los pecados, y toda mi sustancia está oprimida por la masa de crímenes. ¿Quién, entonces, me socorrerá en tan profunda miseria? ¿Quién extenderá su mano? ¿Acaso yo, que es verdad, he exacerbado a Dios con tanta iniquidad que ni él ni ninguna de sus criaturas deberían mirarme más? ¡Ay de mí! ¿Por qué debí permanecer siquiera una hora después de haber nacido en este mundo, para que tantos males fueran ejercidos por mí contra Dios? ¿Por qué se me concede una vida tan larga, que se disipa en afectos viciosos? Pero, ¿por qué deploro la prolongación de la vida, cuando reconozco que a través de ella Dios me invita al arrepentimiento? ¿Acaso ignoras, dice el Apóstol, que la paciencia de Dios te lleva al arrepentimiento: pero tú, según tu dureza y corazón impenitente, atesoras para ti ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios? (Rom. I, 4, 5.) Por tanto, se me concede la vida para que sea enmendada. ¿Por qué, entonces, no se hace esto? Si la vida se prolonga para el arrepentimiento, ¿por qué se simula el mismo arrepentimiento? Si Dios perdona a mi alma, dándole tiempo, ¿por qué no se perdona a sí misma, dejando los pecados? ¡Oh insensible dureza de mi corazón! La muerte se difiere para que la vida mejore, y mientras la vida se prolonga, se adquiere una muerte peor. Angustia por ambos lados. Cuando estoy en el cuerpo, peregrino lejos del Señor (II Cor. V, 6) y, para que no me vaya peor fuera del cuerpo por mis pecados, temo salir del cuerpo, me duele ser privado de la presencia de Dios, y temo asumir la ausencia del cuerpo corruptible, sin la cual no puedo ser asociado a la presencia de Dios. ¿Qué es, Señor, qué es lo que contempla el corazón de este pecador, y no basta con explicarlo con palabras? Ciertamente, buen Jesús, disolverme y estar contigo es mucho mejor. ¿Por qué, entonces, no se desea lo que se prueba ser lo mejor? Disolverme del cuerpo mortal y estar con Cristo (Filip. I, 23) es felicidad; estar atado al cuerpo y ausente de Cristo es miseria. ¿Por qué, entonces, se teme perder la miseria y no se desea tener la felicidad? Pero esta es la razón por la que no se desea

disolvemos del cuerpo, porque se duda si después de la disolución se podrá estar con Cristo. Y por esto se juzga útil la permanencia en la carne, porque mientras se vive en ella, se espera la mejora de la vida. ¡Ay de los pecados de los hombres, por cuyo mérito se juzga útil la misma miseria de la vida humana! ¿No es toda la vida presente miseria? Y, sin embargo, esta miseria a veces es útil incluso para los justos, por el aumento del mérito bueno; pero es especialmente necesaria para los injustos por el remedio del arrepentimiento. Sin embargo, esta misma miseria parece ser especialmente lamentable para las buenas mentes, cuando es amada demasiado peligrosamente por los insensatos. Porque cuando se persevera en su amor, a través de la misma miseria se llega a la miseria eterna, y se hace un tránsito miserable de miseria a miseria, mientras la miseria presente se gasta en el trabajo de las codicias, y de aquí se soporta la miseria eterna en el dolor perpetuo. Pero la misma miseria eterna será ciertamente más aguda para la venganza, cuanto más la miseria de la vida presente haya sido dilatada por el misericordioso Cristo por el arrepentimiento. Oh Padre, que verdaderamente eres, porque eres sumamente, porque tú mismo eres y tus años no fallarán (Sal. CI, 28), socórreme a mí, oprimido por la miseria. Si la misma miseria que sufro, dispuesta por tu misericordia, se difiere para evitar una mayor miseria, lo que suele hacerse por el estudio del arrepentimiento, ¿por qué se ama la misma miseria? ¿Por qué amo lo que me es necesario perder pronto, y no deseo aquello que podría beatificarme al finalizar la miseria de la vida presente? Si no puedo amar como me convendría la bienaventuranza que prometes a los que te aman, ¿por qué al menos no temo los suplicios que amenazas a tus despreciadores, de los cuales, ¡ay de mí!, soy uno? Si los temiera, en alguna parte me enmendaría a mí mismo, y, con tu misericordia, llegaría alguna vez al amor a través del temor y la corrección. ¿Por qué no temo tus juicios, sino porque descuido pensar en ellos? Para que pueda pensar en ellos más frecuentemente, mis vicios, halagándome con sus amenidades y placeres letales, no dejan de impedírmelo. Oh Señor, Señor, he aquí que soy tu siervo y el hijo de tu sierva (Sal. CXV, 16). Porque aunque pecador, sin embargo, soy hijo de tu santa Iglesia. Pero, ¿qué he dicho, con qué audacia he presumido llamarme tu siervo cuando no ignoro que soy siervo de los pecados? Porque todo el que comete pecado es siervo del pecado (Juan VIII, 34); y yo no dejo de pecar incesantemente: por lo tanto, soy siervo del pecado; ¿cómo, entonces, me he atrevido a llamarme tu siervo? No diría esto, ciertamente, si no presumiera de tu inefable misericordia para atreverme a decirlo, porque aunque soy siervo del pecado por la debilidad que sufro de la iniquidad, sin embargo, soy tu siervo por el deseo que me ha sido concedido por tu venerable bondad. Soy, por tanto, tu siervo, Señor, y si no por obra y conversación, ciertamente por afecto y voluntad. Pero en esto soy miserable y muy digno de llanto, porque, aunque me reconozco como tu siervo, no me esfuerzo en rendirte el honor del Señor como me convendría. Si hiciera esto, ciertamente no habría nada que me apartara de la memoria de ti, y del deseo de entenderte, de la bienaventurada dulzura de tu amor. Mi Señor, mi Señor, ¿por qué, siendo tú mi Señor, no vivo como debe vivir tu siervo? Te reconozco como mi Dios, y deseo ser tu siervo. ¿Por qué no puedo mantener la vida de tu verdadero siervo en mi conducta? Pero, ¿por qué busco la causa de esta miseria mía, cuando no dudo que mi iniquidad la ha merecido? ¡Ay de mí! ¿Por qué vivo? ¿Por qué vivo tanto tiempo, si vivo tan mal? Se me concede vivir para evitar la muerte; y la vida misma se encuentra peor que la muerte. Me concedes, oh mi sabio Creador, que me prepare para contemplar tu belleza, y yo no ceso de exhibirme más vil cada día. ¿Qué, mi Dios, qué hay más hermoso que tu inenarrable claridad y qué más vil que mi iniquidad? Oh todo mi corazón, deléitate en los suspiros, cuyo estudio ilumine tu belleza y eleve más fácilmente el ojo interior para contemplar la claridad de la luz suprema. Oh toda mi alma, ya abandona todas tus vagaciones, atiende solo al esplendor divino, derrama abundantes lágrimas de deseo por él, cuya inundación lave tus innumerables culpas fangosas, y el decorado natural que te concedió el buen artífice de todos, se te restaure por su misericordia. Oh, digo, todo mi interior, tomad

fuerzas, desplegad todo vuestro esfuerzo para buscar aquel bien sincero, simple, eterno y único bienaventurado, cuya luz repela vuestras tinieblas, cuya fuente limpiísima lave vuestras manchas, cuya libertad libere vuestros lazos, en los que estáis atados bajo el dominio de los vicios, cuya fortaleza fortalezca vuestra debilidad, cuya sabiduría anule vuestra necedad, cuya vida os arranque de la muerte eterna y os asocie a su inmortalidad. Oh bien que supera todos los bienes, porque de ti y en ti son todos los bienes; tú eres, en efecto, todos los bienes. Confieso que mis males son excesivos, porque son demasiados y graves mis pecados, y mis vicios se han multiplicado sin medida, porque mi alma ha estado miserablemente atenta a ellos hasta ahora. Oh mis males, ¿por qué habéis irrumpido tan cruelmente sobre mí que me habéis hecho ajeno a todo bien? Oh mis pecados, ¿cómo me tenéis tan inmisericordemente atrapado en vuestros nudos que no me permitís acceder a ninguna libertad de justicia? Oh mis vicios, ¿por qué con vuestras seducciones letales, como el ratón con su pegajosa trampa, pegáis mi alma a vosotros, que no me dejáis avanzar por ningún camino establecido, ni siquiera retrocediendo? Mi mente, angustia; mi corazón, desfallece; mi alma, horrorízate; mis ojos, desfalleced llorando. ¿Qué puede encontrarse más miserable que yo en cualquier estado? Todo guarda su orden establecido inviolablemente; yo lo violo cada día. Pero, ¿quién tolera al pecador tanto tiempo, no recibirá al penitente? Esto no puede ser, a menos que me permita vivir. Me acercaré, entonces, a mi padre, aunque indigno hijo; me acercaré a él después de haber disipado la inocencia que me dio, después de la prolongada hambre del celestial discurso que soporto. Y le diré: Padre, ya no soy digno de ser llamado tu hijo (Luc. XV, 19); no presumo competir con los hijos en dignidad, sino que busco misericordia con los siervos, y por eso hazme como uno de tus jornaleros (Ibid.). Se proclamará entonces, piadoso Padre, tu clemencia, y no se disminuirán tus riquezas, si corres a encontrarme deseando regresar a ti, si me abrazas con los brazos de tu misericordia, si ordenas que me vista con el anillo de la fe y la túnica de la justicia, si te dignas decir a tus ángeles sobre mí: Debemos alegrarnos, porque este mi hijo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y ha sido hallado (Ibid., 24). Pero, oh Padre óptimo y admirable, ¿quién me dará de comer con digno afecto de fe y santidad de aquel becerro cebado que ordenaste inmolar en el altar de la cruz para mi redención? ¿Y quién es este becerro tan manso para ser inmolado, tan saludable para ser comido, sino tu propio Hijo unigénito, a quien no perdonaste, sino que lo entregaste por todos nosotros? (Rom. VIII, 32.) Este es, Señor, este es, cuya dulzura desea mi corazón ser refrescado; este es, a quien mi mente desea amar sobre todas las cosas. Este es, de cuya ausencia mi alma se queja no sin grandes gemidos; pero mientras deseo al Hijo, ¿acaso descuido al Padre? ¡Lejos de mí! Pues, ¿cómo puede ser esto, cuando no es otro el Padre que engendró, que el Hijo que fue engendrado, sino que el Padre es lo que el Hijo, aunque no es el Padre quien es el Hijo? Pero, ¿cómo puedo desear al Padre y al Hijo, removido el amor del Padre y del Hijo, que no es otro que lo que es el Padre y el Hijo, aunque sea otro que el Padre y el Hijo? Ninguna razón, ciertamente. Di, entonces, alma mía, di a tu Creador Padre e Hijo y Espíritu Santo, un solo Dios: Busqué tu rostro; tu rostro, Señor, buscaré (Sal. XXVI, 8). He aquí, Señor, he aquí que busco, pido y llamo. ¿Cuándo encontraré, cuándo recibiré, cuándo se me abrirá? A ti, Señor, están abiertos los secretos de mi corazón; tú ves que solo la presencia de tu rostro es la esperanza de mi consuelo. ¡Ay de mí! ¡Cuán lejos estoy arrojado de aquel inefable gozo de su presencia! ¿Cómo, entonces, me consolaré? ¿Acaso, si no aparece, Señor, aquella belleza de tu rostro en la que se suspende toda la esperanza de mi consuelo? Que desfallezcan, entonces, mi Dios, que desfallezcan mis ojos en tu palabra, diciendo: ¿Cuándo me consolarás? (Sal. CXVIII, 82). Atiende, entonces, mi Dios, al singular deseo de mi alma; atiende al gemido de mi corazón, y pon mis lágrimas ante ti (Sal. LV, 9), que derramo por el dolor que aflige mi alma por la ausencia de tu rostro: Porque mi vida se ha consumido en dolor, y mis años en gemidos (Sal. XXX, 11). Ten piedad de mí, Señor, ten piedad de mí; oportunamente e inoportunamente clamaré a ti, y no te dejaré hasta que me hayas alegrado

con la presencia de tu rostro; me negaré toda consolación, solo me vengaré con el luto por la ausencia de tu rostro. ¡Oh rostro espléndido! ¡Oh luminosa faz de Dios! Mientras no te vea, mi alma permanecerá en tinieblas. ¡Oh dura, oh amarga ausencia del rostro de Dios, cuánto tiempo me torturarás! ¡Oh molesta vida de este mundo vano, cuánto tiempo mantendrás a mi alma infeliz, habitando en tus vanidades, como encerrada en una cárcel! Oh alma mía, ¿qué te deleita en esta vida mortal? ¿Por qué no te apresuras a alcanzar la felicidad de la visión divina, de la cual te separas por el mérito de la culpa? ¿Por qué no temes peregrinar lejos de la faz de Dios y quedar atrapada en los brillantes lazos de esta vida? ¿Por qué no deseas con tanto afecto participar en los gozos de aquella vida bienaventurada y estar ausente de las inmundicias de esta vida obscena? ¿Por qué no huyes de esta y corres hacia aquella? Si esta vida te es concedida como tregua, ¿por qué tardas? ¿Por qué no ofreces a Dios un arrepentimiento tan pronto, para que perdone tus pecados y te asuma misericordiosamente hacia él? Pero a ti me vuelvo, para que tu misericordia me mire, y confirme mi mente en el deseo de tu rostro, y tu clemencia me haga perseverante, porque creo que no estaré alienado de la bienaventuranza, si no me fatigo deseándote. Que mi alma desee continuamente la gloria de tu rostro, que mi mente la ame, que mi pensamiento se dirija a ella, que todo el afecto de mi corazón suspire por ella, que mi lengua hable de ella, que toda mi sustancia se ocupe en su amor, solo ordena que tu piedad, mientras llevo este cuerpo mortal, y sostengo los lazos de mi peregrinación, esté fundada en tu temor, magnánima en tu amor, instruida en tu ley, devota en tus preceptos, ferventísima en desear tus promesas, pisoteadora de vicios y cultivadora de virtudes, con las cuales adornado pueda siempre agradarte y llegar a ti cuanto antes felizmente, donde hay gloria para ti sin fin, alabanza sin término, honor por los siglos. Amén.

MEDITACIÓN XXI Despertando el alma para buscar y encontrar a Dios.

Ahora, pequeño hombre, huye un poco de las ocupaciones terrenales, escóndete un poco de tus tumultuosos pensamientos, desecha ahora tus pesadas preocupaciones, y pospón tus laboriosas distracciones. Dedicar un poco de tiempo a Dios, y descansa un poco en él. Entra en el aposento de tu mente, excluye todo excepto a Dios, y lo que te ayude a buscarlo, y con la puerta cerrada búscalo; y di ahora, todo mi corazón, di ahora a Dios: Busco tu rostro; tu rostro, Señor, buscaré.

Vamos ahora, entonces, Señor mi Dios, enseña a mi corazón dónde y cómo buscarte, dónde y cómo encontrarte. Señor, si no estás aquí, ¿dónde te buscaré ausente? Pero si estás en todas partes, ¿por qué no te veo presente? Pero ciertamente habitas en la luz inaccesible. ¿Y dónde está la luz inaccesible? ¿O cómo accederé a la luz inaccesible? ¿O quién me llevará a ella, para que te vea en ella? Finalmente, ¿con qué señales, con qué rostro te buscaré? Nunca te he visto, Señor mi Dios, no conozco tu rostro. ¿Qué hará, altísimo Señor, qué hará este tu exiliado lejano? ¿Qué hará tu siervo ansioso de amor por ti, y arrojado lejos de tu rostro? Anhela verte, y tu rostro está demasiado lejos de él. Desea acercarse a ti, y tu morada es inaccesible. Desea encontrarte, y no conoce tu lugar. Desea buscarte, y desconoce tu rostro.

Señor, tú eres mi Dios, y tú eres mi Señor, y nunca te he visto. Tú me hiciste y me rehiciste, y todos los bienes que tengo me los has concedido; y aún no te conozco. Finalmente, fui hecho para verte; y aún no he hecho para lo que fui hecho. ¡Oh miserable suerte del hombre, cuando el hombre perdió aquello para lo que fue hecho! ¡Oh duro, oh terrible caída aquella! ¡Ay, qué perdió y qué encontró! ¿Qué se fue y qué quedó? Perdió la bienaventuranza para la que fue hecho, y encontró la miseria para la que no fue hecho. Se fue sin lo cual nada es feliz, y quedó lo que por sí mismo no es más que miserable. Entonces el hombre comía el pan de dolores, que entonces no conocía.

¡Ay, el luto público de los hombres, el llanto universal de los hijos de Adán! Él exhalaba saciedad, nosotros suspiramos de hambre. Él abundaba, nosotros mendigamos. Él poseía felizmente y miserablemente lo abandonó, nosotros necesitamos infeliz y miserablemente deseamos; ¡y ay, quedamos vacíos! ¿Por qué no nos guardó, cuando fácilmente pudo, aquello de lo que tan gravemente carecemos? ¿Por qué nos cerró así la luz y nos sumió en tinieblas? ¿Por qué nos quitó la vida y nos trajo la muerte? ¡Desdichados, de dónde fuimos expulsados, a dónde fuimos empujados? ¿De dónde precipitados, a dónde fuimos sepultados? De la patria, al exilio; de la visión de Dios, a nuestra ceguera; de la alegría de la inmortalidad, a la amargura y el horror de la muerte. ¡Miserable cambio! ¡De cuánto bien a cuánto mal!

Grave pérdida, grave dolor, todo es grave. Pero ¡ay de mí, miserable, uno de los otros hijos de Eva, miserables alejados de Dios! ¿Qué he comenzado? ¿Qué he hecho? ¿Hacia dónde me dirigía? ¿A dónde he llegado? ¿A qué aspiraba, y en qué suspiro? Busqué bienes, y he aquí la turbación (Job XIV, 19). Me dirigía hacia Dios, y tropecé conmigo mismo. Buscaba descanso en mi interior, y encontré tribulación y dolor (Sal. CXIV, 3) en lo más íntimo de mí. Quería regresar del gozo de mi mente, y me veo obligado a rugir por el gemido de mi corazón (Sal. XXXVII, 9). Se esperaba alegría, y he aquí que se condensan los suspiros. Y, oh tú, Señor, ¿hasta cuándo? ¿Hasta cuándo, Señor, me olvidarás, hasta cuándo apartarás tu rostro de mí? (Sal. XII, 1). ¿Cuándo me mirarás y escucharás? ¿Cuándo iluminarás mis ojos y me mostrarás tu rostro? ¿Cuándo me restituirás?

Mira, Señor, y escúchame, e ilumíname: muéstrame a ti mismo. Restitúyeme a ti, para que me vaya bien, sin ti me va tan mal. Dirige, Señor, mis trabajos y mis esfuerzos hacia ti, porque nada valgo sin ti. Me invitas, ayúdame, te ruego, Señor, para que no desespere suspirando; sino que respire esperando. Te ruego, Señor, mi corazón está amargado por su desolación, endúlzalo con tu consuelo. Te ruego, Señor, hambriento comencé a buscarte, no desista ayunando de ti; famélico me acerqué, no me retire sin haber sido alimentado. Pobre vine al rico, miserable al misericordioso, no me retire vacío y despreciado. Y si antes de comer suspiro, dame después de los suspiros lo que deba comer.

Señor, estoy inclinado, no puedo mirar sino hacia abajo. Levántame, para que pueda mirar hacia arriba. Mis iniquidades han sobrepasado mi cabeza (Sal. LVII, 5), y me envuelven, y como una carga pesada me agobian (Ibid.), libérame, alívame, para que no me oprima el pozo de ellas sobre mí su boca (Sal. LXVIII, 16). Permíteme mirar de lejos tu luz, aunque sea desde lo profundo. Enséñame a buscarte, Señor, y muéstrate al que te busca, porque ni siquiera puedo buscarte, a menos que tú me enseñes, ni encontrarte, a menos que te muestres a mí. Te buscaré deseando, desearé buscando, encontraré amando, amaré encontrando. Confieso, Señor, y te doy gracias, porque tú me creaste a tu imagen, para que te recuerde, te piense, te ame. Pero así ha sido borrada por la corrosión de los vicios, así oscurecida por el humo de los pecados que no puede hacer para lo que fue hecha, a menos que tú la renueves y reformes. No intento, Señor, penetrar tu altura, porque de ninguna manera comparo mi entendimiento con ella, pero deseo entender de alguna manera tu verdad, que mi corazón cree y ama; pues no busco entender para creer, sino creo para entender.

Verdaderamente, Señor, esta luz es inaccesible en la que habitas. En verdad no hay nada que la penetre, para verte allí. En verdad no la veo, porque es demasiado, y sin embargo, todo lo que veo, lo veo por ella, como un ojo débil, que todo lo que ve, lo ve por la luz del sol, que en el mismo sol no puede mirar. Mi entendimiento no puede acercarse a ella; brilla demasiado, por eso no la capta, ni el ojo de mi alma puede mirarla por mucho tiempo. Se refleja en el

resplandor, es vencido por la amplitud, es abrumado por la inmensidad, es confundido por la capacidad. Oh luz suprema e inaccesible, oh santa y bienaventurada verdad, que estás lejos de mí, que estoy tan cerca de ti. ¡Cuán distante estás de mi vista, que estoy tan presente a tu vista! En todas partes estás totalmente presente, y no te veo. En ti me muevo, y en ti estoy, y no puedo acercarme a ti. Estás dentro de mí y alrededor de mí, y no te siento.

Aún te ocultas, Señor, a mi alma en tu luz y bienaventuranza, y por eso ella aún se mueve en sus tinieblas y miseria; pues contempla, y no ve tu hermosura. Escucha, y no oye tu armonía. Huele, y no percibe tu fragancia; toca, y no siente tu suavidad; gusta, y no reconoce tu sabor. Porque tienes estas cosas en ti, Señor Dios mío, de tu modo inefable, porque las diste a las cosas creadas de su modo sensible, pero se han entumecido y aturdido, y se han embotado los sentidos de mi alma por la antigua languidez del pecado. ¿Qué eres, Señor, qué eres, qué entiende mi boca de ti? Ciertamente eres vida, eres verdad, eres bondad, eres bienaventuranza, eres eternidad, y eres todo bien.

Despierta ahora, alma mía, y levanta todo tu entendimiento, y piensa cuánto, qué y cuál es ese bien. Si cada bien individual es deleitable, piensa atentamente cuán deleitable es ese bien, que contiene todos los bienes y la alegría de todos los bienes; no como la que hemos experimentado en las cosas creadas, sino tan diferente como lo es el Creador de la criatura. Si la vida creada es buena, cuán buena es la vida creadora. Si la salvación hecha es gozosa, cuán gozosa es la salvación que hizo toda salvación. Si la sabiduría en el conocimiento de las cosas creadas es amable, cuán amable es la sabiduría que creó todo de la nada. Finalmente, si hay muchas y grandes delicias en las cosas deleitables, ¿cuál y cuánta es la delicia en aquel que hizo las cosas deleitables? Oh, quien disfrutará de este bien, ¿qué le será, y qué no le será? Ciertamente, todo lo que quiera, será, y todo lo que no quiera, no será; allí estarán los bienes del cuerpo y del alma, tales que ni el oído oyó, ni el ojo vio, ni el corazón del hombre imaginó.

¿Por qué, entonces, te dispersas en muchas cosas, hombrecito, buscando los bienes de tu alma y de tu cuerpo? Ama un solo bien, en el que están todos los bienes, y es suficiente. Desea el bien simple, que es todo bien, y es suficiente. ¿Qué amas, carne mía? ¿Qué deseas, alma mía? Allí está todo lo que amas, todo lo que deseas. Si la belleza deleita, los justos brillarán como el sol (Mat. XIII, 43). Si la velocidad, o la fortaleza, o la libertad del cuerpo, a la que nada puede oponerse, serán como los ángeles de Dios (Luc. XX, 36), porque se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual (I Cor. XV, 44), ciertamente en poder, no en naturaleza. Si la vida larga y saludable, allí está la sana eternidad, y la eterna salud, porque los justos vivirán para siempre (Sab. V, 16); y la salvación de los justos es del Señor (Sal. XXXVI, 39). Si la saciedad, se saciarán cuando aparezca la gloria de Dios (Sal. XVI, 15). Si la melodía, allí los ángeles cantan sin fin a Dios. Si la embriaguez, se embriagarán de la abundancia de tu casa (Sal. XXXV, 9). Si cualquier placer no impuro, sino puro: Del torrente de tus delicias los harás beber, Señor (Ibid.). Si la sabiduría, la misma sabiduría de Dios se mostrará a ellos. Si la amistad, amarán a Dios más que a sí mismos, y Dios a ellos más que ellos a sí mismos, porque ellos a él y entre sí por él, y él a sí mismo y a ellos por sí mismo. Si la concordia, todos ellos tendrán una sola voluntad, porque no habrá para ellos sino la sola voluntad de Dios. Si el poder, serán omnipotentes en su voluntad, como Dios en la suya. Pues así como Dios podrá lo que quiera por sí mismo, así ellos por él. Porque así como no querrán otra cosa que él, así él querrá todo lo que ellos quieran, y lo que él quiera no podrá no ser. Si el honor y las riquezas, Dios pondrá a sus buenos y fieles siervos sobre muchas cosas. Más aún, serán llamados Hijos de Dios, y dioses, y donde esté el Hijo, allí también ellos, herederos de Dios, coherederos de Cristo (Rom. VIII, 17). Si la verdadera seguridad, ciertamente estarán seguros de que no perderán eso por su propia voluntad; ni el Señor amante se lo quitará a sus

amantes, ni nada más poderoso que Dios los separará de él contra su voluntad. ¿Y qué alegría será, y cuánta, donde hay tal y tanto bien? Corazón humano, corazón necesitado, corazón experimentado en miserias, más bien sepultado en miserias, ¡cuánto te alegrarías si abundaras en todas estas cosas! Pregunta a todo lo íntimo de ti, si pueden contener su alegría de tanta bienaventuranza. Pero ciertamente, si otro, a quien amaras completamente como a ti mismo, tuviera la misma bienaventuranza, se duplicaría tu alegría; porque no te alegrarías menos por él que por ti mismo. Si dos, o tres, o muchos más tuvieran lo mismo, te alegrarías tanto por cada uno como por ti mismo, si amaras a cada uno como a ti mismo. Por lo tanto, en esa perfecta caridad de innumerables ángeles y hombres bienaventurados, donde ninguno ama a otro menos que a sí mismo, no se alegrará cada uno de los otros menos que de sí mismo.

Si, por lo tanto, el corazón del hombre apenas puede contener su alegría de tanto bien propio, ¿cómo será capaz de tantos y tan grandes gozos? Y ciertamente, cuanto más ama uno a alguien, tanto más se alegrará de su bien. Así también en esa perfecta felicidad, cada uno amará a Dios sin comparación más que a sí mismo y a todos los demás con él. Por lo tanto, se alegrará sin medida más de la felicidad de Dios que de la suya y de la de todos los demás con él. Pero si aman a Dios así con todo el corazón, toda la mente, toda el alma, de modo que todo el corazón, toda la mente, toda el alma no sean suficientes para la dignidad del amor, ciertamente así se alegrarán los justos en esa felicidad suprema con todo el corazón, toda la mente, toda el alma, de modo que todo el corazón, toda la mente, toda el alma no sean suficientes para la plenitud del gozo.

Dios mío, y Señor, mi esperanza y alegría de mi corazón, di a mi alma si este es el gozo del que nos hablas por tu Hijo: Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea pleno (Juan XVI, 24). He encontrado un gozo pleno, y más que pleno. Pues con el corazón pleno, la vida plena, el alma plena, el hombre entero pleno de ese gozo, aún sobraré en exceso el gozo. Pues no todo ese gozo entrará en los que se alegran, sino que todos los que se alegran entrarán en ese gozo.

Di, Señor, di a tu siervo, dentro de su corazón, si este es el gozo en el que entrarán tus siervos, que entrarán en el gozo de su Dios. Pero ciertamente el gozo con el que se alegrarán tus elegidos, ni ojo vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre en esta vida (I Cor. II, 9). Aún no he dicho, Señor, ni pensado cuánto se alegrarán esos bienaventurados tuyos. Ciertamente se alegrarán tanto como amarán, amarán tanto como conocerán. ¿Cuánto te conocerán entonces, Señor, y cuánto te amarán? Ciertamente ni ojo vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre en esta vida cuánto te conocerán y amarán en esa vida tus santos. Te ruego, Dios mío, que te conozca, te ame, y me alegre de ti; y si no puedo en esta vida plenamente, al menos progresa día a día, hasta que llegue a eso plenamente. Que aquí progresa en mí tu conocimiento, y allí sea pleno. Que aquí crezca tu amor, y allí sea pleno; para que aquí el gozo sea grande en esperanza, y allí sea pleno en ti.

Señor, por tu Hijo mandas, más bien aconsejas pedir y prometes recibir, para que nuestro gozo sea pleno. Pido, Señor, lo que aconsejas por tu admirable consejero, para que reciba lo que prometes por tu verdad, para que mi gozo sea pleno. Medite mientras tanto en ti mi mente, hable de ello mi lengua, lo ame mi corazón, lo converse mi boca, lo anhele mi alma, lo desee mi carne, lo desee toda mi sustancia, hasta que entre en el gozo de mi Señor, que es Dios trino y uno, bendito por los siglos de los siglos. Amén.